

Mal enumerado

Los nros 3, 4, 5, 7, 8 y 9 en carpetas

partacu

Revista Socialista



Director: F. Ferrandiz Alborz



SUMARIO

EDITORIALES

La Unidad del Proletariado

COLABORACIONES

Pablo Iglesias	Julián Besteiro.
Max	José Mesa Leompart.
Engels	
El Japón de los pies de arcilla . .	Emile Vandervelde.
¿Qué hacen los socialistas? . . .	Sócrates Gómez.
La guerra de las armas y la diplomacia	Francisco García Lavid.
El movimiento político Obrero en Inglaterra	R. Chagneau.
Socialismo y Nacionalismo	Rodolfo Reventlow.
Definición del Antifascismo	F. Carmona Nenclares.
Industria de Guerra	W. Carrillo.
El Arte de Organizar	Carlos Hernández Zancajo.

Autores y Libros, notas, etc. etc.

Núms. 11 y 12

Alicante

3 Ptas.

Ayuntamiento de Madrid

AUTORES Y LIBROS

Max Aub y Juan José Domenchina, traficantes de la quincallería literaria

Aparte la publicación de la revista titulada «Hora de España» que mejor debiera titularse, por exigirlo su contexto, «La hora tonta de España» (cuya calidad o metal se demuestra consignando que publica en sitio de honor el verso, entre humorístico y satírico, que a Miguel de Unamuno le inspirara, a guisa de minúscula venganza secreta, el saludo fascista que él mismo prodigara, con seria rigidez, en Salamanca), lo más idóneo para echar un vistazo a nuestra vida literaria actual son los artículos publicados—¡naturalmente!—en «La Vanguardia», de Barcelona, y firmados por los señores cuyo nombre citamos en el título. Ambos, terriblemente estériles en la producción—, participan en su oficio, claro es, de la misma esterilidad que la clase social a que pertenecen demuestra en su cometido histórico—, parecen revelar, sin embargo, distintos matices de esa esterilidad. En Max Aub, tipo de literato libresco, el contacto entre el hombre y la realidad no es directo; entre el hombre y él mismo, tampoco. Hay entre medias todas las categorías creadas por el pensamiento capitalista. Cuanto M. A. escribe sabe, en último regusto, a papel. Recuerda siempre otras lecturas; es un escritor de otros escritores. En lo que se refiere a Juan José Domenchina, «poeta», su poesía farmacéutica, algebraica, refleja, mental, es, respecto la verdadera poesía, lo que el agua estancada, quieta, enferma, es al agua corriente y viva, semejante, en su fluir cristalino, a la conciencia del cosmos.

Estos son los tipos. Poca cosa, pero significativa. Un escritor de segunda mano y un infra-poeta tortuoso, mefítico, que se alimenta de sí mismo ingiriendo, llevado del narcisismo, hasta sus propios excrementos. Los dos prueban la decadencia de un sistema social. Advirtamos que se trata del sistema social en que vivimos. ¡Todavía el mismo de antes! La guerra civil, contra lo que parece leyendo determinados periódicos, no ha acelerado sino detenido o casi interrumpido el curso de la revolución española, sin embargo de constituir una coyuntura objetivamente revolucionaria; las razones del proceso contra-revolucionario habrá que examinarlas en otro momento. Desde el punto de vista diáfano y flexible, pero riguroso, del marxismo, resulta imposible obtener ahora—abril de 1938, segundo Gobierno Negrín—, una conclusión más optimista. Lo sentimos. Es muy posible que la situación económico-política anterior al 18 de julio del 36 haya periditado en el sentido de cejar totalmente un ciclo de experiencia. Bien. Pero con el capitalismo no hemos terminado aún; mientras subsistan las circunstancias actuales tampoco terminaremos. Queda entre nosotros el pequeño capitalismo, germen automático, por decirlo así, del otro. Perviven también la cultura y los escritores del sistema; basta consultar, a título de prueba, «La Vanguardia». El detritus ideológico de una pequeña burguesía cerril, impotente que se niega a morir, revelando la misma incapacidad para morir que para crear, aparece cada veinticuatro horas, en sus columnas. Tal es, encajada en grandes rasgos, la situación presente; tales sus escritores representativos y su órgano de prensa. (Prometemos de éste, en particular, una biografía.)

*
**

Aceptaremos por un momento la jerga de los intelectuales al uso. «Estar al lado del pueblo», como escriben, ¿consistirá en firmar manifiestos?... Por lo visto, sí. Basta con eso para merecer patente de antifascismo. ¿Qué antifascismo?... ¡Ah, el que estriba en declararse demócrata, liberal, etc..., aunque el liberalismo, la democracia, etc..., no hayan producido en ninguna parte el aborto decisivo del fascismo! Lo estamos viendo; es la experiencia universal. Tomando el problema por otra parte, ¿dónde hay una prueba, preguntamos, de que los intelectuales firmantes ahora de encendidos manifiestos y protestas, defendieran una posición contra el fascismo cuando éste no era todavía, entre nosotros, una tremenda e incontrovertible realidad física sino una amenazadora realidad moral, simplemente?... Tendría que haberlas si el escritor fuera lo que Max Aub quiere que sea—¡ahora, siempre ésta palabra, cuando el incendio quema la piel de los ciegos!—«Los escritores», apunta, «son a la sociedad algo así como lo que son los aviadores al Ejército: una minoría que tiene el privilegio de ver más lejos.» ¿Más lejos?... ¡Vengan las pruebas! El problema es demasiado grave; rebasa nuestra propia vida. Exigimos, por eso, pruebas. Los escritores que hoy dan tono a nuestro mínimo presente literario, colaboradores de «La Vanguardia» y «Hora de España», ¿qué hacían en octubre del 34, qué manifiesto antifascista firmaron entonces, donde andaban?...

Epantacus Revista de afirmaciones

ALICANTE, MAYO y JUNIO 1938

Precio: 3 Pesetas

PUBLICACIÓN MENSUAL

:: EDITORIALES

La Unidad del Proletariado

El Primero de Mayo es un centro de gravedad, al alrededor del cual, anualmente, los partidos y organizaciones sindicales obreras exponen su programa de acción contra el capitalismo. Desde hace algunos años, partidos y sindicatos publican todos sus manifiestos, alaboneando a la conciencia obrera para que se reagrupe compactamente contra el fascismo y a la vez invocándole la unidad como arma fundamental de lucha contra los enemigos de su clase.

Este continuo llamamiento a la unidad demuestra, naturalmente, que la clase obrera se halla dividida. Si analizamos detenidamente esta división, comprobaremos, que por el simple hecho de su existencia, deben haber causas que la justifiquen. En la vida de las relaciones sociales, de las clases entre sí y entre posiciones diferentes en una misma clase, los hechos no suceden porque sí, por una razón subjetiva, sino que obedecen a una realidad social, y perderemos el tiempo inútilmente si en estas relaciones sociales nos entretenemos en discutir posiciones personales, puntos de vista, olvidándonos de la corriente interna que impulsa el movimiento social.

El caso es que también la clase capitalista se halla dividida, prueba de que no es una supuesta desigualdad de intereses lo que determina la división de una clase, pues teniendo intereses iguales, comprobamos que los trabajadores se hallan divididos en diferentes tendencias y ese mismo fenómeno se observa en la clase capitalista. ¿Un fenómeno social tan vasto será posible que se explique por la intransigencia de unos líderes? ¿No habrá una razón social más profunda que aclare esa contradicción del proceso de la lucha de clases? Personalizar este fenómeno es empujarse a lo pequeño, situarse ante él con mentalidad idealística, pequeño burguesa.

El problema es mucho más vasto y queremos desarrollarlo con unas cuantas notas, para fijar claramente nuestra posición en torno al problema de la unidad del proletariado en España y en el resto del mundo.

La unidad del proletariado en España

Los comunistas españoles, al igual que las demás secciones de la Internacional Comunista, se distinguen por su perseverante campaña en pro de la unidad del proletariado. Para quien conozca el proceso sindical y político

del proletariado español, la laudable propaganda de los comunistas puede ser un arrepentimiento consciente o subconsciente de su antigua campaña escisionista. La verdad es que ponen en su campaña de unidad el mismo fervor que pusieron en su campaña de escisión. Recordemos, por ejemplo, la campaña escisionista de 1921 que culminó con la salida del Partido Socialista de los compañeros que formaron el Partido Comunista. Recordemos la campaña por la escisión sindical de la clase trabajadora con la creación de la C. G. T. U.; recordemos la campaña, fresca aún, para dividir a los trabajadores de la tierra con la formación de las Federaciones Campesinas. Estos son hechos incontrovertibles, la historia los registra y solo pueden negarlos quienes desconozcan la historia del proletariado español. Esto demuestra que estaría demás la actual propaganda para la unidad si antes no se hubiera empleado el mismo esfuerzo para la escisión.

La unidad sindical

El problema de la unidad sindical entre la U. G. T. y la C. N. T. se halla planteado desde hace años. La unión de las dos sindicales hizo posible la acción común de la huelga revolucionaria de 1917. Después, siguieron las negociaciones en pro de la unidad, que en nombre de la U. G. T. llevaba el compañero Francisco Largo Caballero (véase su libro «Presente y Futuro de la U. G. T. de España»), negociaciones que terminaron cuando la C. N. T. puso fin a ellas de un modo tajante.

Desde comienzos de la guerra, los dirigentes de la U. G. T. dedicaron todo su esfuerzo a buscar un entendimiento con la C. N. T. Resultado de las entrevistas fué la incorporación de a C. N. T. la a función del Gobierno que presidía Largo Caballero. Bien reconocido es cómo fueron desplazadas del Gobierno las sindicales, si bien últimamente se han rectificado posiciones para volver a las que se combatieron anteriormente.

En el mes de junio de 1937, en la carta que el Buró (los españoles decimos Mesa) Político del Partido Comunista dirigió a la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista, se hablaba de una «colaboración fraternal y consecuente du-

rante la guerra y después de la victoria con la C. N. T., y que haremos todos los esfuerzos necesarios para la realización de la unidad sindical lo más rápidamente posible». Los términos de esta propuesta evidencian que para el P. C. la unidad sindical era cosa alejada de la realidad inmediata en el movimiento obrero español. Una «colaboración fraternal y consecuente durante la guerra y después de la victoria con la C. N. T.», es uno de los tantos lugares comunes que se lanzan, que nada influyen en «la unidad sindical» que se dice querer realizar. Afortunadamente, triunfa en la U. G. T. el tradicional sentido unitario, y las relaciones con la C. N. T. son cada día más cordiales y posibilitan cada vez más la unidad sindical.

La unidad política

La unidad política del proletariado español, que parecía el problema de unidad con menos dificultades, está resultando, por la acumulación de ciertas actitudes, de proporciones insalvables, a no ser que se rectifique a tiempo abordando lealmente la unificación del proletariado marxista y no haciendo de la unidad un argumento para justificar actividades de propaganda.

La unidad política del proletariado puede ser una realidad, debe ser una realidad, nosotros queremos que sea una realidad. ¿Cómo? Esa es la cuestión. Ahí empiezan las dificultades. Y no debemos engañarnos. Todos los trabajos encaminados a la unificación del proletariado han fracasado porque no ha habido una estimación objetiva de lo que significan en el movimiento social español los partidos socialista y comunista encargados de hacer la unidad.

Analicemos la posición del Partido Comunista:

En la carta del Buró político de dicho partido de junio de 1937, refiriéndose al «Deber Histórico» de la unidad se dice: «Ciertamente, la unidad política del proletariado, para que sea eficaz, debe edificarse sobre una base sólida de principios fundamentales. Sobre este problema esencial no existen ni pueden existir dificultades, puesto que no hay divergencias de principios entre los dos Partidos. Ambos se

inspiran en la ideología marxista-leninista, cuyo mejor representante y continuador es actualmente el camarada Stalin.....» El error de esta última parte es inconmensurable, y procede del frecuente idealismo en que se colocan los compañeros comunistas al enfocar los problemas de la revolución española. No es cierto que el Partido Socialista Obrero Español se inspire en el marxismo-leninismo continuado por Stalin, porque de ser así estaría en la III y no en la II Internacional. El P. S. O. E. se inspira en los principios del marxismo, pero ha tenido en Pablo Iglesias el organizador de un movimiento obrero internacional con el imperativo de la realidad española. Sin que subestimemos el aporte de Lenin y Stalin, como el de otros líderes, a la teoría y acción del movimiento socialista, queremos afirmar, que el leninismo-stalinismo es el aporte eslabo al movimiento socialista internacional, pero que en lo que se refiere a España, el Partido Socialista se inspira, en cuanto a líderes, en Pablo Iglesias, la personalidad más robusta de la España moderna y español integral por su posición moral ante la vida, y no tenemos que actuar de adoratrices en el altar de ningún ídolo, por cuanto no nos movemos por mandato de oráculos sino por el impulso de las masas organizadas de nuestro partido.

En el mismo documento, en el punto «Principios de organización», se dice: «Considerar al Partido como vanguardia monolítica organizada». Lo de monolítica, adjetivo grato a los comunistas, merece un comentario. La palabra «monolítica» lleva en sí misma una significación de unidad. Pero no olvidemos que los comunistas la emplean con sentido bolchevique ruso. Nada nos ilustrará mejor que unos párrafos de Kleber Legay en su libro «Un minero francés entre los rusos», que dicen así:

«Yo me coloco en la hipótesis de que en Rusia habemos cuarenta camaradas franca y sinceramente partidarios del régimen comunista. Todo el mundo conoce nuestra fidelidad al régimen y sabe que no podríamos traicionarlo.

«Hemos sido siempre buenos obreros, tenemos algunas economías y decidimos colocarlas en común para editar un diario comunista, pero un diario que no sufriera el control del Estado ni del Partido. ¿Sería esto posible?

«No—se nos responde—eso no es posible; jamás nuestro Partido ni nuestro gran Stalin lo permitirían».

De esto se deduce que los comunistas niegan la libertad de exposición, propaganda y crítica que no se realicen por intermedio de los organismos oficiales superiores del Partido y únicamente por ellos. Esto lo rechazamos de plano los socialistas por antidemocrático, por antisocialista. Como no somos rebaño y mandamos en nuestra cabeza, no podemos admitir ese monolitismo que reputamos la humillación más infamante a que se puede condenar a la clase trabajadora.

No olvidemos, que el documento a que nos referimos, tiene como base doctrinal el informe presentado por Dolores Ibarruri al Pleno del C. C. del P. C. celebrado en Valencia los días 18 y 21 de junio de 1937, y en dicho informe, dejando a un lado las irritaciones menepáusicas de muchos pasajes, hay afirmaciones que anulan todo intento de relación para la unidad. Uno de los párrafos dice:

«La crisis última (se refiere a la de mayo de 1937), ha puesto de manifiesto una gran verdad: que había quien estaba interesado en desconocer y desfigurar una cosa, y es que el proletariado español tiene ya su gran Partido revolucionario: el Partido Comunista, y que a través de él puede realizar su política revolucionaria de clase». Estas palabras, de ser cierto lo que afirman, por más que después se hagan distinguos y consideraciones, demostrarían que no hace falta la unidad, porque la unidad se hace para crear el gran Partido revolucionario, y si éste, según los comunistas, es su propio Partido, ¿para qué romperse la cabeza en crear lo que según ellos ya existe?

En este mismo informe se insiste en que «El Partido Único habrá de establecer su fundamento teórico y su táctica sobre el materialismo dialéctico de Marx y Engels, enriquecido por la aportación doctrinaria de Lenin y Stalin», lo cual, en su segunda parte, no podemos aceptar, y debemos señalar el menosprecio que se hace a la historia del movimiento socialista español, olvidándose de lo que no puede olvidar ningún español decente; que una de las figuras próceres del movimiento socialista internacional es nuestro maestro y fundador Pablo Iglesias.

Pero no crean los lectores que el año

transcurrido ha modificado esa posición mental de los compañeros comunistas. Se ha agravado la enfermedad a tal grado, que la consideramos incurable. En la revista «Nuestra Bandera» editada por el P. C., y en los números correspondientes a los meses de enero y febrero del año en curso, Pedro Checa estudia el problema del «Partido Unico» en términos que seguramente hará suyos el P. C.; por algo su disciplina es monolítica.

Pedro Checa empieza por recoger manifestaciones aisladas en pro de la unidad, para deducir que el terreno está abonado, con lo que demuestra que los árboles no le dejan ver el bosque, pero esa falta de visión le sirve para falsear la verdad al hablar del Partido Unico del Proletariado de Jaén, pues si el Comité Nacional de Enlace Socialista-Comunista rectificó dicho engendro, fué por la presión de la Ejecutiva Nacional del Partido Socialista, mientras el Buró Político del P. C. le daba su consentimiento, que si algo demostró fué la deslealtad con que se procedía en asunto de tanta importancia para la buena armonía de los dos partidos.

No podía faltar, como tantas veces, el ataque a la llamada tendencia de izquierda del Partido Socialista, y Checa insiste en calificar al compañero Francisco Largo Caballero y al movimiento por él representado de «irresponsable, lindando con el trotskismo», cosa que llenará de asombro a quienes sepan que fué Largo Caballero quien sostuvo la más dura lucha contra Rosenberg y Antonov, ex embajador y ex cónsul, respectivamente, de Rusia en España, actualmente pendientes de proceso en Moscu por trotskistas, y a quienes se empeñó en sostener el Partido Comunista. No, compañeros, ese no es el camino. Francisco Largo Caballero es simplemente un militante, más o menos destacado, del Partido Socialista Obrero Español, y por eso mismo no puede ser trotskista, por cuanto el trotskismo, como el stalinismo, vorochilismo y otras manifestaciones caudillistas, es una de las tantas representaciones derivadas del movimiento comunista. Que cada cual cargue con su sambenito y dejemos de jugar al adjetivo.

«¿Qué será el Partido Unificado?» Se pregunta Pedro Checa, y él mismo se responde que será «algo como el P. S. U. C., en donde ya no hay ni comunistas ni socialistas sino miem-

bros del P. S. U. C.» Pero qué es el P. S. U. C. no lo sabemos ni Pedro Checa nos lo dice, aunque afirma sin inmutarse que en dicho Partido «no hay ni comunistas ni socialistas». La compensación la encuentra en el hecho de que el P. S. U. C. que «sumaba escasamente 10.000 miembros, cuenta 65.000, aunque se hayan evaporado las esencias socialista y comunista del movimiento obrero catalán. También nos dice que la unidad no se basará en «votaciones y en mayorías», y nosotros nos preguntamos: ¿Cómo se determinarán las relaciones internas del Partido Unico? Misterio, es decir, no hay misterio, porque sabemos muy bien en qué consiste el «centralismo democrático», que de centralismo tiene mucho pero que de democrático no tiene nada.

Es muy curioso observar, que en el artículo de Checa, como en todos los documentos del P. C. que se refieren a la unidad, su organización, su táctica, sus líderes, son la perfección suma, pero, puestos a conceder beligerancia, están dispuestos a discutirlo todo. Esto nos convence de su falta de sinceridad. Por ejemplo:

Crean que la I. C. «es la expresión genuina del movimiento revolucionario internacional», pero no hacen de esa convicción un obstáculo insalvable. Crean que «la estructura del Partido sobre la base de las células es más eficiente que la de Agrupaciones. ¿Por qué? Dicen que es una convicción hija de la experiencia, lo cual no es verdad, por cuanto es el mandato reglamentario de la III Internacional lo que les obliga a la estructura del Partido a base de Células. Si a experiencia vamos, la del P. C. en España es de ayer, mientras que la del Partido Socialista tiene una historia de más de cincuenta años, con una riqueza de acción legal e ilegal de las más fecundas del mundo, que acredita la eficacia de la estructura del Partido a base de Agrupaciones. Es la experiencia histórica la que nos aconseja ésta organización, no la obediencia pasiva a un mandato extraño a nuestro medio.

Todos estos antecedentes justifican, que el movimiento de unidad política del proletariado español permanezca estañcado, y se estrellen contra la indiferencia de todos las idas y venidas, las vueltas y revueltas en torno a la unidad. Hay falta de sinceridad en estas actividades, y eso es lo que nosotros queremos traer

a la discusión; claridad, ante todo, aunque a algunos les ciegue.

Cómo entiende 'Spartacus' la unidad política del proletariado español

Para la unidad política de los partidos marxistas de España existe un condicionador; el de las relaciones de las dos internacionales obreras a que pertenecen socialistas y comunistas. Al estudiar la unidad internacional del proletariado abordaremos la solución de este problema, limitándonos ahora a puntualizar algunos hechos sobre la unidad en España, suponiendo resuelto el problema de la unidad internacional, aunque la unidad política del proletariado español puede realizarse sin esperar la unidad internacional del proletariado.

Empecemos por afirmar que es en España donde hay que hacer la unidad, con materiales humanos españoles, con los antecedentes históricos de un movimiento social español y para solucionar problemas que se hallan vinculados a la vida de España. De cara a la realidad española, con las lecciones históricas que nos proporciona esa misma realidad y con proyecciones hacia la futura realidad española es que hemos de plantearnos la unidad política del proletariado español. No olvidemos que únicamente dentro de los contornos de nuestra integral condición española actuamos eficazmente como internacionalistas.

Insistamos: La unidad política del proletariado marxista ha de realizarse de conformidad a una interpretación dialéctica del proceso de la revolución española, pero cuyos materiales los proporciona el mismo medio español. El marxismo no es un equivalente cosmopolita a la inquietud deshumanizada de nuestro tiempo, es una teoría y acción universales elaboradas con la realidad nacional de la lucha de clases. El partido socialista que más se ajuste a las peculiaridades históricas de su medio será el guía del movimiento obrero de cada país, y ese ha sido y continúa siendo el mérito del Partido Socialista Obrero Español.

Desde los primeros tiempos, cuando todo el Partido giraba en torno a la personalidad de Pablo Iglesias, hasta los presentes, unas veces contra la España dinástica y decadente, como en las guerras hispano-cubana de 1898

y marroquí de 1909, y al advenimiento de la dictadura militar de Primo de Rivera en 1923; otras recogiendo el espíritu revolucionario de la disconformidad política de todas las tendencias para convertirse en el aglutinante de movimientos revolucionarios como en 1917 y 1934; y ahora como guía de mayor responsabilidad y peso social en la guerra de invasión que sufre España, apareciendo desde el 18 de julio de 1936 limpio de presiones exteriores, el Partido Socialista Obrero Español es la única garantía del contenido español del resurgimiento del país y en su seno tienen que atrincherarse las organizaciones políticas obreras que quieran desembocar en un movimiento social de contenido internacional pero español.

La unidad política del proletariado español se halla implícitamente hecha en el Partido Socialista Obrero Español, por las siguientes causas:

Primera. Por su tradición. Es uno de los movimientos políticos obreros de clase de más antigüedad del mundo.

Segunda. Por su disciplina. Se ha salvado de todos los movimientos escisionistas de la clase obrera, manteniendo firme la estructura de su organización.

Tercera. Por su historia. Desde mediados del siglo pasado a los días que vivimos, no ha habido movimiento económico, social o político en el que el Partido Socialista no haya sido colaborador o director de máximo relieve.

Cuarta. Por la capacidad de sus hombres y organizaciones. Hasta tal punto es esto efectivo, que el relativo renacimiento económico, político, cultural y social de España no puede explicarse sin el sentido constructivo de los hombres y las organizaciones del Partido Socialista.

Quinta. Por su hispanismo. Este hispanismo no es sólo en la expresión geográfica, escenario de la lucha, sino en cuanto al sentido hispánico de la cultura, universal en su proyección pero enraizada en la profunda personalidad moral del individuo.

La unidad política entendemos no puede lograrse sino es reconociendo y aceptando que el Partido Socialista Obrero Español constituye la fuerza social española que conduce al proletariado hacia la meta de su emancipación

como clase y como pueblo. Mas para conservar su integridad clasista e hispánica, es por lo que el Partido Socialista Obrero Español debe exigir al Partido Comunista una medida elemental de depuración, como la de expulsar de sus filas a cuantos ingresaron en el P. C. después del 18 de Julio de 1936 sin haber pertenecido antes a la U. G. T. o a la C. N. T., y después, en cada agrupación local, revisión de todos los ingresados después de esa misma fecha, para evitar que una fuerza social que antes del movimiento subversivo apenas alcanzaba la decena de millar se enorgullezca ahora de poseer trescientos mil afiliados, cuando lo lógico sería estar hondamente preocupados o avergonzados de este desesperado crecimiento.

Previo a estas medidas de carácter nacional, hay que cumplimentar otras internacionales, que son las que consideramos inmediatamente, sirviéndonos de las informaciones recibidas últimamente, de las que se ha hecho eco la prensa obrera internacional y en particular la casi totalidad de la prensa española.

La unidad internacional del proletariado

La guerra de España ocupa el centro universal de las inquietudes obreras sobre la unidad. Las internacionales obreras, sindicales o políticas, exponen como trabajos en pro de la unidad todo cuanto han realizado en ayuda a la España Republicana. En este aspecto del problema, la III Internacional se esfuerza en acumular hechos a su favor. Desgraciadamente para la III Internacional, y aparte la ayuda a España que luego analizaremos, la verdad es todo lo contrario, porque la historia del movimiento obrero internacional nos demuestra, que los que han querido, han hecho y perpetúan la escisión de la clase trabajadora son los comunistas, es la Internacional Comunista.

Los 21 puntos de Moscú fueron el mensaje escisionista que la III Internacional lanzaba al mundo obrero. Recordemos de pasada, que casi todos los fundadores de dicha Internacional han sido fusilados o desterrados por traidores a la causa del proletariado, de ser ciertas las informaciones que nos han suministrado los centros oficiales rusos. La verdad es, que tras los 21 puntos se consumó la escisión de los partidos socialistas en Francia,

Italia, Inglaterra, Estados Unidos, Suiza, Alemania, España, etc. ¿Cómo curar las heridas causadas por los escisionistas después de veinte años de rencores y luchas intestinas? Aportemos unos comentarios.

Algunos antecedentes

Como decíamos, desde la fundación de la Internacional Comunista en 1919 hasta 1929, todas las principales informaciones durante los congresos de dicha Internacional y las resoluciones de mayor relieve fueron elaboradas por cinco personas: Lenin, Trotski, Zinovief, Radek y Bujarin. De los cinco, solo Lenin ha escapado a la justicia bolchevique. Lenin es de los pocos genios que han sabido morir a tiempo, antes de que se acentuara, en su caso concreto, la polarización de tendencias antagónicas que han llevado la lucha interna de la Internacional al grado que estamos contemplando.

Si la mayoría de la orientación revolucionaria del movimiento comunista ha sido elaborada por «enemigos de la clase trabajadora, trotskistas y agentes del fascismo», ¿hasta qué grado las secciones de la III Internacional, el mismo Comité Ejecutivo de la I. C., pueden garantizar que dicha orientación era necesaria al movimiento obrero internacional y respondía a la necesidad de la lucha de clases?

La solución es inapelable. O se condena el pasado de la Internacional Comunista o se carga con la responsabilidad histórica de haber estado dirigidos por agentes al servicio del capitalismo. No valdrá decir que Lenin lo era todo y que los demás no hacían sino acatar, por cuanto hay pruebas irrefutables que nos obligan a afirmar que quien más hacía a ese respecto era el camarada Zinovief.

Una prueba: En diciembre de 1920 se reunió en Tours el Congreso del Partido Socialista Francés para decidir sobre la adhesión o no a la Tercera Internacional. Para contrarrestar la resolución conciliatoria firmada por Longuet, Paul Faure y otros delegados, el Comité Ejecutivo de la I. C. envió el célebre telegrama de Zinovief que hicieron suyo Lenin, Trotski, Bujarin y el francés Rosmer, telegrama cuyos términos injuriosos para los líderes socialistas hizo imposible toda avenencia,

dividiéndose el movimiento socialista francés en dos partidos, Socialista y Comunista. Recordemos esto, y remarquemos más aún, que ese célebre telegrama de Zinovief, además del Comité Ejecutivo lo firmaba el francés Rosmer, hoy situado también fuera de la línea stalinista y autor de un libro titulado «De la Unión Sagrada a Zimmerwald», una de las más tremendas requisitorias contra las desviaciones del movimiento comunista.

Diecisiete años después, es en la misma Francia donde el Partido Comunista muestra la paradoja de querer conciliar el movimiento obrero de clase con el movimiento católico, mediante la «política de mano tendida». Para los comunistas franceses «la religión es el opio del pueblo», o «un aspecto de la opresión espiritual que pesa sobre las masas populares...» como decían Marx y Lenin, se ha convertido en «un deseo generoso que responde a la aspiración milenaria de los hombres a una vida mejor», según escribe Thorez en «L'Humanité». ¡Y pensar que el 7 de febrero de 1934, al día siguiente del motín fascista de París, «L'Humanité» gritaba en un espectacular título a siete columnas: «Daladier a la picota».

¿A qué obedecen estos cambios tan radicales? Entre el motín fascista del 6 de febrero de 1934 y la política de «mano tendida» a los católicos se celebró el VII Congreso de la I. C., en el que Dimitroff descubrió la fórmula del «caballito de Troya», para asaltar la fortaleza capitalista, fórmula que cuajó luego en el movimiento de Frente Popular, que los comunistas franceses llevan hasta sus últimas consecuencias, incluyendo en su mensaje de cordialidad hasta a los católicos; el equivalente al principio político de Lerroux, «ampliando la base de la República Española».

Si la consigna de Moscú era «mano tendida» hasta a los católicos fascistas de Francia, era de suponer que acabarían los ataques a los socialistas. Pero no. En el 20 aniversario de la Revolución Rusa, Dimitroff escribió su célebre artículo, el ataque más estúpido que se haya hecho a la unidad internacional del proletariado después de los veintidós puntos. Por si esto fuera poco, durante el proceso de Moscú, la prensa comunista de todos los países inició una nueva campaña contra la F. S. I. y la II Internacional, de la que es botón de muestra lo que apareció en «La Correspondencia

Internacional» de Barcelona del 12 de mayo último, en la que se dice: «Trostki, Hitler, «cagoulards» franceses y la Internacional Obrera Socialista unidos contra el pueblo que juzga a los traidores».

Moscú, que en un célebre proceso contra traidores, saboteadores trotskistas y demás gentes nada dice contra el Estado que más se ha distinguido por su fobia antibolchevique, el francés, no mide la responsabilidad que adquiere al amontonar como antaño, calumnias sobre los dirigentes del movimiento obrero internacional. Hace años fué contra Vandervelde, Jouhaux, Faure, Turatti y otros, ahora es contra Citrine, De Bruckere, Adler etcétera, y así hasta llegar al 1.º de Mayo último, con un manifiesto que pasamos a comentar.

Manifiestos del Primero de Mayo

El Manifiesto del Primero de Mayo de la F. S. I. no respondía al tono de los tiempos. Una desdicha de documento. Como si la gravedad de los momentos coaccionara a la F. S. I. para hablar claramente y adquirir responsabilidad internacional en la dirección del movimiento obrero. No ha llegado a nuestras manos el manifiesto de la II Internacional, si es que lo ha publicado. Dejaremos el comentario para cuando lo conozcamos.

Pero si el manifiesto de la F. S. I. no merece ni los honores del comentario, el de la Tercera Internacional presta a un minucioso estudio para sacar de él las más provechosas enseñanzas, una de ellas, la de que conviene ir lo más rápidamente posible a la liquidación del movimiento de la III Internacional porque es el perturbador principal de las relaciones de unidad del proletariado.

En una parte del manifiesto de la III Internacional, se dice: «El conglomerado de reaccionarios ingleses y franceses ha remolcado tras su política profascista a aquellos jefes de la Internacional Obrera Socialista y de la F. S. I. que no supieron reaccionar ante los actos de bandidaje de los agresores germano-italianos en España».

Es la eterna táctica de Moscú, dasentenderse del movimiento para dedicarse a la polémica del liderazgo. Se olvida que en la lucha de clases el movimiento lo es todo, que el movimiento obrero tiene un frente internacional de lucha. Todo lo refiere a la seguridad del Estado ruso, ignorando, o haciendo como que ignoran, que el Estado ruso se halla en compromiso de alianza con otros Estados imperialistas, y que el movimiento obrero en su marcha ascendente podrá coincidir con unos u otros

Estados imperialistas pero que no puede supeditarse a ninguno de ellos.

Lo contradictorio, lo que marca una posición moral equívoca en esta táctica de la III Internacional, es el reconocimiento que hace de la traición de «los jefes de la I. O. S. y de la F. S. I. remolcados por el conglomerado de reaccionarios ingleses y franceses» y su persistencia en llamarles para la unidad. Esto demuestra una falta elemental de lógica comprensible únicamente en los personajes de la mejor novelística eslava, pero que no sabemos el papel que pueda representar en la dirección de la III Internacional.

En cuanto a la ayuda a España de Moscou, permítasenos discrepar de lo que dice el manifiesto. Toda ayuda a la España leal resulta eficaz cuando se traduce en acción de Gobiernos. La ayuda que la clase trabajadora pueda hacernos es indirecta, es decir, boicoteando a los facciosos, no suministrándoles materias primas y otros elementos necesarios para sostener la guerra. La realidad nos demuestra que el movimiento obrero de los dos países que ayudan eficazmente a los traidores es nulo, nada pueden hacer a nuestro favor directa o indirectamente. La contradicción interna de los Estados fascistas obliga a su clase trabajadora, por depauperación, a convertirse en carne de cañón que se embarca hacia España para resolver un problema de paro y y como avanzada de invasión. Los únicos movimientos obreros que pueden traducirse en ayuda de Gobiernos son el de México y Rusia. México, por su distancia y por las condiciones de su desarrollo industrial, no puede hacer mucho, aunque ha marcado posiciones de derecho y de moral que son el reconocimiento más elocuente de nuestro derecho y nuestra moral. ¿Cómo podríamos nosotros, por ejemplo, reprochar a México que sus barcos mercantes no visiten nuestros puertos, a sabiendas que México no tiene flota mercante, cuando otros países, con gran flota mercante, deliberadamente no se acercan a nuestras costas?

En cuanto a la ayuda rusa, sería torpe negarla y más torpe aún meterse ahora a graduarla, si bien podemos afirmar, que si dicha ayuda la medimos en relación a nuestra tragedia nacional desvinculada del mundo,

nunca agradeceremos lo suficiente la ayuda exterior que hemos recibido, pero ni Rusia ni ningún otro país podrán agradecer nunca lo suficiente el sacrificio del pueblo español en defensa de los países democráticos, en defensa de la Rusia soviética, porque primero en Madrid y ahora en toda España se hallan situadas las trincheras de los países libres en su lucha contra el fascismo.

Si en pureza dialéctica los Gobiernos de Francia y Gran Bretaña son los administradores del capitalismo de ambos países, quienes verdaderamente han sido remolcados por la reacción anglo-francesa no han sido los dirigentes de la I. O. S. y la F. S. I., sino los que han ido a Londres al Comité de no-intervención para dar beligerancia a la intervención italo-alemana en España, es decir, Londres, París y Moscou. No vale que a estas horas se ponga a pedir a las masas «una acción apoyada con medidas económicas» contra el fascismo, ahora que Rusia hace unos pocos meses que ha roto (¿) su convenio comercial con Italia, por el cual suministraba petróleo al fascismo italiano. ¿Por qué no se intensificó esa campaña de represalias económicas desde un principio? ¿Por qué la III Internacional no defendió las sanciones del petróleo contra Italia en la guerra de Abisinia? Se quieren justificar actitudes diciendo que Rusia forma un todo de relación internacional garantizador de la paz, y que esa garantía la ofrece Rusia respetando sus compromisos. Y esto es absolutamente exacto. Rusia es la más fiel cumplidora de sus compromisos internacionales, pero por eso mismo hay que distinguir en Rusia el proceso de su movimiento obrero y las relaciones internacionales de su Estado. Si el proletario de Inglaterra y Francia no ha podido superar la influencia de su propio Estado, otro tanto podemos afirmar del proletariado ruso, que se halla supeditado a la vida del Estado ruso en sus relaciones internas y externas.

Lo incomprensible es que, a estas alturas, se dedique casi la mitad de un manifiesto de Primero de Mayo a estampar indignaciones y palabras de pésimo gusto contra Citrine y los Citrine. Los rusos no pueden emanciparse de su preocupación caudillista. Para ellos todo se reduce a stalinismo, trotskismo, bujarinismo, y ahora, es muy natural, citrinismo. No

pueden perdonarle a Citrine que haya escrito el libro «A la busca de la verdad en Rusia», en el que Cetrine dice no haber visto el tan ponderado «paraíso de los trabajadores». Los hechos le han venido a demostrar a Moscou, que esa posición es falsa, antimarxista. El resultado de la reunión de Oslo es prueba elocuente, y es lo que pasamos a analizar.

Oslo

Hemos defendido y defendemos el ingreso de los sindicatos rusos en la F. S. I., entre varias razones, por una que creemos elemental; porque son sindicatos obreros incorporados al movimiento de la lucha de clases, y como esta lucha es internacional, los sindicatos rusos tienen una misión que cumplir en la organización que represente dicho movimiento. Es un deber de ellos el solicitarlo y es un deber nuestro el acogerlo. Esto nadie lo puede discutir, nosotros por lo menos no lo discutimos.

¿Cómo se ha de realizar el ingreso de los sindicatos rusos en la F. S. I.? Esa es la cuestión: ahí empiezan las contradicciones. Los comunistas defienden la tesis de que todas las demás secciones deben aceptar previamente las bases que representa Moscou. Nosotros decimos que los sindicatos soviéticos deben ingresar en la F. S. I. en las mismas condiciones que los demás, aceptando previamente el reglamento y estatuto que regulan las relaciones del movimiento obrero, y que es después, desde dentro, donde se podrán hacer aquellas reformas reglamentarias que el funcionamiento democrático de la F. S. I. determine.

Cuando se hacían cábalas sobre el resultado de la reunión de Oslo, nosotros, enemigos de crear optimismos infantiles, decíamos que en Oslo no se aceptarían las condiciones de Moscou, porque conociendo la tónica del movimiento obrero internacional, no podíamos creer se aceptara un criterio que precisamente ha sido lo que ha dividido al movimiento sindical en las dos tendencias de la F. S. I. y la Internacional Sindical Roja.

Pero si creíamos, y seguimos creyendo, era un error la táctica de los sindicatos soviéticos al condicionar su ingreso en la F. S. I., consi-

deramos una torpeza incalificable lo acordado en Oslo negándose a entablar nuevas negociaciones con los sindicatos soviéticos, por cuanto es caer en el mismo vicio que la F. S. I. ha achacado siempre a la Internacional Sindical Roja: el de la intransigencia a todo trance, el de las posiciones absolutas, el de condicionar el movimiento obrero a posiciones apriorísticas de apreciación revolucionaria, sin tener en cuenta el mismo movimiento.

Nosotros creemos, que apesar del acuerdo de Oslo, se hará la unidad internacional del proletariado. Nada nuevo descubriríamos al afirmar que en España la necesitamos tanto como el el más, pero, podríamos caer en error de interpretación, si por esta situación nuestra, especialmente trágica, valoráramos los hechos del movimiento obrero internacional desde un punto de vista exclusivamente español. Por eso debemos tener especial cuidado de no fomentar interpretaciones deformadas, teniendo en cuenta, que los acuerdos de Oslo han sido tomados por una mayoría abrumadora. Podemos discutirlos, los creemos perjudiciales en su segunda parte, pero no tenemos más remedio que acatarlos.

Pero consideramos de una elemental elegancia espiritual que se abstengan de discutir y difamar quienes por principios y por costumbre no pueden discutir los acuerdos de sus propias organizaciones. Y no porque neguemos a nadie el derecho de discusión, sino porque para discutir noblemente hay que tener la libertad de enjuiciar nuestras propias decisiones, pues de lo contrario, además de la mala fe se enrarece la atmósfera de las buenas relaciones, lanzando acusaciones que, estamos seguros de ello, son incapaces de demostrar con pruebas que convengan a la clase trabajadora.

La posición de las secciones nacionales en Oslo

Creemos necesario que nuestros lectores conozcan, aunque a grandes rasgos, la posición de los delegados en la deliberaciones de Oslo, relacionadas con el ingreso de los sindicatos soviéticos en la F. S. I.

Zdanowski, de los sindicatos polacos, se declaró contra la afiliación de los sindicatos soviéticos, afirmando que las condiciones de la vida en la U. R. S. S. son medievales.

Mertens, de los sindicatos belgas, propuso se rechazaran las condiciones soviéticas, diciendo: «Los Soviets desean que reafirmemos nuestra acción contra el fascismo, pero ellos continúan intercambiando productos con los Estados fascistas y se hacen construir en Italia uno de sus mejores navíos de guerra».

Los representantes de Suecia y Dinamarca, se pronunciaron contra el ingreso de los sindicatos soviéticos en las condiciones actuales, esperando que las relaciones de los sindicatos soviéticos con el Gobierno de Moscú se modifiquen de manera que permitan su filiación próximamente.

Wool, de los sindicatos norteamericanos, dijo: «El fascismo no es la única forma de dictadura que se esfuerza por dominar al mundo.» Para él y para el movimiento obrero norteamericano—dice—«no hay diferencia entre el comunismo y el fascismo.»

Conocida es la posición de Walter Citrine declarando que la F. S. L. no estaba en condiciones de llevar a cabo el boicot contra Alemania, Italia y el Japón. «Sí, por ejemplo, dijo, Francia, Holanda o Checoslovaquia intentan un boicot contra Alemania, darian a Hitler el mejor pretexto para una acción contra ellos. Prestaríamos un mal servicio a la Internacional Sindical pidiéndola que votara una resolución relativa a algo que no podamos realizar. Eso no demostraría más que nuestra impotencia.»

De todas la intervenciones, la más importante fué, sin duda alguna, la de Jouhaux, quien pronunció palabras como las siguientes: «Hoy día no tenemos otra arma que el boicot. Debemos negarnos a entregar mercancías que los agresores necesitan para su agresión. Nuestra acción debe englobar no sólo las fábricas sino también los puertos, los barcos y los ferrocarriles. Sino hacemos nada el fascismo continuará su expansión. En la hipótesis de que España fuere vencida, Francia estaría amenazada, y si Francia fuese vencida por el fascismo, seréis vencidos todos, uno tras otro. Si la U. R. S. S. se acerca a Alemania, todo lo que todavía retiene a Hitler, desaparecerá. Espero que esto no se produzca

nunca, pero hay que pensar en ello, sin embargo, y entonces ¿cuál sería la situación de países como Suiza y Holanda? El movimiento sindical Internacional debe emprender una acción efectiva, y ninguna central nacional ha de decir que no puede participar en el boicot porque eso no está en armonía con el deseo de su Gobierno».

Sin consultas arbitrarias, nos parecen las declaraciones del delegado norteamericano Wood, al afirmar que «comunismo y fascismo son idénticos», nuestro estupor llega al colmo cuando es Jouhaux, el mismo Jouhaux hace años calumniado por los bolcheviques y ahora llevado en andas por ellos, quien afirma que hay que tener presente como posible una alianza de Rusia con Alemania, y para ello, como condicionador, pide el ingreso de los sindicatos soviéticos en la U. R. S. S. Los comunistas se sentirán irritados por las declaraciones de algunos delegados, pero las palabras más graves, las de mayor fuerza de acusación, son las de Jouhaux, a quien nos han mostrado como ejemplo a seguir de última hora.

El resultado de las elecciones fué el siguiente: Votaron la propuesta de la mesa, rechazando las condiciones hechas por los sindicatos soviéticos, los directivos Walter Citrine, Jacobsen, Mertens, Kuipers, Tayerles y Schevenels y las centrales de Dinamarca, Bélgica, Estados Unidos, Finlandia, Inglaterra, Holanda, Polonia, Suecia, Checoslovaquia; Suiza.

Votaron contra esta proposición y por la aceptación de las propuestas rusas, Jouhaux, como miembro de la mesa y las centrales de Francia, España y México.

Noruega se abstuvo.

Votaron a favor de la proposición tendente a romper las negociaciones con los sindicatos soviéticos: Citrine, Mertens, Kuipers, y Schevenels, y las centrales de Dinamarca, Bélgica, Estados Unidos, Finlandia, Inglaterra, Holanda, Polonia, Suecia y Suiza.

Votaron en contra: Jouhaux, Tayerlo, España, Francia, México, Noruega y Checoslovaquia.

¿Será este resultado de votación manejo de los Citrine? ¿El movimiento obrero de clase, casi a los cien años de teoría y acción, será el resultado maquiavélico de unos traido-

res y aventureros? Por dignidad del propio movimiento obrero debiera eliminarse de la polémica este criterio pequeño burgués, caudillesco, estilo muy de la III Internacional.

¿Cómo liquidar esta herencia perniciosa y entorpecedora de la unidad internacional?

Hay que volver al espíritu de la Primera

Internacional

La única salida la vemos en la liquidación de la III Internacional. Los últimos veinte años de actividad bolchevique han sido veinte años perdidos para la superación del movimiento obrero. La impotencia internacional de la clase trabajadora se explica por la existencia de dos internacionales. ¿Hay alguna razón que justifique la supervivencia de la III Internacional? ¿Qué aspecto nuevo de lucha ha aportado? Los principios de la Internacional Comunista que se difundieron con los veintinueve puntos, se hallan pisoteados por las secciones de la I. C., y lo que los bolcheviques denunciaban de los social demócratas hoy constituye consigna obligada para ellos.

La democracia obrera exige la desaparición de la III Internacional. Pero esto sería la primera etapa del proceso de unificación. Después vendría la depuración de posiciones para que la II Internacional fuera heredera auténtica de los principios que animaron a la Primera Internacional, adaptando las leyes de la lucha de clase al espíritu de nuestro tiempo.

El Movimiento Obrero Internacional no puede estar supeditado a los intereses de un sólo país. Hay que reconquistar la tónica internacional del movimiento obrero, porque únicamente así se hallará asegurada la defensa de los intereses nacionales de cada sección.

La III Internacional dividió el movimiento obrero, y la unidad obrera se reanudará cuando desaparezca la causa que ocasionó su división. No hay ninguna razón dialéctica que justifique la existencia de la III Internacional, porque la comparación de textos y posiciones nos demuestra, que al cabo de veinte años, los bolcheviques han venido a parar en lo que, según

ellos, era posición y teoría de la social democracia de aquel entonces, con la desventaja de que ahora tal actitud responde al premeditado interés de sacrificar el movimiento obrero internacional a las necesidades de un Estado ligado a otros Estados Imperialistas.

Una vuelta de 180 grados en la posición

del Partido Comunista

Los días 23, 24 y 25 de mayo se reunió el Pleno del Comité Central del Partido Comunista (S. E. I. C.). En los acuerdos sobre el llamado Partido Único del proletariado, se dice: «El Comité Central exige a todas las organizaciones del Partido revisen inmediatamente el estado de la unidad con las organizaciones socialistas, y hagan cuanto sea menester para obtener una mejora radical con la colaboración diaria con todo el Partido Socialista, con todos los socialistas, cualesquiera que sea su tendencia».

Esto es lo que se dice navegar a bandazos en el mar de la política. Lo que el P. C. llama tendencias del Partido Socialista no existen en las relaciones de Partido a Partido, por cuanto son los organismos directivos los que determinan las relaciones oficiales, las tendencias son manifestaciones naturales, necesarias en un partido democrático, y los socialistas somos democráticos en nuestra función orgánica. Los Partidos, las organizaciones sociales en las que no hay tendencias, son organismos infecundos, paráliticos, que marchan precipitadamente hacia la muerte. ¿Pero hasta qué punto puede ser digno el tildar a una tendencia con los más estúpidos dictérios para después hacer borrón y cuenta nueva, sin que antes exista una previa declaración de reconocimiento de error? Eso no es leal, eso no es digno. Si los socialistas, individualmente o en grupo, hemos sido insultados de la manera más arbitraria y grosera por líderes y dirigentes del Partido Comunista, lo leal es reconocer el error y proclamarlo, todo lo demás será gitanería, chalaneo del más bajo estilo, pero que los socialistas no podemos tomar en cuenta para nada porque repugna a nuestra consecuencia moral.

Acatamos y cumplimos los mandatos de la Ejecutiva de nuestro Partido, en lo que se refiere al Partido Único, pero pierden el tiempo totalmente en envolvernos con velos hipócritas de reconciliación, quienes hasta la fecha no han demostrado sinceridad y lealtad en sus tratos.

La lealtad se demuestra procediendo lealmente, no con acuerdos que son la concesión obligada de una situación en la que se ahogan los que navegan a bandazos. ¿Somos trotskista, con la acepción que el P. C. da a esa palabra?

¿Somos enemigos de la unidad, despechados y aventureros de la política tal como nos clasificaba la menopáusica verborrea de Dolores Ibarruri? ¿Somos una tendencia irresponsable, lindando con el trotskismo, según opinión de Pedro Checas? Si esta es su convicción sobran los llamamientos a la unidad, pero si no es verdad, se hallan obligados a una rectificación pública, porque de lo contrario la unidad no pasará de ser una fórmula oficial que a nada obliga a las masas.

La Conquista del Poder Político

«Así como para que un hombre no sea esclavo de otro es de todo punto necesario transformar los medios de producción en propiedad común, en propiedad de todos, al revés precisamente de lo que acontece hoy, que son propiedad de algunos individuos o colectividades, así también para efectuar esa transformación, para obligar a la clase capitalista a que devuelva a la sociedad los instrumentos de trabajo que detenta, es imprescindible que la clase trabajadora, que todos los proletarios perfectamente organizados y dispuestos a librarse del yugo que por tanto y tanto tiempo han venido sufriendo, se apoderen del Poder político; esto es, lo arranquen de las manos de la burguesía y se hagan dueños de él».

Pablo Iglesias.

De «El Programa Socialista» — marzo-mayo, 1886.

PABLO IGLESIAS ⁽¹⁾

Por Julián Besteiro

La obra de Pablo Iglesias

Conforme va pasando el tiempo, y se va mitigando aquel cuadro doloroso de la desaparición de Iglesias, cuando abandonó la vida, el sentimiento de cariño y admiración que por él siempre hemos sentido, lejos de disminuir se va agrandando. Y no es ese un estado de espíritu exclusivamente nuestro. Habéis visto cómo al sentimiento del Partido Socialista, de la masa obrera organizada, ha respondido la conciencia general del país. En medio de la atmósfera de justificada desconfianza, tan característica de la nación española, que ha sufrido tantos engaños, se ha dado el caso de que la sociedad toda ha honrado las virtudes del maestro y ha ensalzado su personalidad. ¿Cómo se ha producido este caso insólito? Es preciso que tratemos de explicarlo.

Se ha producido porque la obra de la vida de Iglesias es una obra que honra las ideas y que honra al pueblo en el cual se ha realizado.

Yo he tenido en estos últimos años ocasión de asistir a varios actos en que se congregaba la representación del proletariado internacional, y he podido apreciar cuáles son las características del movimiento socialista de los países principales de Europa; y os he de decir, que el movimiento socialista del proletariado español es muy modesto en relación al de otras naciones; tiene mucho que aprender de ellas; pero que, dentro de nuestra modestia, posee la organización obrera y el Partido socialista aquí un carácter de solidaridad, una amplitud de horizontes, una firmeza y una generosidad que no resplandecen en mayor grado en las organizaciones similares de otros países.

El obrerismo del Partido Socialista

Quiero citar, a modo de ejemplo, no una superioridad, pero sí una característica de nuestra organización que nos permite presentarnos, no solamente por el valor numérico, sino por el valor moral y espiritual, en condiciones de dignidad al lado de nuestros compañeros extranjeros.

Es lo que nuestros adversarios nos han motejado alguna vez con injusticia cuando se ha dicho que el Partido Socialista Obrero Español, obra de Pablo Iglesias, tenía el defecto de ser, no un Partido Socialista, sino un partido obrerista.

No lo habréis oído decir pocas veces.

Los intelectuales, se ha dicho, no caben en el Partido Socialista Español porque es un Partido que atiende exclusivamente a las necesidades de la clase obrera, no un Partido como el de otras naciones, tales como Francia, que permite a los intelectuales una gran esfera de acción.

Pues bien, sabedlo; con ser la aportación de Francia al Socialismo muy grande, por no existir en ella una relación tan estrecha como existe aquí entre la labor del Partido Socialista y la labor de la organización obrera, el movimiento socialista francés adolece de un defecto que no aqueja, por fortuna, al Socialismo español.

Muchas de las censuras que se nos dirigen están fundadas en el desconocimiento de la verdadera situación de las cosas.

No es cierto que Iglesias ni el Partido Socialista hayan sido hostiles a la obra de la inteligencia. Ahí está el nombre de Jaime Vera, y modestamente hoy somos varios los compañeros pertenecientes a la Universidad que no hemos encontrado nunca dificultades en nuestra actuación por parte del Partido Socialista.

(1) Resúmen de la conferencia del compañero Julián Besteiro en Oviedo.

No creo tampoco cierto que el hecho de no haber siempre los intelectuales en nuestras filas sea un defecto nuestro, sino más bien un defecto de la manera como algunos intelectuales interpretan los deberes que impone la inteligencia. Claro es que, para ser socialista hay que serlo de verdad y proceder como tal, y claro es que al Partido Socialista, no se le puede pedir que sea cosa distinta de lo que es. Es un partido que pugna por la emancipación del proletariado, y en la liberación del proletariado funda toda su significación intelectual y moral. Hay que venir, pues, al Partido Socialista a realizar una misión, a no inventar un socialismo personal, arbitrario e inexistente.

No creáis que yo, que nosotros en general, llevamos en manera alguna el camino del envanecimiento cuando hablamos de las excelencias y ventajas que, como esa que acabo de indicar, podemos tener comparados con otras organizaciones. Estas excelencias y ventajas son debidas en gran parte a la actuación de Iglesias, cuya existencia se puede considerar como un bloque compacto de servicios prestados al proletariado.

Formación de la Personalidad de

Pablo Iglesias

No pretendemos glorificar la personalidad de ningún compañero hasta el punto de convertirle en una divinidad intangible. Sabemos bien que las grandes personalidades se engendran en sus cualidades propias, pero también son producto del medio en que se desenvuelven y de la acción colectiva.

Las virtudes y las excelencias de Pablo Iglesias fueron obra de su temperamento y de su bondad; también fueron obra de las mismas hostilidades del medio en que se desenvolvieron, ya que estas hostilidades, incapaces de destruir su carácter, lograron, en cambio, dotarle de una fortaleza de acero, en rudo trabajo de forja.

Para comprender la vida de Iglesias hay que distinguir en ella diversos períodos. Ya se sabe que esta obra de clasificación histórica nunca puede ser perfecta y tiene en sí siempre algo de arbitrario; pero yo creo que podemos distinguir en la vida del maestro dos períodos principales: un período que podríamos llamar de preparación y abarca hasta que Iglesias cumple los veinticuatro años; otro período que comprende el resto de su vida, hasta los setenta y cinco.

En el primer período, Iglesias fué un militante de la organización obrera, dotado de condiciones excepcionales. Desde los veinticuatro años hasta su muerte, la vida de Iglesias fué la de un líder, la de un director de muchedumbres que siempre supo conducirlos por el camino más seguro.

España en el año 1850

Pensad cómo estaba preparado el terreno cuando nació Iglesias, en el año 1850. En España se sentía entonces la influencia de la revolución francesa del 48. Sabéis que hoy esa revolución se considera como un episodio de la revolución burguesa. Mas hay que reconocer que la revolución del 48 estaba influida por una concepción socialista imperfecta: el Socialismo de Estado de Luis Blanc. Para Blanc y sus partidarios la mera conquista del Poder político y las medidas legislativas que se pueden dictar desde él tienen por sí solas una virtud y una eficacia que hoy difícilmente podemos admitir.

Sean cualesquiera los defectos de esta concepción, es un hecho que las ideas revolucionarias y socialistas de Francia influyeron considerablemente en España en aquella época; pero, además, no es posible olvidar otra circunstancia de mayor significación, y que no pudo menos de influir en nuestro país, porque es precisamente el año 48 cuando aparece el Manifiesto Comunista, de Marx y Engels, que es la síntesis de los principios en que descansa la concepción del Socialismo científico y marca una nueva época en la historia del Socialismo mundial.

Hasta el año 67 no aparece el Primer tomo de «El Capital»; pero desde la publicación del Manifiesto Comunista cuenta el proletariado con una doctrina sólidamente construida, con una bandera y un camino seguro, que es el camino de los triunfos sucesivos y el que ha de conducirle al triunfo final.

Dos años después de estos acontecimientos, cuando su influencia empezaba a llegar a nuestro país nació Iglesias, y nació en la primera parte del reinado de Isabel II, que fué en la agitatísima historia de España la época de mayor agitación.

Todos sabéis lo que el reinado de Isabel II significa. A los trece años fué proclamada mayor de edad, porque los elementos liberales del país querían librarse del absolutismo, de la reacción, del espíritu despótico que representaba María Cristina, y aquella niña coronada fué la esperanza de tantos espíritus que en España luchaban heroicamente por la libertad. Pero sucedió con ella lo que sucedió frecuentemente con otros monarcas de su familia: que empezaron sus reinados con promesas de libertad y acabaron practicando cruelmente el despotismo.

La juventud de Iglesias y la revo-

lución liberal

Y cuando Iglesias vino al mundo, las promesas de libertad de aquel reinado ya se habían desvanecido o se iban desvaneciendo; los liberales veíanse amenazados y perseguidos, sin otro recurso posible para la defensa de su libertad y su vida que la revolución. Ese fué el ambiente que respiró Iglesias en su juventud. Pero notado bien. Este hombre educado en el taller, aleccionado por la desgracia, tuvo intuición bastante para comprender que no basta sentir ahelos de libertad, sino que es preciso que esta libertad cristalice en sólidas instituciones sociales para que pueda desarrollarse; por eso, desde su juventud, empezó a trabajar por la organización de la clase proletaria, que estaba sometida a un régimen de esclavitud. Por eso, cuando el mismo año de la batalla de Alcolea, el mismo año de la Revolución, el año 1868, se fundó en España la organización obrera, Iglesias se afilió a ella. El maestro perteneció al primer núcleo de la Internacional Obrera que se fundó en Madrid, y fué el fundador, después, de la primera Agrupación Socialista que existió en España. Más tarde fundó también Iglesias el primer órgano del Partido Socialista español. Su obra primera, su obra de juventud, su obra de aprendizaje, la realizó Iglesias en la Sección de Tipógrafos de la Federación Madrileña, adherida a la Asociación Internacional de Trabajadores.

En este período de aprendizaje, la labor de Pablo Iglesias es una labor de organizador, de propagandista, de polemista, de colaborador de «La Emancipación», órgano en el cual, bajo el influjo de Pablo Lafargue, empezaron a propagarse en España las ideas de Marx y Engels.

Este trabajo, que yo llamo de juventud y preparación, no dura en la vida de Iglesias, como os he dicho, sino hasta que nuestro hombre llega a cumplir veinticuatro años. Entonces, el año 1874, fué nombrado Iglesias presidente de la Asociación del Arte de Imprimir, puesto que ocupó hasta que fué elegido presidente de la Federación Nacional de Tipógrafos y más tarde de la Unión General de Trabajadores.

Fijaos, compañeros, en que, después del triunfo de la revolución de septiembre, en España se dió el siguiente caso: Se nombraron unas Cortes Constituyentes, que, destronada Isabel II, apenas se preocuparon de otra cosa que de buscar en España, en Portugal, en Bélgica, en Italia, y hasta en Alemania, un rey para el trono vacante.

Fijaos en que cuando ya creían aquellos hombres de las Cortes constituyentes que su empeño no iba a ser realizable, al fin, un rey que no tenía ganas de serlo: Amadeo de Saboya. Recordad qué a aquel hombre, por sencillo y liberal, le hizo la aristocracia española la vida imposible, hasta que abandonó el trono. Recordad que entonces, a falta de otra solución, se proclamó la República, y recordad que al año siguiente, en 1874, los militares, dirigidos por Pavía, penetraron en el Congreso y lo disolvieron, y en el mismo año Dabán y Martínez Campos se levantaron en Sagunto al grito de ¡Viva Alfonso XIII, y

a consecuencia de eso se hizo la Restauración monárquica borbónica en España. Pues en ese mismo año de la paviada y del grito de Sagunto ocupó Iglesias el primer cargo directivo.

La restauración borbónica y la ac- tuación de Iglesias

Yo supongo que la mayor parte de vosotros habréis pensado en lo que para nuestro pueblo significa este período de restauración.

Por mi parte, puedo deciros que, acerca de esto, más he aprendido en mi práctica de militante socialista que lo que me han enseñado los libros.

Científicamente, la historia de la restauración borbónica está por hacer; mas cuando tuve la suerte o la desgracia de ser—durante unos años—concejal del Ayuntamiento de Madrid, tuve ya ocasión de ver cómo aquella Corporación se había conducido y al amparo de qué leyes había actuado; y ví que las leyes que regían la vida municipal y la vida del Estado en la época revolucionaria tenían cierta grandeza de concepción y de elevación de espíritu. Pero en cuanto vino la restauración; por una serie de ficciones, a veces aparentemente democráticas, pero en el fondo verdaderamente absolutistas; por una especie de eso que llamamos habilidades, y que son miserias vergonzosas, cuando no criminales, todas esas ideas grandes se habían ido destruyendo implacablemente.

La restauración, desde entonces, se me ha ido, cada vez más, apareciendo como un período de oprobio y de mentiras, de negocios sucios, de abyecciones de la vida política de España. Y en esa época en que los hombres mejores, desengañados por el fracaso, se refugiaban en un comodísimo, pero también vergonzoso escepticismo, se mantuvo enhiesta la bandera del ideal de Iglesias, pese a las constantes persecuciones de que eran objeto él y su Partido.

Persecuciones y fortalecimiento de la organización

De los sufrimientos que el pueblo español ha experimentado durante la restauración, tenemos nosotros recuerdos bien recientes.

La primera huelga realizada por la Asociación del Arte de Imprimir es la causa, en 1882, de la primera prisión de Iglesias. Iglesias fué perseguido, y yo hago notar esta circunstancia para que se destaque que la vida militante durante ese período en nuestro país, comparada con la de otros países, es superior en sufrimientos. Es de lamentar que así haya sido. Si nosotros pudiéramos recomenzar la vida de Iglesias, trataríamos de salvarle de esos dolores; pero hay que reconocer que precisamente en esa escuela de desgracias se afirmaron las virtudes sólidas que habían de servir de base para la cimentación de la obra de nuestro Partido.

No es de extrañar, por eso, compañeros, que en estos últimos años de régimen llamado constitucional, que, en realidad, no lo era, porque con frecuencia estaban suspendidas las garantías constitucionales, y cuando no lo estaban no merecían el debido respeto a los gobernantes; no es de extrañar, camaradas, que en estas últimas épocas hayamos experimentado, hayamos sufrido una prueba bien difícil, de la que, sin embargo, la organización obrera ha salido victoriosa y más fortalecida que nunca.

Recordad los años 1918 y 1919, en que los adversarios nos rodeaban por todas partes y se infiltraban hasta en el seno de nuestra familia ideal. Recordad con qué fruición la burguesía atacaba a nuestras organizaciones y a nuestras personas. Recordad la campaña sistemática que se hizo para deshacer nuestros grupos hasta en las últimas aldeas. Recordad cómo aquéllos Gobiernos que se llamaban constitucionales implantaban una dictadura militar en Andalucía y otra en Cataluña, que luego se extendía po-

otras partes. Recordad que, como ya he dicho otras veces, sin que nadie me pudiera contradecir, todas las agresiones que contra nosotros partían, y que llegaron a convertirse en una obra de terrorismo criminal, eran, por lo menos, toleradas, cuando no alentadas, por las autoridades, y comprenderéis que la organización obrera que ha tenido fuerzas para resistir estas pruebas y para salir de ellas más grande, más noble y más robusta, es que ya tenía mucha robustez, y esa robustez no fue otra que la que le dió el héroe del Socialismo español, la que le dió el gran Pablo Iglesias.

Comprenderéis ahora, compañeros, por qué yo digo que este amor extraordinario de la clase trabajadora y del país por Pablo Iglesias es un amor bien merecido, y por qué digo, además, que es preciso que este amor lo acrecentemos y purifiquemos cada vez más en nosotros.

Enseñanzas de la vida de Iglesias

Yo estimo preciso que de la vida de Iglesias, del estudio profundo del medio en que se desenvolvió, del estudio profundo de su carácter, saquemos nosotros enseñanzas. Primero, sepamos cuál es su herencia moral, cuál es su valor para que lo defendamos siempre, y después, sepamos aprovechar también las enseñanzas en ella encontradas para desenvolver este germen valioso, para que nuestra organización responda a esta primera parte de su gloriosa historia; esta historia que debe satisfacernos y enorgullecernos a los militantes de nuestro Partido y debe estimularnos para continuarla ahora que nos falta el mejor consejero.

Es preciso que nos demos cuenta (¿por qué no decirlo francamente?) de que no puede haber nadie que asuma la función directiva del Partido como Iglesias la asumió; porque son otros tiempos, porque son otras las necesidades y porque hoy el hombre de más prestigio, de más condiciones, de más virtudes, de más energías, no podría asumir todas las funciones directivas que este organismo, ya crecido, necesita ejercitar.

La obra de hoy quizá no exija ese sacrificio heroico que hasta no hace muchos años ha exigido. Quizá en algunos momentos lo exija también: tal vez no haya cambiado la intensidad, sino la forma del sacrificio y del esfuerzo. Pero el tono del heroísmo primero en todos los momentos de la actuación no es siempre el adecuado al momento presente, pues son otras sus características. Lo indudable, compañeros, es que la obra que hay hoy que realizar se va haciendo por momentos cada vez más extensa y complicada.

Siempre la concepción y la práctica de Socialismo han sido, no simples, sino complejas, y han requerido el servicio de caracteres dictados de esas mismas condiciones de complejidad. Precisamente por sus complejidades es también el carácter de Iglesias más digno de meditación y estudio.

Primero, a los que no le conocían, sobre todo en aquellos años en los que Iglesias no había intervenido de lleno en la vida política, parecía dotado de aristas muy pronunciadas, de una poderosa energía; pero la preponderancia de Iglesias era debida a que al lado de sus energías, en el fondo de sus rigideces, había un hombre cordial, un hombre de amor.

Todos los que conocían a Pablo Iglesias sabían cuál era la delicadeza de su espíritu, cómo sentía la miseria del proletariado, cómo sentía las necesidades de la niñez, cuál era la consideración que tenía para la mujer, cuyos derechos son tan comúnmente despreciados.

Esto os explicará algo que aquí ha apuntado uno de los compañeros, en cuartillas que se leyeron, y aún creo que también el mismo compañero Suárez. Iglesias, que era un espíritu fuerte, pero de cuerpo débil (pues siempre estuvo enfermo), no hubiera llegado a los sesenta y cinco años de edad, se hubiera muerto joven, si no hubiese sido por esa grandeza de espíritu que atraía y engendraba el amor, y fue la causa de que Iglesias tuviese la suerte de verse rodeado de gentes que velaban por él, que se sacrificaban si era preciso, por él.

Es preciso que se conozca cómo le querían los que más íntimamente le trataban.

El doctor Vera, gran amigo que fué de Pablo Iglesias, ha dicho que si no hubiese sido por los cuidados de Amparo Meliá, Pablo Iglesias hubiera muerto joven.

Cuando Vera se estaba muriendo llamó a uno de sus amigos y compañeros de profesión, el doctor Huertas, y le recomendó que cuidase de la salud de Pablo Iglesias. El doctor Huertas ha cuidado de la salud del maestro con el mayor celo y entusiasmo, guiado de cariño fraternal, pues ese amor era el que inspiraba Iglesias. Se puede decir que, en esto, Pablo Iglesias ha sido afortunado. ¿Pero por qué? Porque tenía corazón y traía a sí los sentimientos de los gentes que querían conservarte por amor a él, como hombre ideal, como hombre de abnegación y como hombre necesario para la regeneración del pueblo español.

Las circunstancias que concurren en la historia de nuestros organismos, creo que jusiifican plenamente nuestro deseo inquebrantable de que se mantenga con firmeza en nuestras filas ese espíritu de idealidad obrera y socialista que constituye la gloria de la vida de nuestro inolvidable maestro Pablo Iglesias. Es el espíritu de Pablo Iglesias el que quisiéramos ver resplandecer en la conducta de nuestros militantes para que el crecimiento de nuestra Unión General de Trabajadores y de nuestro Partido Socialista Obrero Español no sean sino la prolongación de la existencia de un hombre que tanto y con tanto acierto trabajó por el bien de la clase trabajadora, por los más altos ideales de la Humanidad y por el más noble y próspero porvenir de España.

UNIDAD DE LA JUVENTUD

«Yo espero que esta unificación no sea simplemente una unificación orgánica. Es preciso, la Historia nos lo impone, que esa unificación, además de orgánica, sea ideológica. Los que aspiramos a realizar una revolución social no podemos fiarlo todo a la unidad orgánica. Sin la unidad ideológica, con la unidad orgánica no seríamos mas que mezclas sin ninguna eficacia.

Todos los que tenemos puesta nuestra fe en la juventud española esperamos que esto no se limite a una concentración donde puedan exhibirse más o menos vistosos uniformes comunistas y socialistas. Es preciso que a esto siga una organización perfecta, una disciplina exacta, una voluntad firme, porque todo lo que se está haciendo sobre este particular no responde a simples iniciativas individuales ni a caprichos personales, sino que responde a una imposición histórica que todos tenemos la obligación de cumplir».

Francisco Largo Caballero.

MARX

Por JOSÉ MESA LEOMPART

Biografía escrita por José Mesa Leompart (del Consejo Federal de la Internacional española y del Consejo de Redacción de «La Emancipación» y maestro de Iglesias) en 1.º de febrero de 1873 y publicada ese día en «La Ilustración Española y Americana», con un retrato, grabado en madera por Capuz, que lleva este pie: «El doctor Carlos Marx, jefe de la Internacional». Transcribimos esta biografía por considerarla un valioso documento histórico de la época, aunque no compartimos algunos juicios del autor, tales como considerar como un hecho histórico fatalista la dictadura del proletariado, y el calificar a Marx únicamente como filósofo y pensador, olvidando su aspecto de organizador y hombre de acción, que, por otra parte, aparece con todo su dinamismo en el estudio del precursores del Partido Socialista Español, Mesa Leompart.

En un apartado barrio de Londres, en Camden-Town, vive hoy retirado, después de una vida sumamente azarosa, el doctor Carlos Marx, a quien toda la prensa española y una parte de la extranjera atribuye la jefatura de la Asociación Internacional de los trabajadores, ignorando que esta vasta Sociedad se diferencia de todas las organizadas hasta el día en su constitución radicalmente democrática, que no consiente jefes, directores ni aun presidentes, sino simplemente Consejos o Comisiones con facultades ejecutivas. El doctor Marx pertenece al Consejo general de la mencionada Asociación, y en él ejerce el cargo de secretario corresponsal por Alemania y Rusia, sin que tenga ninguna superioridad jerárquica sobre sus colegas, a no ser la que le dá el influjo de su talento, su larga experiencia y servicios prestados a la causa que defiende, como uno de los fundadores que ha sido de la Internacional.

Carlos Marx, a quien los obreros alemanes llaman familiarmente Padre Marx, es un hombre de cincuenta y tres años, afable y cortés, y que no ofrece, ni mucho menos, el aspecto de un loco furioso, ni de un bebedor de sangre, ni siquiera de un descamisado, como se complacen en pintarlo los atolondrados periodistas.

Semeja más bien un buen ciudadano de Hamburgo, perdido en las nieblas de Londres, y que procura vivir lo menos mal posible, como honrado padre de familia. La casita en que mora es una quinta modestamente amueblada, sin más aparato que el que reclama la «respectability» británica, a la cual todo se sacrifica en Inglaterra. Sé bien que el doctor, que pasa por rico, no emplea todas sus rentas, ni mucho menos, en la satisfacción de goces personales, y que consagra, no sólo su tiempo, sino una parte de su caudal, al servicio de sus opiniones.

El doctor Carlos Marx, nacido en 1818, es de mediana estatura, de robusta constitución y fisonomía expresiva. Su frente vasta revela al pensador. Su rostro, circundado por largos y abundantes cabellos, da testimonio, en sus profundas y numerosas arrugas, de las meditaciones del doctor y de sus graves preocupaciones; bajo la frente se dibujan unas cejas en extremo pobladas, que dan sombra a unos ojos pardos, muy hundidos en sus órbitas y centelleantes; bajo párpados plegados y oscurecidos por el estudio y las vigiliass. La nariz, ancha en su base, como la de Balzac —señal de grandes facultades intelectuales según los fisonomistas—, cae por una suave pendiente sobre dos mejillas carnosas, y de los extremos de la nariz salen dos surcos profundos que van a perderse en los labios, gruesos y sensuales, y cubiertos a medias por un bigote bien poblado, que se confunde con una barba gris, bastante larga y casi patriarcal.

Carlos Marx estudió primero la jurisprudencia en la Universidad de Bonn y en la de Berlín; pero no tardó en abandonar tal estudio por la Historia y la Filosofía, que algún tiempo después enseñó como catedrático en la misma Universidad de Bonn. Al ocurrir el movimiento político que siguió a la muerte de Guillermo III de Prusia, en 1841,

abandonó la cátedra y entró en la Redacción de la «Gaceta Rhenana» («Die Rheinische Zeitung»), que los jefes de la clase media liberal, los Hanoeman, Kamphausen y otros, que subieron al poder después de la revolución de 1848, acababan de fundar en Colonia. Marx hizo en este periódico una campaña muy notable, y a mediados de 1842 se le confió la dirección del mismo.

De esta época datan las primeras querellas de Marx con los Gobiernos. La «Gaceta Rhenana» se publicaba, como todos los periódicos de aquella época, bajo el régimen de censura; pero muy luego la polémica de Marx excitó las iras del Poder, y el periódico no podía publicarse hasta después de haber obtenido el «imprimatur» del censor ordinario y la aprobación del prefecto de Colonia. Aun así la «Gaceta Rhenana» pareció demasiado peligrosa a las autoridades prusianas, y fué suprimida en la primavera de 1843 por decreto ministerial.

Refugióse Marx en París por la primera vez. Allí publicó, en compañía del doctor Ruge, los «Anales-Franco-Alemanes», que fueron prohibidos en Alemania, y en compañía de Federico Engels, «La Santa Familia, contra Bruno Boñer y consortes». Los «Anales» tendían a combinar los dos movimientos críticos que se estaban produciendo simultáneamente en Alemania y en Francia. «La Santa Familia» era una sátira del idealismo alemán, que Marx quería sustituir por lo que él llama el realismo histórico.

Como Marx, a la vez que se ocupa en París de estudios sobre la economía política y sobre la primera Revolución francesa, continuaba dirigiendo ataques al Gobierno prusiano, éste pidió y obtuvo del de Francia la expulsión de Marx del territorio francés, y se dice que Alejandro de Humboldt, el célebre geógrafo, sirvió de negociador, por el Gabinete de Berlín, en este asunto.

De París trasladóse Marx a Bruselas, donde continuó una vida tan laboriosa como agitada, publicando en francés un «Discurso sobre el librecambio» (1846) y «Miseria de la Filosofía», contestación a la «Filosofía de la Miseria», de M. Proudhon (1847), y en alemán, con Federico Engels, «Das Manifest der Communistischen Partei» («El manifiesto del partido comunista» (1848), que había sido adoptado por un Congreso de obreros de diferentes países, celebrado en Londres en 1847. Por esta época, a causa de su propaganda entre los obreros y de sus artículos contra el Gobierno prusiano en la «Gaceta Alemana», de Bélgica, a petición del Gabinete de Berlín; pero al mismo tiempo, M. Flocon, en nombre del Gobierno provisional, le abrió las puertas de Francia donde esta segunda vez debía residir muy poco tiempo.

Efectivamente, habiendo estallado la revolución en Alemania, trasladóse apresuradamente a Colonia, donde fundó la «Nueva Gaceta Rhenana» con el concurso de sus antiguos compañeros de destierro. La «Gaceta de la Cruz», órgano de los feudales de Alemania, decía que este periódico, publicado en una fortaleza prusiana, sobrepujaba en audacia revolucionaria a los periódicos franceses de 1793 y 1794. En la «Nueva Gaceta», Marx defendió calurosamente la insurrección de junio de 1848. Cuando el Gobierno prusiano dió en el otoño de 1848 el golpe de Estado, arrojando de Berlín la Asamblea nacional y otorgando una Carta, Marx hizo en su periódico un llamamiento al pueblo, aconsejándole que organizase la negativa general del impuesto y que rechazase la fuerza con la fuerza. El Gobierno proclamó el estado de sitio en Colonia, y, naturalmente, la «Nueva Gaceta Rhenana» fué suspendida y obligado su redactor a salir de la ciudad.

Marx no se desalentó por esto y tan pronto como el estado de sitio fué levantado, volvió a empezar la lucha. Formáronse contra él numerosos procesos; mas como todas estas causas eran sometidas al Jurado, fué absuelto en todas ellas, y estas persecuciones sólo sirvieron para proporcionarle nuevos temas de oposición. Cansado, al fin, el Gobierno, se aprovechó del movimiento revolucionario del sur de Alemania para englobar a Marx en la reacción, y expulsó definitivamente de Prusia en la primavera de 1849. Marx fué a fijar su residencia en París por la tercera vez; pero algunas semanas después de la insurrección de junio de 1849, el Gobierno francés, fundado en la demanda del embajador prusiano, puso a Marx en la alternativa de ser internado en el Morbihan o de salir de Francia. Marx se decidió a trasladarse a Londres, donde desde entonces ha vivido.

A mediados de 1850 reanudó en Londres la publicación de la «Nueva Oaceta Rhennana», bajo la forma de revista mensual. Esta revista, impresa en Hamburgo, sucumbió en 1851 a la reacción victoriosa.

Después del golpe de Estado de diciembre de 1851, Marx publicó en alemán «El 18 de brumario de Luis Bonaparte» (Boston 1852). Esta obra fué reimpresa en Alemania en 1869, poco tiempo antes de la guerra.

En 1853 publicó (en alemán) «Revelaciones sobre el proceso de los comunistas en Colonia», que es una filípica contra el Gobierno prusiano y la burguesía alemana. Después de la condenación de sus amigos por los Tribunales de Colonia, Marx permaneció muchos años ajeno a toda agitación política, explotando los ricos tesoros que el Museo británico pone a disposición de los que quieren sondear las profundidades de la economía política, y no tomando parte activa en más publicación que en el «New York Tribune», donde escribió, hasta la guerra civil americana, la correspondencia inglesa, firmada con su nombre, y un gran número de artículos de fondo sobre el movimiento europeo y asiático, y no pocos sobre la política española. Sus artículos sobre la política extranjera de lord Palmerston fueron reimpresos en Inglaterra en forma de folletos.

Marx publicó además, en 1859, «Zur Kritik der Politischen Oekonomie», Berlín (Contribuciones a la crítica de la economía política), y en 1860, en Londres, «Herr Vogt» (El señor Vogt); en este último libro ridiculiza la pseudo democracia imperialista, acusando al mismo tiempo al profesor Carlos Vogt y a sus cofrades de la prensa alemana y de la prensa suiza de estar vendidos a Napoleón en la cuestión que produjo la guerra de Italia. Ultimamente publicó en Hamburgo, a fines de 1869, su obra principal, titulada «Das Kapital, Kritik der Politischen Oekonomie» (El capital, crítica de la economía política), de cuya obra sólo se ha publicado hasta el día el primer tomo.

El día 26 de septiembre de 1864, en el mítin de Saint-James s'Halle, la Asociación Internacional de Trabajadores fué fundada, y su Consejo central interino eligió a Marx, que ya en dos ocasiones distintas había tratado de fundar una Asociación de este género, secretamente con la liga Comunista de los Obreros, y abiertamente con la Sociedad Internacional de la Democracia en Bruselas en 1847. Nombrado miembro del Consejo interino, redactó el Manifiesto inaugural y los estatutos generales, definitivamente adoptados en el Congreso de Ginebra de 1866. Desde esta época, Marx ha venido redactando las principales publicaciones del Consejo general de Londres. La última, que es el Manifiesto sobre la guerra civil en Francia, ha producido gran sensación en las filas de la democracia.

Marx, discípulo ardiente de Hegel, a quien proclama aún hoy día el último de los grandes metafísicos, formó parte de lo que se denomina en Alemania la izquierda hegeliana; pero se separó de ella muy pronto para transformar toda la filosofía hegeliana y darle la base real que le faltaba. Hegel, a fuerza de abstracción, lo transformaba todo en categórica lógica; abstrayendo los diferentes movimientos de todos sus caracteres distintivos, obtenía la fórmula puramente lógica del movimiento, en la cual hallaba el «método absoluto», que no sólo explica «toda cosa», sino que implica además el movimiento de toda cosa. «El método es la fuerza absoluta, única, suprema, infinita, a la cual no puede resistir ningún objeto; es la tendencia de la razón a encontrarse, a conocerse en todas las cosas». (Hegel, «Lógica», tomo III).

Marx despoja el método de todas estas cualidades sobrenaturales y lo reduce al papel de simple instrumento que facilita el trabajo, pero que no nos da el secreto de todas las cosas; para él no es el movimiento absoluto el que produce, por medio de sus evoluciones, los diferentes movimientos de todas las cosas; antes al contrario, la evolución de todas las cosas es la que produce el movimiento que, una vez abstraído y analizado en sí mismo, es idéntico para cada cosa. El método hegeliano, transformado así, viene a ser el método materialista de que se han servido de una manera inconsciente e imperfecta los Darwins, los Godofredo Saint-Hilaire y los grandes hombres científicos modernos.

Marx ha querido emplearle en una ciencia que se hallaba en estado rudimentario en la ciencia económica. En su última obra, «Das Kapital», que le ha costado veinte

años de trabajo, sigue paso a paso todas las transformaciones de la propiedad, que después de haber revestido en la Edad Media la forma individualista, pierde esta forma por el desenvolvimiento mismo de las categorías económicas, que han creado la fortuna de la clase media, y toma la forma comunista.

Cita, por ejemplo, la industria textil, que, después de haber sido ejercida por los particulares, que se valieron de máquinas a brazo, es explotada hoy con la máquina de vapor que no puede funcionar sin la ayuda de numerosos obreros, que trabajan en común, y el instrumento de trabajo no es ya, como en otro tiempo, propiedad del que lo maneja, sino de capitalistas que, según opinión de Marx, serán reemplazados fatalmente por la «Commune».

La doctrina de Carlos Marx se distingue de los sistemas de los demás socialistas en dos puntos principales. Primero, en que rechaza todas las concepciones y deducciones doctrinarias y trata de demostrar que la sociedad presente lleva en sí los gérmenes de una sociedad nueva; que esta sociedad se elabora por medio de la lucha de clases, las que después de haber pasado (a consecuencia de la fatalidad histórica) por la dictadura transitoria de la clase obrera, se fundirán finalmente en la asociación de los productores libres, basada sobre la propiedad colectiva de la tierra y de los instrumentos de trabajo. En segundo lugar, Marx proclama el carácter internacional de esta lucha de clases y de la transformación social que ha de ser su resultado.

Tal es el hombre que muchos se han complacido en representar como un sér intratable y un revolucionario empedernido, no siendo más que un filósofo y un pensador, temible tan sólo por sus facultades organizadoras y admirablemente sintéticas, por su larga experiencia en las revoluciones, su vasta ciencia y su tenacidad característica, servidas por la independencia de su posición, la afabilidad de sus maneras, el conocimiento de todos los idiomas europeos y una infatigable aptitud para los más ávidos trabajos.

Proceso de las crisis económicas del Capitalismo.

“Los capitalistas, lejos de dominar el movimiento productivo, son arrastrados por su fatalidad. Los capitales, constituidos por los medios de producción y la fuerza de trabajo comprada, son verdaderos organismos cuya condición de existencia, como la de todo organismo, es el movimiento. Cesa el movimiento, cesa la vida y perece el capital. Y como el movimiento de los organismos capitalistas es la producción, so pena de ruina, han de producir y producir siempre, y producir cada vez más. La concurrencia espolea a los organismos productores haciéndolos marchar siempre al galope. Pero la ampliación de los mercados no sigue esta ampliación creciente con igual velocidad, y cuando los valores lanzados por los centros de producción no retornan a manos del capitalista aumentados y convertidos en dinero para continuar la producción en progresivo incremento, entonces sobreviene la crisis; la producción se detiene, el capital moneda se oculta como por encanto, la epidemia terrible de la falta de trabajo se desenvuelve en la masa proletaria, verificándose el hecho paradójico de que con una inmensa masa de mercancías estancadas coexiste una inmensa escasez; de que se ha producido lo excesivo y la muchedumbre carece de lo necesario; que hay una extrema riqueza y una extrema miseria polarizada por el sistema económico capitalista”.

Jaime Vera.

«El partido Socialista Obrero ante la Comisión de Reformas Sociales.— Diciembre de 1884.

ENGELS

Engels nació en Bremen, el 28 de Noviembre de 1820, dos años y medio después que Marx. Hijo de un rico industrial, se educó en un ambiente enteramente conservador. De la Escuela Graduada de Bremen, fué al gimnasio de Elberfeld; pero entró en el negocio de su padre un año antes de su examen final. En 1841, sirvió en la Artillería de la Guardia en Berlín, y llegó a ser una autoridad en la ciencia militar. Después fué a Manchester, como Egente de la Fábrica de Hilados de Ermen y Engels, de la que era Socio su padre. Durante unos años había seguido antes, con mucho interés, los nuevos progresos de la filosofía y en el pensamiento socialista y, en su camino a Inglaterra, entró en la redacción de la *Rheinische Zeitung* y allí encontró por primera vez a Marx; pero apenas se hablaron. En Inglaterra se unió a los *chartistas* (1), a los movimientos socialistas utópicos y de las *Trade Unions* y adquirió grandes conocimientos de los modernos adelantos de la industria capitalista. En aquel tiempo reunió material que fué la base de su *Condición de la clase obrera en Inglaterra en 1844*, violenta condenación del orden capitalista.

Al volver el Continente colaboró con Marx en «Die Heilige Familie (La Sagrada Familia.)» En 1845, dejó el negocio Mercantil, que tanto le disgustaba, y fué a Bruselas, donde entonces estaba Marx haciendo su obra. Los dos se ocuparon durante dos años en investigar, escribir y organizar. Engels estuvo en Londres en el verano de 1847, como representante del grupo de París para formar un nuevo programa de Liga Comunista y colaboró en la Redacción del *Manifiesto Comunista*.

En 1849, se unió a un cuerpo de voluntarios en el Palatinado, que pedían una Constitución para todo el Imperio alemán, y al regresar a Londres, colaboró con Marx en el movimiento revolucionario de 1848-50. En 1850 volvió al negocio industrial con el objeto de ganar lo necesario para continuar su trabajo literario.

Durante los veinte años siguientes, Marx y Engels se veían poco, pero estaban en correspondencia casi diaria. Cambiábanse libremente todos sus nuevos descubrimientos económicos y no publicaban sus artículos sino después de haber sometido cada uno el suyo a la crítica del otro. Engels ayudó también a Marx en sus trabajos para la *New-York Tribune*. Particularmente le ayudó muchísimo dándole datos auténticos de la vida industrial. «Sin Vd.—escribía Marx—yo no hubiera concluido la obra (*Capital*), y le aseguro a Vd. que siempre ha pesado en mi mente esta carga como una montaña: Que, principalmente por mí, ha llevado sus espléndidas facultades a malgastarlas y enmohecerlas en el comercio.»

En 1860, murió el padre de Engels, y él heredó la participación en el negocio. Escribiendo a Marx sobre su deseo de dejar el campo comercial, decía: «Anhelo con vehemencia el momento en que me vea libre de éste comercio que, con el tiempo que me hace perder, me está desmoralizando enteramente. Mientras estoy en él, no sirvo para nada;

(1) Defensores del chartismo, sistema democrático cuyos principios principales eran el sufragio universal, parlamentos anuales, votos por papeletas y honorarios a los miembros del Parlamento.

particularmente desde que soy socio se me ha puesto la cosa peor, a la razón en la mayor responsabilidad. Si no fuese porque me produce mayores ingresos, preferiría volver a ser un dependiente».

En 1869 vendió su parte en el negocio, y obtuvo una suma grande de dinero a cambio de la promesa de no abrir un comercio igual por su cuenta. Por ésta razón pudo pagar a Marx unas 350 libras esterlinas anuales durante cierto número de años. Desde septiembre de 1870, en que Engels se trasladó a Londres, hasta la muerte de Marx, trabajaron estos dos espíritus semejantes. Marx se dedicó principalmente a la elaboración de sus sistemáticas teorías económicas y sociales; Engels se ocupaba más en la discusión de las cuestiones corrientes del día a la luz de aquellas teorías.

A la muerte de Marx, Engels tradujo, completó y aseguró la publicación de varias obras de Marx. Él murió el 6 de agosto de 1895, a la edad de 75 años. Sus principales obras fueron: *Socialism from Utopia to Science* (Una de las dos obras clásicas del Socialismo), «Condition of Working Class in England in 1844, Origin of the Family and Feuerbach, The Roots of the Socialist Philosophy».

Engels era alto, delgado, esbelto, rápido e ingenioso en el hablar y hombre del campo intelectual poco común. Huía de la luz de calcio y siempre estaba despreciando su trabajo en comparación con el de su colaborador. Era optimista de nacimiento, y especialmente en la primera parte de su vida, tenía siempre la revolución como cosa cercana. (Véase la *Life and Works of Friedrich Engels* By Zelde Kahan Coates, 1920. Londres).



esto al final. Es de los nos.

11 y 12. 40

SPARTACUS

13 y 14.

El Japón de los pies de arcilla

Por EMILE VANDERVELDE

Lo que vamos a narrar sucedió hace unos nueve meses: en los comienzos de la agresión japonesa, esa «guerra no declarada», pero que no por ello ha dejado de pagar su tributo de sangre y que los señores del Quai d'Orsay y del Foreign Office se obstinan en llamar, con un púdico eufemismo, el conflicto chino-japonés.

Los nipones, como se esperaba, habían obtenido, a costa de grandes sacrificios, algunos éxitos militares. Al preguntar a una alta personalidad china, cuyo valor intelectual estimo en mucho, lo que pensaba del desarrollo y del final de los acontecimientos, me respondió con una tranquila y serena impasibilidad:

«Abrigamos una firme esperanza. Los japoneses, no lo dudamos, nos batirán todavía. Son mejores militares que nosotros. La lucha será larga y dura; pero mientras más larga y dura sea, más ventajas conseguiremos. ¡Es tan grande China! Nuestras reservas de hombres son inextinguibles. Si resistimos hasta la primavera, y estamos inflexiblemente resueltos a ello, el Japón se arruinará, bastante antes de que pueda vencer. Esto será, para el sueño de conquista de estilo «Tanaka», el principio del fin».

¿Quien, en el momento presente, no se ha quedado sorprendido al comprobar cómo estas previsiones se van realizando?

Napoleón entró en Moscu y se perdió en Rusia. Los japoneses han entrado en Peiping y Nankín. Han llegado hasta instalar allí gobiernos «fantasmas». Pero se hunden visiblemente, y continuarán hundiéndose en las regiones interiores de China.

Yo no soy de aquellos que se jactan de ver claro a través de la niebla de la guerra, esa niebla que los comunicados fantásticos y contradictorios hacen más densa en lugar de disiparla. Pero no es necesario tamizar, ayudado de mapas geográficos, los telegramas que las agencias envían, para darse cuenta que de la concesión misma de estos portavoces japoneses se deduce un aumento de las dificultades militares, financieras y de toda índole.

En sus tentativas anteriores de penetración armada en regiones más o menos fronterizas a China, los japoneses no se habían enfrentado con dificultades. Los chinos, a semejanza de Wilson, eran demasiado orgullosos para abatirse. No ha sucedido ya lo mismo en Shanghai, ni tampoco en la Manchuria en 1931. Nadie discute hoy que los agresores tropiezan con un «nuevo hecho» de un incalculable alcance para el futuro. No tienen, como antes, que tratar con multitudes amorfas, sometidas a «tukiums» disgregados entre sí. Tienen que enfrentarse con una Nación.

Hasta la fecha, China no era, o no parecía ser, más que una expresión geográfica de fronteras indefinidas; gigantesco conglomerado de centenares de millones de hombres más o menos de la misma raza, que hablaban también más o menos el mismo idioma; pero que no tenían distinta conciencia nacional que la que los rusos de Novogord, Irsuk o Kazan, obligados a luchar en las fronteras, tenían en la época del zarismo.

Por el contrario, hoy en China, como en Rusia, se ha producido un gran cambio. Existe un patriotismo soviético. Hay, o comienza a haber, un patriotismo chino fortificado por la invasión y la agresión extranjeras. Los fascistas pro-nipones se infligen así mismos la ridiculez de pretender que la marcha sobre Hankeu, la de las «flechas negras» italianas sobre Barcelona o la marcha triunfal de los nazis de la Legión austriaca sobre Viena, forma parte de la cruzada mundial emprendida contra el Comunismo; pretendiendo

también que el Kuomintang no es sino un «camuflage» del Komintern y que el generalísimo Chang Kai Check, vendido a los soviets no era más que un apoderado y un agente de Stalin.

Hay que haber vivido en China, como nosotros, para comprender lo que hay de absurdo y falso en tales afirmaciones. En la época en que residía en Pekín, en el año 1930, se le llamaba corrientemente a Chang no el Lenín o el Stalin sino el Mussolini chino.

En Nankín, en la propia casa del mariscal, donde tomábamos el té, todavía oigo a uno de los miembros más eminentes del Kuomintang decir en su presencia (el mariscal no comprendía ni el francés ni el inglés): «El General es nuestro brazo derecho, nos es indispensable en la guerra; pero si alguna vez se le ocurriese tener veleidades fascistas, pronto lo llamaríamos al orden».

En cuanto a los comunistas, incluso a los socialistas de la II Internacional, que las autoridades gubernamentales confunden deliberadamente con los primeros, se les miraba con tanta desconfianza, que mis camaradas de Shanghai, durante mi permanencia en esta, no se atrevían a visitarme personalmente, enviándome por un intermediario, que conocí en Bruselas, sus testimonios de simpatía. ¿Quien es el que ignora que, en los últimos años, toda la actividad militar de Chang Kai Check y de su minoría representadas en el Kuomintang iba dirigida continuamente contra los comunistas y contra los ejércitos rojos que operaban en las regiones centrales de China?

Pero entonces nos preguntaremos ¿cómo se explica que en el momento actual los «rojos» y sus adversarios de antaño se hallan reconciliados y que los «ejércitos comunistas» se hallan reintegrados espontáneamente en el ejército nacional? De uno a otro confín de la China, los japoneses se estrellan contra un frente único que se extiende de Houpe a Chantung y de Chantung a la Gran Muralla.

En lo que hemos visto consiste precisamente «el hecho nuevo» del que hablabamos. En él se basa mi firme convicción de que si los japoneses continúan mordiendo esa lima, acabarán por romperse los dientes. No estamos en aquellos tiempos en que los chinos, pacíficos entre los pacíficos, no oponían a los invasores más que una resistencia pasiva por la certeza de absorber y asimilar a la larga a los bárbaros extranjeros, sus vencedores.

También han aprendido el uso de los aviones y de los tanques. Acaban de probar, en diversos encuentros, que pueden ser, después del adiestramiento necesario, excelentes soldados. Yo añado que tienen sobre los japoneses no sólo la enorme superioridad del número sino también—quien conozca el Extremo Oriente estará conforme—la superioridad intelectual. Pronto interceptarían la ruta a los nipones, enfermos de conquistas, si Francia y, sobre todo, Inglaterra y los EE. UU., les prestasen ayuda moral y financiera en lugar de permanecer impávidos contra las más flagrantes violaciones de los tratados y las más cínicas tentativas de estrangulamiento de las independencias nacionales.

A los que duden de que su deber humanitario en este asunto está íntimamente ligado con sus propios intereses, les recomiendo la lectura del hermoso libro de Freda Uitley: «El Japón de los pies de arcilla». Allí encontrarán con exceso pruebas de los imperialistas japoneses que tan temibles pueden ser para todos, mientras no se les salga al paso; pero, sino encuentran en el exterior apoyos o complacencias, la resistencia de los chinos, que al luchar, luchan por todo el mundo, bastará para condenarlos irremediabilmente al agotamiento y a la ruina.

¿Qué hacen los socialistas?

Por SOCRATES GOMEZ

Ejemplo de un antecedente

Era yo casi un niño y sé que el hecho dejó huella en mí. Recuerdo bien la emoción que produjo en todos los socialistas gallegos, en cuyos medios me formaba yo para la lucha. Era la época de la dictadura cuando Luis Araquistain escribía su artículo «¿Qué hacen los socialistas?», dirigido a deshacer equívocos y concepciones confusas respecto a las actividades y conducta de los socialistas españoles. En el rigor de las apreciaciones públicas cabían todos los calificativos y denuestos. La organización socialista aparecía pujante, consolidaba sus cimientos, acrecentaba su poderío, amenazador para las castas privilegiadas, e importaba a éstas mucho rodearla de una atmósfera que la asfixiara y la redujera, al hundirla en el desprestigio, a escombros. La burguesía y sus partidos políticos, la iglesia, el militarismo y todas las oligarquías que sostenían el poder que detentaba Primo de Rivera, alimentaban una campaña sorda, sinuosa, hábil, amplia y extensa. Toda su corte lanzaba a los cuatro vientos que los socialistas servían incondicionalmente los designios del dictador, que traicionaban los intereses del proletariado y poco menos que les extendían credenciales de complicidad y concupiscencias con el Palacio de la dinastía de los borbones. Los agentes del capitalismo, y los lacayos de aquella situación política, bien movidos desde el propio Palacio, servían la maniobra impuesta de su trascendencia si cuajaba. Su cálculo era sencillo e inteligente: «Ninguna fuerza revolucionaria—se dirían—existe en el país tan conexas, compacta y seria como la socialista. En destruirla radica la mejor garantía de nuestra indefinida supervivencia.»

De otro lado fuerzas obreras—alguna muy incipiente—contribuían con su actitud a aumentar las dimensiones y el tono de la campaña. «Los socialistas traicionan a la causa obrera», decían. La campaña se recrudeció ostensiblemente con el acceso de una representación de la U. G. T. al Consejo de Estado. Otros elementos—entre los que quizá abundaran socialistas y simpatizantes—no participaban en la campaña, la rechazaban, pero ofrecían sus dudas... Eran éstos aquellos que se preguntaban «¿Qué hacen los socialistas?» y que no acertaban a encontrar la respuesta que deshiciera sus dudas. Fué Luis Araquistain quien en un número, extraordinario de «El Socialista» con motivo de un Primero de Mayo, formuló la pregunta—«¿Qué hacen los socialistas?»—y la contestaba en formidable diatriba contra los interesados en alimentar ese recelo o duda hasta desviarla a los derroteros de la supuesta traición—primeros elementos que citamos—y también contra aquellos que, de buena fe, pero con frivolidad y simplismo sin igual, gustaban ver los toros desde la barrera sin arriesgar nada en la corrida. La capacidad de Araquistain acertaba a explicar a todos qué hacía el Partido Socialista, precisamente lo contrario de lo que hubiera interesado a la burguesía y a la situación política entonces imperante, y los demagogos hubieron de explicarse cómo lo revolucionario puede conciliarse—es consustancial, mejor dicho—con la serenidad y la sensatez puestas al servicio de lo auténtico.

camente revolucionario. Eran los momentos en que se pensaba de la Revolución monstruosidades, en que se limitaba su radio de acción, su carácter y su fin a unas revueltas y motines callejeros, a unas palabras altisonantes. Eran los momentos en que era difícil convencer de que la Revolución exige unas condiciones objetivas sin cumplirse las cuales todo intento revolucionario está condenado al fracaso.

Se acallaron las voces de los de buena fe. Los reaccionarios de toda laya acusaron el golpe que el artículo de Araquistain les infería. Circuló por toda España con gran profusión. Los niños que entonces nos iniciábamos en la lucha lo repartíamos con alta fruición. Nuestra natural inconsciencia infantil no nos prohibía acertar a intuir la gran emoción que el documento había producido en nuestros padres, en todos los camaradas adultos en el Partido Socialista. Este cumplía—tal era la elocuente y palmaria síntesis de «¿Qué hacen los socialistas?»—como correspondía a aquellas circunstancias. La historia así lo acreditaría. Los intereses revolucionarios de la clase obrera así lo ratificaría. La perspicacia del pueblo trabajador así lo certificaría. El proceso de aquel silencio aparente de los socialistas había de ser lento, pero fecundo. Seguía el ritmo, en distancia y tiempo, que mejor convenía a ulteriores y trascendentales actuaciones del proletariado hispano. Diciembre de 1930, abril de 1931, octubre de 1934, 16 de febrero de 1936 y 18 de julio del mismo año son pruebas claras de ello.

La historia se repite

La historia se repite. Con las naturales diferencias de situación, lugar y tiempo, y también características y circunstancias distintas, es indudable que se ha formulado y formula insistentemente la pregunta de «¿Qué hacen los socialistas?». La pregunta, y en torno a ella las cábalas, las maquinaciones y conjeturas de toda índole, giran dentro del área de los partidos y organizaciones antifascistas, y llega también, como entonces, a prender en algunos militantes y no pocos simpatizantes. No ha sido nada difícil oír palabras que equivalían a una esquila de defunción para el Partido Socialista Obrero Español. Otro militante socialista, Wenceslao Carrillo, como antaño Luis Araquistain, ha formulado también públicamente la pregunta y públicamente la ha contestado. Y lo ha hecho con un argumento sencillo y contundente, expresión viva, inequívoca y real, de un hecho cierto, de una verdad indiscutible: «no hablar y hacer».

Es la táctica del silencio fecundo, aplicada según la naturaleza de las circunstancias y que proviene del convencimiento de que ninguna obra se realizó ni ninguna revolución se ejecutó ni ninguna conquista del proletariado se consolidó con palabras, sino con la fuerza del trabajo y de la acción, en servicio de los cuales hay que ahorrar palabras en el afán de no perder el tiempo. Ratifican los socialistas españoles con esto una táctica que les ha comportado, a la postre, los mejores merecimientos y que les ha obsequiado con las más espléndidas victorias en la defensa y consecución de sus postulados.

La gran tarea: hacer y callar

No han hablado los socialistas. No hablan. Ciertó. Con la guerra parecen haberse esfumado como conjunto aislado para el exterior para fundirse en el inmenso conglomerado que forma el pueblo español en la lucha contra el invasor. La guerra no tiene otras exigencias que las de trabajar y luchar y cuanto no sea eso resulta estéril cuando no

contraproducente. Así reza en la estimación de los socialistas españoles. «¿Qué han hecho los socialistas?». No hablar y hacer. ¡Maravillosa síntesis de una conducta que legitima una vez más el sentido de la responsabilidad y la madurez del Partido Socialista Obrero Español. Es la táctica hecha carne—carne y sangre—en los millares de camaradas—y no gustamos de abusar de los cerros a la derecha—caídos en la zona invadida con parquedad en las palabras pero esplendidez en el ejemplo. Es la obra gigante, destruida materialmente por las hordas del crimen, resumida en esos pueblos de España formados y educados por el Partido Socialista que fundara Pablo Iglesias, y cuya obra está no ya por superar sino por igualar. Es la trayectoria elocuente de todo proletariado con conciencia de tal merced a los sacrificios y trabajos anónimos e incansables de la vieja guardia del Socialismo español.

¿Qué hacen los socialistas? Hacer y callar. Hacer núcleos compactos de magníficos militantes y callar sus méritos que nada valen sino se aplican a otra cosa que a ser exhumados y exaltados. Ser consecuentes siempre en el cumplimiento del deber, sin regatear sacrificios ni esfuerzos y sin admitir loas a lo que, en definitiva, no es sino el estricto cumplimiento del deber.

¿Qué hacen los socialistas? Ser eje de la política española con el peso máximo del Gobierno y de la dirección de la guerra casi desde que ésta comenzó y sin interrupción. Sus hombres consagrados, silenciosa y modestamente, a las misiones y tareas más delicadas y complejas sin otra ambición que la victoria, ni otra satisfacción personal que la de la propia conciencia.

¿Qué hacen los socialistas? Ser modelo de rectitud en lo que a su custodia se confía. Renunciar a todo, absolutamente a todo, con tal de obtener la victoria, clave de todas las posibilidades del mañana. Invadir los frentes de lo mejor de sus militantes, viejos y jóvenes, o los lugares de trabajo, sin que esto se compute como otra cosa que no sea también eso: cumplimiento estricto del deber. Cumplir, sin discursos previos y constantes anunciándolo, cuanto ha ordenado y ordena el Gobierno que nos dirige a todos. Ser pareja de la lealtad. Ejecutar una política clara y honesta. Poseer un sentido justo de las cosas para discurrir en torno a ellas con la ponderación y responsabilidad necesaria.

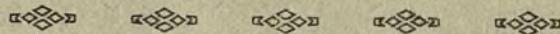
¿Qué hacen los socialistas? Provocar con su conducta rectilínea y honrada la marcha de su campo—¡bien idos seáis!—de quienes son prisioneros de la ambición o de la vanidad; de quienes jamás casaron con la lealtad; de los que buscan la prebenda que en el Partido Socialista jamás pudieron hallar; de los que juegan a la política y buscan en ella los provechos de la mejor partida.

Lo que no hacen los socialistas es exhumar a diario sus méritos. Ni incurrir en la injusticia de destacarlos a otros como únicos. Ni aprovechar la guerra para aumentar sus efectivos de manera gigantesca, cosa ésta que sobre ser inmoral reserva el peligro de la calidad de muchos de los nuevos afiliados. Ni arman ruidos con continuas asambleas o conferencias donde sale todo lo huero e inocuo en justificación de lo que no tiene justificación. Ni se mueven para otra cosa que no sea trabajar. Ni bullen en busca del aplauso porque lo principal está en trabajar, en laborar, en luchar en los campos de batalla y saben que todo será nada si del trabajo y de la lucha armada no sale la victoria. Ni han hecho negocios ni incautaciones ni almoneda en detrimento de los intereses del pueblo en general. Ni a los hombres que no piensan en socialista los han denostado ni calumniado. Ni táctica ni expresamente han quebrado en lo más mínimo la unidad del pueblo español antifascista ni—¡oh, santa ventaja de ser avaro con las palabras!—han soltado por sus bocas dislates e imprudencias...

Y siguen trabajando. Y siguen en los frentes. Y siguen dando por España y por un mañana venturoso lo mejor de sus cuadros. Viven modestamente. Como siempre. El Partido tiene lo que siempre tuvo. Ni la presencia preponderante de ministros socialistas en el Gobierno determina ningún tipo de privilegios en favor del Partido ni de sus militantes. Se es respetuoso con una política, no la de partido, sino la del Frente Popular Antifacista. Esa es la moral socialista.

¿Qué hacen los socialistas? Eso: hacer y callar. Lo contrario que tú, abobalicado preguntón. Dándolo generosamente todo y sintiendo en lo más íntimo la enorme responsabilidad de esta hora. La historia y el tiempo lo rubricará así algún día, de igual manera que lo hizo en los tiempos en que Luis Araquistain apostrofaba a los pillos y a los lerdos con su «¿Qué hacen los socialistas?».

Es la trayectoria del silencio. Del silencio fecundo, solo alterado con aisladas manifestaciones—una es ésta—que refrescan la memoria de unos y avisa de nuestra existencia—vital, firme, resuelta—a otros..

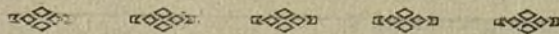


Toda lucha política es una lucha de clases

«Por consecuencia, está probado que al menos en la historia moderna, todas las luchas políticas son luchas de clases, a pesar de su forma necesariamente política—porque toda lucha de clases es una lucha política—en último análisis giran alrededor de la emancipación económica. Por consecuencia, el Estado, el régimen político, constituyen aquí por lo menos el elemento secundario, y la sociedad civil, el dominio de las relaciones económicas, el elemento decisivo. La concepción tradicional a la que también Hegel sacrifica, veía en el Estado el elemento determinante y en la sociedad civil el elemento determinado por el primero. Pero esto no está conforme más que con las apariencias. Así como en el hombre aislado todas las fuerzas motrices de sus acciones deben necesariamente pasar por su cerebro, transformarse en factores determinantes de su voluntad para moverle a obrar, del mismo modo todas las necesidades de la sociedad civil—cualquiera que sea la clase que esté en el poder—deben pasar por la voluntad del Estado para obtener el crédito general en forma de leyes. Tal es el lado formal de la cosa que se comprende por sí misma; la cuestión es solamente saber cual es el contenido de esta voluntad puramente formal—la del individuo aislado como la del Estado—y de donde viene este contenido, por qué se quiere precisamente tal cosa y no tal otra. Y si buscamos las razones, hallamos que en la historia moderna la voluntad del Estado es determinada de una manera general por las necesidades cambiantes de la sociedad civil, por la supremacía de tal o cual clase, en último análisis, por el desenvolvimiento de las fuerzas productivas y de las relaciones de cambio».

Federico Engels.

«Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana».



La guerra de las armas y la diplomacia

Por FRANCISCO GARCIA LAVID

No basta con que en la guerra luchen con ventaja sobre el enemigo las armas materiales como la aviación y la artillería y otras, si en el terreno de la diplomacia, esa otra arma tanto o más eficaz que las demás, la parte contraria es superior.

Hablamos en hipótesis, claro está, como ahora hay que hablar de muchas cosas, pero no sin perder de vista una riquísima experiencia que el pasado se empeña en legarnos, aunque oídos sordos, que debieran permanecer más atentos que otros, se empeñen en no querer oír ese lenguaje persistente y penetrante de los hechos históricos.

Las derrotas no son tales, si son parciales, si en ellas estudiamos y sabemos sacar enseñanzas para batallas ulteriores. Así nos enseñó Lenin, aquel gran estratega de clases, a enjuiciar los acontecimientos revolucionarios.

Actualmente nos hallamos casi al final de la vertiente de dos años de guerra, y justo es que hagamos un pequeño examen de conciencia, que miremos hacia atrás y veamos por dónde hemos andado, no porque los hechos vayan de nuevo a reproducirse sino para evitar la repetición de otros análogos.

La República Española salió a la calle, para cerrar el paso al fascismo, armada principalmente del deseo de vencer y de un entusiasmo formidable. Y la República es el pueblo, las masas populares en reacción contra la facción franquista. Todo eso, con ser mucho, muchísimo, no bastaba para vencer, aunque llevasen como consignas el «no pasarán» y el antiderrotismo más optimista. Faltaban el Ejército y las armas, amén de un gobierno, dirigente único que pudiera unir a su popularidad y su competencia la facultad fundamental de no dejarse cegar por optimismos chillones, ni por derrotismos peligrosos. Era necesario, también, que el Gobierno se colocase al margen de toda influencia, amiga o enemiga, del exterior. Lo cual no quiere decir que debía rechazar concursos desinteresados del extranjero, sino que no debía hipotecar su libertad política y de acción a la ayuda que desde fuera pudiera venirnos. Creo que la República logró realizar todos esos buenos propósitos, no desde ahora sino desde la formación del Gobierno presidido por el compañero Largo Caballero. Había ya Ejército (más o menos perfecto) y Gobierno de conducta nada dudosa en su conjunto y nada impresionable a la acción del exterior. El Gobierno, en su programa preconizó la intervención de las Centrales Sindicales Obreras en la labor administrativa del Estado; la concentración en pocas manos del mando único del Ejército y la dirección del Ministerio de Defensa Nacional; la sustracción completa a influencias extranjeras. No tuvo mucha suerte Caballero, y su Gobierno cayó. Pero la experiencia ha venido a justificar plenamente su tesis, concentrando precisamente en manos del Presidente del Consejo su labor peculiar y la de Defensa Nacional; dando intervención en el Gobierno a los organismos sindicales obreros. Se ha aprendido mucho en la experiencia, aunque ello nos haya costado un poco caro; pero se ha aprendido, que es lo fundamental.

En el terreno diplomático creo que hemos marchado peor.

Franco, que sin pecar de derrotista podemos decir que tiene superioridad sobre nosotros en lo que a armamento se refiere, no ha descuidado jamás la labor diplomática. Su «representante» diplomático, el exduque de Alba, recibió desprecios y desdenes en las esferas diplomáticas internacionales, pero no cejó jamás en su empeño de infiltrarse y se ha metido con cierto éxito en muchos sitios. Sus orientadores diplomáticos italianos y alemanes no han sido malos, pero Franco no ha sido muy tonto al no abandonar ese formidable método de guerra que es la diplomacia.

Por todo eso, si no tenemos miedo a decir y oír la verdad; si no tenemos miedo a la guerra, ni necesitamos decir a cada paso que somos «optimistas», «antiderrotistas» y que «la victoria es nuestra y segura», debemos mirar cara a cara a los asuntos guerreros en todos sus aspectos, para afrontarlos y resolverlos desde un plano de realidades, no de ilusiones.

Quizá el optimismo exagerado de algunas gentes tenga la virtud de engañar a otras, e incluso a los mismos optimistas a quienes quita el miedo solamente de momento, mientras los reveses de la realidad no nos golpean con la brutalidad acostumbrada. En esos casos, el realista (que algunos califican de derrotista) resulta mucho más valeroso y optimista que el poseedor de mucho optimismo de humo.

Queremos vencer a Franco, hay que vencerle, cueste lo que cueste, o morir con dignidad. ¿Cómo? No basta decir que la victoria es segura, si después no sabemos demostrar «por qué» es segura.

¿Cómo vencer a Franco y sus aliados? La respuesta pudiera ser ésta: «Manejando menos tópicos y más armas, materiales y diplomáticos.»

¿Con qué contamos en ese aspecto? Si empezamos a decir que tenemos un Gobierno de Victoria; que contamos con los más y los mejores; que tenemos el entusiasmo y la razón; que nuestra infantería, nuestra artillería, etc., son mejores que las enemigas; que nuestros diplomáticos son los mejores y que nuestra causa se abre paso y tiene un gran ambiente en el mundo, nadie se explicará, ni los habitantes de nuestra propia casa, que la victoria no se haya inclinado hace tiempo ya a nuestro favor. Creamos un sin fin de ilusiones y esperanzas que después defraudamos despreocupadamente.

Vale más decir la verdad, para que cada cual sepa que no le queda más remedio que luchar contra el fascismo por dignidad, por deber y por defender su propia vida, pero con lo que hay y nada más que con lo que hay.

Tenemos la razón, el pueblo, el entusiasmo, el deseo y el deber de vencer, un Ejército regular (que aún adolece de muchas imperfecciones y no pocas intromisiones partidistas) y un Gobierno.

Somos inferiores al enemigo en armas y en diplomacia. Esa es la verdad. Hemos demostrado ser unos formidables propagandistas de una revolución que cuando aún se estaba gestando, ya la dábamos por hecha y cada cual queríamos atribuirnos su paternidad y convertirnos en sus rectores indispensables por no sé qué derecho propio.

No sabemos por qué, hemos dado por hechos y desinteresados unos favores que nos han costado carísimos y nos han perjudicado internacionalmente en el terreno diplomático. Siendo mayorcitos de edad, nos hemos presentado acompañados de tutores innecesarios, que nos perjudicaban y debíamos haber rechazado en sus funciones, aunque eso no quisiera decir que nos negáramos a aceptar amistades fraternas y desinteresadas.

Una buena política exterior y una buena labor diplomática, republicana neta, sin subterfugios ni mediatizaciones, nos hubiera rodeado de un ambiente internacional favorable, que sin duda hubiera tenido repercusiones en el aspecto de armas materiales a favor de la República. Falló la poca experiencia, como hemos fallado en tantos otros aspectos. Por eso, precisamente, nuestros méritos guerreros son mucho mayores, porque hemos luchado siempre, durante casi dos años, en condiciones de inferioridad.

Ahora hay que ganar la guerra; todos queremos ganar la guerra y por eso luchamos.

Necesitamos armas y diplomacia. Sin eso, ¿cómo podría producirse nuestra victoria? No creo que nos la dé una acción proletaria del exterior, ni la intervención de los países democráticos, porque para eso precisamente es necesaria la acción diplomática.

Nuestras armas son inferiores a las del enemigo, y bastante hacemos con resistir.

¿Fiarlo todo al milagro de una descomposición del Ejército de Franco? Pero, ¿no hemos convenido que si no fuese por italianos y alemanes Franco y su Ejército estarían ya aplastados? ¿No hemos dicho que en España mandan los fascistas extranjeros?

Los pequeños episodios de luchas entre franquistas españoles y extranjeros no pasan de ser pequeños incidentes. Las radios facciosas se permiten el lujo de hablar un lenguaje fanfarrón y chulesco diciendo que no parlamentarán jamás con la República. Hablan Italia y Alemania. ¿Podemos esperar a que se descompongan los Ejércitos italiano y alemán para que se produzca nuestra victoria? No creo que incurrirá nadie en el error de esa ilusión remota.

La victoria puede ser nuestra y lo será. Así como se han rectificado otros errores se rectificarán los que quedan, y el triunfo será por eso doblemente mayor, porque sin saber, sin poder y sin elementos habremos logrado una victoria para cuya consecución sólo contábamos con la razón, el derecho y la dignidad del pueblo español.

Necesitamos para ello: Una justa política exterior republicana y española; armas materiales. Ahí está la victoria.

PANORAMA DEL MUNDO

Por R. CHAGNEAU

EL MOVIMIENTO POLITICO OBRERO EN INGLATERRA**El Partido Laborista**

Dos grandes partidos, de fuerzas aproximadamente equivalentes, dominan la vida política de la Inglaterra de hoy: el partido laborista y el Partido Conservador.

Por sus largos años de esforzada lucha, por las numerosas batallas que ha librado y ganado, el Partido Laborista ha conquistado una influencia y un prestigio, sobre las masas populares inglesas, bien merecidos.

Los efectivos del Partido Laborista

El número de afiliados se eleva a unos 2 450.000. Diferente de nuestras organizaciones obreras y semejante al Partido Obrero Belga, el Partido Laborista reúne además grupos sindicales o «Trade Unions» que le aportan un poco más de dos millones de adherentes. Las adhesiones individuales en número de 430.000 están agrupadas en Federaciones locales.

En el último censo oficial del Partido que data de octubre de 1937 aparecen igualmente 1.631 agrupaciones femeninas y un aumento de 55.000 afiliados sobre el año precedente y de 166.000 sobre 1934.

Por otra parte conviene recordar que el Partido tiene, tras de sí, todo el movimiento cooperativista, que reúne siete millones de cooperadores y realiza cada año más de quince mil millones de operaciones.

Cuando las elecciones a la Cámara de los Comunes, en noviembre de 1935, se constituyó un partido cooperativista para sostener a los candidatos socialistas y rápidamente logró reunir 500 sociedades y más de cinco millones de asociados.

El Partido Laborista en la Cámara de los Comunes

En las elecciones del 14 de noviembre de 1935, el Partido libró una gran batalla, contra todas las fuerzas conservadoras coaligadas, en condiciones desfavorables, a consecuencia de una disolución precipitada.

He aquí las cifras de los tres últimos escrutinios:

1929: 8.365.000 votos, 287 elegidos.

1931: 6.642.000 votos, 52 elegidos.

1935: 8.700.000 votos, 154 elegidos.

El número de los elegidos no corresponde al número de votos. Esto se explica por el sistema electoral que no comprende más que un sólo escrutinio, de modo que el candidato elegido tiene los más de los votos pero no forzosamente la mayoría. Esto explica igualmente que los Conservadores con 10.500.000 votos tengan 387 elegidos.

La lucha por los Municipios

Las últimas elecciones municipales se celebraron en 1.º de noviembre de 1937. Dieron lugar a campañas de inusitada violencia. El partido Laborista, comprometido a fondo en la batalla, presentó de 1.500 a 2.000 candidatos. Ha consolidado y hasta ha reforzado sus posiciones.

Antes de las elecciones, el Partido tenía la mayoría en 54 Municipios, administraba 15 de los 28 distritos de Londres y tenía la mayoría en el Consejo del Condado de la City.

Después de las elecciones, el Partido obtenía la mayoría en 57 Municipios, administraba 17 de los 28 distritos de Londres y tenía 778 consejeros elegidos en la capital inglesa contra 598 de todos los partidos burgueses.

Después de este magnífico éxito, nuestro camarada Herbert Morrison figura a la cabeza del movimiento municipalista londinense.

La conferencia nacional de Bournemouth:

La orientación del Partido Laborista

La última conferencia nacional del Partido se reunió en Bournemouth del 4 al 8 de octubre de 1937. Se tomaron decisiones extremadamente importantes. Es indispensable conocerlas para comprender la orientación actual del partido.

Reorganización del Comité Ejecutivo

Este punto del orden del día, ha constituido un éxito de las Federaciones locales del Partido sobre los grupos sindicales.

El Ejecutivo estaba compuesto de 23 miembros: 12 representantes de los sindicatos, 5 representantes de las Federaciones locales, 5 representantes de los grupos femeninos y 1 representante de las asociaciones socialistas. Los 23 miembros eran elegidos por la Conferencia, lo que daba evidentemente la preponderancia a las «Trade Unions».

El Congreso ha decidido que las Federaciones locales tengan 7 delegados en lugar de 5 y que éstos delegados sean elegidos directamente por las Federaciones y no por los Congresos. Igualmente las asociaciones Socialistas y las «Trade Unions» elegirán separadamente sus representantes, mientras que las mujeres serán nombradas por la Conferencia.

Se ha decidido que estas disposiciones sean aplicadas inmediatamente.

El nuevo Comité Ejecutivo, ha comprendido del mismo modo en la lista de los representantes de las Federaciones locales a los dos líderes de la oposición en el seno del Partido, Stafford Cripps y el profesor Harold Laski.

El Ejecutivo ha designado como Presidente a George Dallas y como suplente a Bárbara Ayrton-Gould.

Cuestión del frente único

El informe del Comité Ejecutivo reafirma la condenación de toda forma de frente único, sea cual fuere.

Stafford Cripps y Harold Laski, partidarios de la acción conjunta con el Partido Comunista, pidieron se eliminara este párrafo.

La moción de la minoría y por consecuencia el Frente único, fueron rechazados por 2.116.000 votos contra 331.000.

Señalemos, que en el curso de la discusión, Herbert Morrison, en nombre del Ejecutivo, advirtió a los de la oposición, que su indisciplina ya no podía ser soportada y que los límites de la tolerancia habían sido heridos.

La decisión del Comité Ejecutivo de prohibir toda campaña en favor del Frente único fué aprobada por el Congreso. ⁽¹⁾

(1) Transcribimos el informe publicado por el Comité Ejecutivo del Partido Laborista sobre el Frente Popular.

Vivimos unos momentos muy críticos. En todas partes existe profundo disgusto acerca de las relaciones internacionales. En vez de contribuir al apaciguamiento y a la seguridad, la política extranjera del Gobierno británico ha empeorado desde 1931. El Partido Laborista, lo mismo en el Parlamento que ante el país, constantemente ha discutido y criticado la política extranjera del Gobierno. Ha presionado con éxito creciente, para llegar a una política de paz por la cual lucha el partido Laborista.

Desde la gran guerra, el Partido Laborista ha estado acertado en todas sus manifestaciones relativas a política extranjera, lo contrario de lo que a sus oponentes ha sucedido, y ya el público empieza a darse cuenta de ello. La nación, como lo demuestra el éxito obtenido en las elecciones parciales, se da cuenta del peligro a que puede conducir la política extranjera del Gobierno, y esto ha llevado a numerosas personas, entre las que se cuentan algunos amigos nuestros, a examinar las posibilidades de una nueva combinación política. El Frente Popular o «Alianza democrática de paz», es, al decir de los que lo sustentan, el único camino hacia una victoria inmediata.

¿En qué se basa la proyectada combinación? Se dice que ante la grave situación internacional, el Partido Laborista debería abandonar temporalmente su norma de independencia política así como sus principios socialistas con vistas a una coalición con Partidos y personas, a base de aceptar un programa común, en oposición al Gobierno «nacional». En la proyectada combinación, formarían la Derecha, los liberales y algunos conservadores, dentro y fuera del Parlamento, que prestarían su apoyo. La Izquierda se compondría del Partido Comunista y, si aceptase tal ofrecimiento—lo que parece improbable—el Partido Laborista independiente. Se dice que tal combinación obligaría al Sr. Chamberlain a unas próximas elecciones generales, en las que él y su Gobierno saldrían derrotados. Hemos examinado todo esto detalladamente, y dudamos mucho de que estas proposiciones sean acertadas; a nuestro parecer no son de interés ni para la Nación ni para la paz internacional.

No podemos creer que en las actuales circunstancias, aunque fuera factible, ello llevaría a derrotar o derribar el Gobierno «nacional». Podría ser distinto en caso de crisis interna del Partido Conservador. Pero aunque muchos conservadores, dentro y fuera del Parlamento, se sientan visiblemente molestados por la política del Sr. Chamberlain, éste continúa dirigiendo el apoyo que le prestan el Partido Conservador y sus aliados, en la Cámara de los Comunes. Naturalmente, se crearía una nueva situación por el hecho de que varios miembros del Parlamento que ahora apoyan la política del Gobierno, se separasen de su jefe. Sin embargo, tal posibilidad no se vislumbra por el momento, ni debemos creer que la proyectada combinación sería más eficaz electoralmente contra el Gobierno «nacional» que el Partido Laborista en sí. Tal punto de vista desestima la fuerza creciente del Partido Laborista en este país, como lo demuestran las recientes elecciones parciales, y no expresa la debilidad creciente del partido Liberal, ahora dividido entre los que apoyan al Gobierno «nacional» y los que apoyan la oposición.

No tenemos evidencia alguna de que estos últimos participaran en la proyectada combinación; pero sí las hay para creer lo contrario. Existe además incertidumbre sobre si los electores liberales seguirían el consejo de sus jefes de la oposición. En muchas partes del país, los Liberales y Conservadores se han coaligado muchas veces contra el Partido Laborista. Desde luego, el Partido Comunista tomaría parte en tal combinación, pero no sabemos cuál sería la actitud de los Liberales y más especialmente, la de los electores Liberales, en lo que se refiere a la participación de los Comunistas. Creemos que tal participación sería más bien un perjuicio que un beneficio. El Partido Comunista está sometido a directrices extranjeras y no puede determinar su propia política. La presencia de los Comunistas traería algunos miles de votos a la alianza, pero por otro lado puede llevarse millones al campo de Chamberlain. Debemos percatarnos de que tal alianza

crearía más controversias en nuestras propias filas, en vez de apartarlas; suponemos por tanto que el éxito radica en un Partido Laborista unido e independiente. Los miembros del Partido Laborista aprecian mucho su unidad y su independencia, y no sacrificarían esta independencia, ni siquiera temporalmente, a menos de que estuvieran plenamente convencidos de que tal sacrificio fuera la única condición para conservar la paz y la democracia. No creemos que sea ésta la condición, al contrario, creemos que cada día aumentan más las probabilidades de una victoria Laborista en las próximas elecciones y que tal victoria sería incompleta por causa de una combinación artificial, ineficaz y embarazosa para sus partidarios e incapaz de agradar al conjunto de los electores.

Vamos a suponer que los resultados electorales permitieran a la proyectada combinación alcanzar el Gobierno. La situación internacional e interior necesitan un Gobierno coherente y decisivo. Los que abogan por la nueva combinación hablan de una mayoría neta de alrededor de 50 puestos en las próximas elecciones generales, y mantienen que el partido Laborista independientemente no puede lograr tal mayoría. Aunque no aceptamos tales cálculos electorales, tampoco creemos que tal mayoría, aunque podría dar una mayoría suficiente para gobernar en un Gobierno Laborista, fuese adecuada para una coalición gubernamental de «izquierdas».

Tal cálculo no deja margen para las posibles dificultades entre los diversos elementos de la coalición. Se desatiende el hecho importante de que los miembros del Parlamento del Partido Liberal conservarían la balanza del poder; si se originasen dificultades entre ellos, podrían derrotar al Gobierno y permitir la entrada a los Conservadores. Además, si tal como se proyecta, existieran miembros liberales en el Gobierno, el Partido Laborista parlamentario correría el riesgo, nuevamente, de experimentar esa incertidumbre que ha sido fuente constante de dificultades para ambos gobiernos minoritarios Laboristas.

Tal Gobierno debería hacer frente a una dura oposición, por parte de los Conservadores de dentro y fuera del Parlamento; tendría que tomar resoluciones extremadas. Con un Gobierno Laborista mayoritario, tendríamos que afrontar estos problemas con confianza; pero tenemos que confesar que sentimos aprensión al tener que enfrentarnos con ellos, al estar unidos con aliados que, como sabemos por experiencia, no son dignos de confianza.

Con los Comunistas esto es una cosa evidente. Su política está llena de inseguridades y tienden más a maniobras que a principios, siendo capaces de apuñalarnos por la espalda o de hundirnos en responsabilidades a consecuencia de sus indiscreciones políticas. Con los Liberales es ya distinto, porque por lo menos no tratan de manipular el Partido Laborista a su antojo. Además, tenemos altas miras en lo referente a las buenas cosas del Partido Liberal, pero las experiencias de 1924 y 1929-31 nos ha demostrado que la actitud oficial del Partido Liberal parlamentario es incierta y no merece confianza. Los liberales se juntaron a los conservadores en contra del Gobierno Laborista en 1931. No negamos que entre los miembros Liberales del Parlamento existen algunos sinceramente amigos de la paz y progresistas, pero esto no nos induce a poner nuestras confianzas en el Partido.

Si los conservadores participasen en la proyectada coalición, las dificultades internas serían más insuperables. Si Gran Bretaña tuviese que pasar por momentos críticos bajo un Gobierno indeciso de izquierdas, es improbable que tuviese lugar una reacción contra el Conservadurismo y con ello, el riesgo de que apareciera el Fascismo.

Llegamos a la conclusión de que los hechos no son propicios para que el Partido Laborista se coaligue con otros, y nos sostiene en este punto de vista el indiscutible apoyo de nuestros miembros partidarios de la independencia, quienes creen que el camino de la paz se encuentra en el Socialismo, insistiendo que únicamente un Gobierno Laborista, con mayoría propia y digna de confianza, puede construir este camino.

Política interior

En la sesión del 6 de octubre la Conferencia adoptó por unanimidad el «Programa inmediato» que ha de servir de base a la propaganda del Partido.

Este programa comprende:

El control de las finanzas, en parte por medio de una Banca inglesa reconstituida y dirigida por el Estado y en parte por medio de una Administración de las imposiciones nacionales.

La nacionalización de la industria del carbón, transportes y servicios de gas y electricidad.

Un plan de pensiones para la vejez con un sistema de contribución nacional.
Aumento de salarios, disminución de la jornada de trabajo y mejoramiento general de las condiciones de trabajo.

Política internacional

La «Declaración sobre Política internacional y la Defensa Nacional» elaborada por el Consejo Nacional del Partido ha sido sometida al Congreso por el Ejecutivo.

Esta comprende tres partes esenciales:

La S. D. N.: La declaración afirma que la debilidad de la S. D. N. es debida en gran parte al Gobierno Inglés.—Preconiza la renovación y fortalecimiento de la S. D. N. la formación de un grupo de estados pacíficos, «abierto a toda nación», permitiendo una ayuda mutua contra toda agresión y una cooperación efectiva.—Es preciso, «velando por la S. D. N., oponer a los agresores una fuerza armada de superioridad aplastante».

En él se propone asegurar las mismas posibilidades económicas para todas las naciones en lo que se refiere al acceso a los mercados y a las primeras materias. — Pero la participación en estas ventajas económicas, permiten condiciones políticas destinadas a salvaguardar la paz y especialmente la adhesión a un acuerdo internacional para una suspensión de la carrera de armamentos y la preparación del desarme general.

Eleva una protesta contra toda proposición tendente a restituir las sanciones «facultativas».

ESPAÑA: La declaración reclama el fin de la política de no intervención y pide que la S. D. N. se ocupe, según los términos del pacto, de la indiscutible agresión de los gobiernos italiano y alemán contra el pueblo español.—Se rechaza el reconocimiento de calidad de beligerante a Franco y apoya la necesidad de proteger mejor a los navíos ingleses.—En fin, se propone, la retirada de todos los combatientes extranjeros.

LA CUESTION DE LOS ARMAMENTOS: Repudiando con dureza la política exterior del Gobierno actual, la declaración presta su conformidad al rearme inglés.—«Un Gobierno basando su política en las declaraciones del movimiento obrero inglés, debe ser debidamente equipado para defender el país, con el fin de jugar su papel de un modo completo en el sistema de seguridad colectiva y para resistir a cualquier intimidación de parte de las potencias fascistas, quienes tratarían de impedir el cumplimiento de sus obligaciones.

Este Gobierno estaría en consecuencia, tanto tiempo como tardase en producirse un cambio en la situación internacional que permitiese abandonar el presente programa de rearmamento. Pero vendrá obligado a reexaminar inmediatamente todas las disposiciones tomadas para la defensa del país a la vista de la situación internacional y de la nueva política extranjera que inaugure.

Y en conclusión: «El movimiento obrero británico, plenamente consciente de los peligros que amenazan hoy a nuestra civilización, rechaza la doctrina de la inevitabilidad de la guerra y continuará ejerciendo su influencia por una paz durable, basada en la amistad y en la justicia entre naciones y en el respeto a la ley internacional».

Esta declaración fué combatida por los pacifistas como Lansbury y por los partidarios del frente único, que se pronunciaron contra la idea de confiar las armas a un gobierno capitalista.

La declaración fué aprobada por 2.169.000 votos contra 262.000.

Conclusiones

El Partido Laborista organiza, a base de los textos elaborados en Bournemouth una extensa campaña en favor de la Paz que comenzó a principios de febrero y terminó en una gran semana de propaganda en los primeros días de marzo.

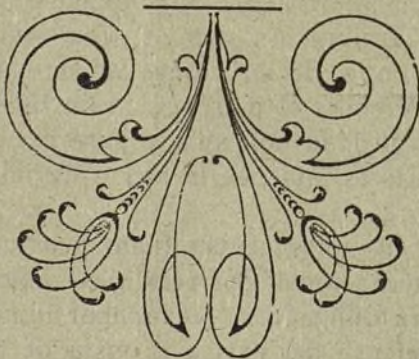
La propaganda se realizó bajo la declaración siguiente: «La guerra puede ser detenida y es el Partido Laborista quien la podrá detener».

De todos modos, el Partido Laborista, que subió al Poder en 1929, seguramente será llamado nuevamente a regir los destinos del país.

Esperamos que tal acontecimiento no tardará en producirse y que, desde el Poder, los socialistas en Francia y en Inglaterra, podrán dar a la «entente» franco-inglesa todo su sentido y toda su eficacia.

El Partido Comunista: Algunas cifras.

He aquí, como antecedente, algunos datos sobre el partido cuyo último Congreso se realizó con el principal objeto de comprobar el número de adheridos, con un total de 30.000 (treinta mil). Añadamos, sin comentarios, que en ocasión de las últimas elecciones municipales, se obtuvieron 30.000 votos comunistas contra veintiún millones de sufragios y un electo por 615.



Socialismo y Nacionalismo

Por Rodolfo Reventlow

En la vida política contemporánea, el nacionalismo ha adquirido gran importancia, sirviendo de pretexto al predominio de las clases poderosas y sus aspiraciones territoriales. Para fijar nuestra posición socialista frente al problema del nacionalismo, hemos de distinguir claramente el sentimiento nacional de las aberraciones nacionalistas, cuya expresión más violenta es el *nacionalismo fascista*. Lo que caracteriza los nacionalismos tradicionales se cristaliza en él en una forma nueva, verdadera religión de Estado. Esta religión de Estado, con su supervalorización de la nación frente a las demás se impone por los medios de su aparato policiaco-judicial como por su nuevo sistema de propaganda política. La *religión fascista* no admite vacilaciones ni dudas en su credo, ni mucho menos en la actuación de su «Iglesia» que es el Estado fascista. Quien se atreve a vacilar o dudar queda víctima de la inquisición. La religión fascista es a la vez la expresión política, el medio de imposición y la fuerza motriz del fascismo.

¿Qué es la Nación?

El problema nacional fué tratado pocas veces — fuera de la URSS — por el socialismo moderno; muchos de sus reverses durante los últimos años se explican por la falta de una concepción marxista del problema nacional que hubiera sido la base de una política autónoma de los partidos obreros frente al nacionalismo burgués.

La definición burguesa corriente de la nación se pierde en el mito de la raza, en las tradiciones, o todo lo más considera como nación el conjunto de todos los que hablan el mismo idioma. Hace treinta años, fué dado un primer análisis marxista de la nación por el conocido teórico marxista austriaco Otto Bauer en su libro sobre los problemas nacionales del antiguo imperio austriaco (1). Bauer parte de la conclusión, que no sirve hablar del «carácter nacional» sino que es necesario definirlo. Su definición es que la nación constituye una «comunidad de carácter» de formación histórica. Esta formación histórica, la única explicación marxista de la nación, tenemos que entenderla en dos sentidos: formación histórica de la lengua y de la cultura primeramente y formación histórica de carácter político. En otros términos, influye

en la formación de la nación la historia de la lengua con su potencial cultural, y por otra parte, su historia política. Si, pues, queremos definir los límites de la nación, tendremos que referirnos a su factor psicológico base, *conciencia nacional*, resultante de los dos factores antedichos.

Idioma, Nación, Estado

La conciencia nacional no siempre queda ligada al idioma común. Existen no pocas divergencias entre el idioma y la nación. Los suizos, por ejemplo, hablan cuatro idiomas. A pesar de ello, tienen una conciencia nacional definida históricamente. En Francia, los bretones, los alsacianos de habla alemana y los corsos de habla italiana se sienten franceses en su gran mayoría, por efecto de la comunidad histórica con Francia. En Checoslovaquia, los moravos de Hlucvín, que durante siglos pertenecieron a Prusia, se sienten alemanes, y en Italia, los habitantes de habla francesa del Valle de Aosta, se sienten italianos. En general, se asimilan a la conciencia del Estado en que viven, las antiguas pequeñas comunidades de otra lengua, como los vascos en España y Francia, los serbios en Alemania (1) o los alemanes de la Val Formazza en el Piamonte italiano.

Por otra parte, se formó una fuerte conciencia nacional durante la Edad contemporánea en las comunidades lingüísticas de varios pueblos anteriormente oprimidos o sin historia, trasformándose en el mismo tiempo sus variaciones dialectales en idioma literario interregional nacional. Los checos, los lituanos, estones y letones (2) son ejemplos de esta evolución, cuya apreciación, sin embargo, sería deficiente si fuera sólo lingüística-nacional.

Las luchas nacionales modernas tienen, sin embargo, su raíz en las *luchas de clases*. Fueron los obreros, campesinos e intelectuales de procedencia rural checos que, luchando contra los capitalistas y la nobleza alemana predominantes en el antiguo imperio austriaco, fundaron el Estado Checoslovaco.

(1) 50.000 a 60.000 serbios viven en las regiones alemanas desde Kottbus hasta Bautzen.

(2) Hace unos veinte años, las estadísticas de la antigua Austria hablaban con razón, del idioma «bohemo-moravo-slavoco», mientras se impone hoy el checo-bohemo hasta a Eslovaquia; así como se hace idioma literario el letón.

(1) Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie, Viena 1907.

Fueron los pequeños campesinos y artesanos urbanos polacos que supieron colonizar la tierra feudal en la Prusia occidental y en Posnanía, echando la base de la revolución nacional polaca en Prusia. Fueron los campesinos y obreros de los Estados Bálticos que en sus revoluciones nacionales vencieron a la nobleza feudal y a la burocracia ruso-alemana.

Las revoluciones nacionales realizadas en Europa recientemente, es decir al final de la guerra mundial de 1914-1918 tienen en general origen social. Pero al mismo tiempo, la lucha del proletariado degenera, de oposición a una clase patronal de otro idioma en lucha nacional lingüística, lo que impide que se forme una conciencia de clase; fenómeno específico de las regiones industriales donde se mezclan los elementos eslavos y alemán. Además, los estados formados por revoluciones nacionales pronto se transforman de revolucionarios en conservadores acelerando su constitución el desarrollo de las clases sociales poseedoras, capitalismo industrial y agrario checo, y gran propiedad territorial en los estados bálticos. Estas clases no pueden dar valor revolucionario a sus antiguas consignas de libertad nacional-revolucionarias, en cuyo nombre las masas desposeídas lucharon a su lado en las barricadas. Pero la *ideología nacionalista* adquirida durante decenas de años de lucha nacional aparta a las masas proletarias de la consciente comprensión de su estado social.

Se llega fácilmente a la definición de los *movimientos autonomistas* cuando se trata de comunidades de familia lingüística distinta a la de la mayoría de estado. Más difícil es la definición de las tendencias autonomistas que se manifiestan por razones ideológicas y de estructura social sin basarse en la diferenciación lingüística (Irlanda) o en una diferenciación de poca importancia (Cataluña-Eslovaquia). En estos casos, la conciencia nacional vacila y no puede determinarse sin oposición. Hay irlandeses con conciencia nacional «nacionalista» y otros de conciencia nacional británica. Entre los eslavos meridionales, existe una conciencia nacional unitaria yugoeslava pero también muchos tienen conciencia búlgara, croata, servia o eslovena. Lo mismo ocurre en Eslovaquia donde hay eslovacos de orientación checoslovaca y autonomistas eslovacos.

La *diferenciación lingüística* de idiomas de la misma raíz tiene una influencia muy relativa sobre la conciencia nacional. Existen por ejemplo, alemanes de dialecto alemánico que tienen conciencia nacional alemana (Baden Superior), otros con conciencia nacional francesa (Alsacia) y otros con conciencia nacional suíza. Los frisones en Litoral del Mar del Norte, tienen, en territorio holandés, conciencia nacional holandesa y se sirven del holandés como idioma escrito, mientras en el territorio alemán se consideran lae-

manes y escriben el alemán. Pero, lingüísticamente, el frisón, dialecto hablado en ambas regiones, se diferencia del alemán tanto como el holandés-flamenico, y en Suiza, la conciencia nacional de los suizos alemánicos se subraya por el uso del dialecto en todas las capas sociales que como «suizo» tiene casi carácter de idioma. El autonomismo catalán se explica por la estructura histórica y la evolución moderna de Cataluña, muy distinta de las del resto de España. Pero la motivación lingüística-nacionalista del autonomismo catalán, no tiene valor. Aun teniendo en cuenta la historia del idioma catalán. Así mismo como la diferenciación lingüística del eslovaco del checo, que sólo expresa un antagonismo ideológico entre la Eslovaquia católica agraria y la Bohemia industrial, de tradición laica. En *regla general*, las diferenciaciones dialectales solo pueden alcanzar valor de idioma nacional cuando se basan en una evolución histórica. Así el provenzal o el catalán del Rosellón no alcanzaron valor de idioma, por no haber tenido estas regiones una historia diferente de la del resto de Francia.

Otro es el problema de las *minorías* como suele decirse en política, el de las minorías lingüísticas dentro de estados de otro idioma que se sienten atraídas por su centro lingüístico. Tales son las minorías alemanas en Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Yugoslavia, de las minorías checas en Viena, etc.

Desde la guerra mundial, el problema de las minorías nacionales han adquirido en Europa mayor agudeza a consecuencia de la exasperación del sentimiento nacional lingüístico: lo que, con los factores anteriormente citados, han dado lugar, por una parte, a la formación de nuevos estados y a nuevas delimitaciones de las fronteras estatales, y por otra parte, al sentimiento nacional expansionista, motivación lingüístico nacional del nacionalismo fascista.

El Nacionalismo fascista

El sentimiento nacional de las naciones nuevas y el de los estados fascistas se semejan por ser la expresión de la supercompensación de un anterior complejo de inferioridad de la respectiva conciencia nacional. Las naciones nuevas ostentan un nacionalismo marcado de afirmación de la nacionalidad, que conduce a la opresión de nuevas minorías dentro de sus fronteras, mientras la religión nacional fascista llega a una supervalorización absoluta y sin límites de la propia nacionalidad frente a las demás.

No es casualidad que el nacionalismo fascista se manifiesta, en formas siempre más parecidas, en Alemania e Italia, que además de su estructura social económica, tienen el paralelismo de la *afirmación reciente* de la propia nacionalidad. En ambos países, no fué, como en Francia, Gran Bretaña y otros paí-

ses, fruto de la revolución burguesa, sino que se ha cristalizado tan sólo después de haber sometido la más desarrollada monarquía del país (Piamonte en Italia, Prusia en Alemania) a los demás estados. La conciencia nacional se ha formado en Italia por obra del liberalismo reaccionario del reino unificado bajo Víctor Manuel, mientras en Alemania, fué realizada por el movimiento nazi, ya que la unificación de las monarquías alemanas en 1871 había dejado subsistir una estructura confederal que no dejaba paso a una conciencia nacional unitaria. Mientras el «risorgimento» italiano del siglo pasado tenía carácter de movimiento nacional-revolucionario, cuya expresión más conocida es G. Garibaldi, que, por consiguiente, logró la formación de una conciencia nacional italiana, en Alemania, el movimiento democrático revolucionario de 1848 no alcanzó transcendencia nacional. Hasta el 1918 el *Estado alemán* no suscitó más que un patriotismo cuidadosamente racionado por los varios reyes, duques y príncipes. El capitalismo había impuesto, ya hace cien años, la Unión Alemana Aduanera y el militarismo feudal prusiano, la centralización de hecho de la organización militar. Todo lo demás de la vida pública alemana quedaba en su plan tradicional con una variedad sin límites de administraciones y derechos públicos. Esta Alemania que perduró de 1871 a 1918, además tenía dentro de sus fronteras numerosas minorías nacionales no asimiladas: los Alsacianos, los Polacos en Prusia; los alemanes del Imperio Austriaco quedaban fuera de las fronteras de la Confederación monárquica del 1871. Sólo la Guerra Mundial forjó la *comunidad histórica* de los alemanes, base de la unificación de su conciencia nacional. Sin embargo, aún en 1919, factores de la vida pública alemana y las ideologías regionalistas de los varios estados confederados se opusieron a la tendencia, débil aún, de estructuración de un estado unificado en la Asamblea nacional de Weimar en 1919. El mismo movimiento obrero no supo imponer el criterio de renovación unitaria del Estado. La constitución republicana dejó la estructura confederal tradicional casi sin variación.

En el decurso de las luchas políticas interiores de la República, fué el movimiento *contrarrevolucionario*, apoyado por la casta de los oficiales del ejército, centralizado, que supo forjar una conciencia nacional-unitaria, por encima de todos los regionalismos y de las antiguas tradiciones. Se reflejaban aún en la *contrarrevolución* estas antiguas tradiciones pero fueron superadas por el «nacionalsocialismo», cuyo nombre y programa procedían de Moravia (1) y cuyos líderes eran, en su mayoría «auslandeutsche» (2), con ideología pangermanista.

(1) El primer partido «nacionalsocialista» fué fundado antes de la guerra en la región, entonces,

El movimiento nazi supo conquistarse las masas llevando una violentísima lucha contra las injusticias nacionales de los tratados de 1919 y tomando una posición aparentemente nacional-revolucionaria. Entre los 25 puntos del programa nazi, el único postulado sincero es el primero, que reivindica «la reunión de todos los Alemanes, en una Gran Alemania a base del derecho de auto-decisión de los pueblos», postulado que parecía utópico a la publicación de este programa y que hoy es la base ideológica y propagandista del imperialismo alemán. La influencia de esta ideología pangermanista es más o menos fuerte según la mayor o menor asimilación histórica de las minorías lingüísticas en los respectivos estados. El *pangermanismo fascista* ha conquistado fácilmente el territorio del Saar, tratado como país colonial durante 15 años y Austria, constituida artificialmente en estado independiente, según el tratado de St. Germain; su influencia es preponderante entre los alemanes del estado checoslovaco que anhelan su predominio nacional perdido; pero fracasado hasta ahora en sus esfuerzos en Suiza y Alsacia donde es fuerte el sentimiento nacional histórico, que asimila Alsacia a la conciencia nacional de Francia, y la Suiza alemana a la conciencia nacional histórica suiza.

Lo mismo vale para el *nacionalismo italiano* que ejerce fuerza atractiva entre los italianos de Túnez, los intelectuales de Malta y de la Suiza italiana, pero casi ninguna en Córcega. La influencia nacionalista entre los intelectuales de los valles suizos de habla italiana (no en el pueblo que permanece fiel a su tradición suiza) es un ejemplo de la tendencia asimiladora del *nacionalismo lingüístico* del fascismo.

La lengua, modo de expresión de los pensamientos del hombre, se diferencia según las regiones, y el estado social o profesional de los individuos. Estas diferencias tienden a nivelarse por influencia de las reproducciones intelectuales, prensa, libros, película, aumentada cada día por el mayor desarrollo técnicos de estas y basada, como cualquier otra producción, en el sistema capitalista. No se publican libros o periódicos, no se producen cintas cinematográficas con otro fin que el beneficio. La *reproducción intelectual* se concentra, por esta razón, en el centro mayor de la comunidad lingüística, extendiéndose por toda ella.

Además, ninguna editorial de lengua alemana puede prescindir del mercado librero alemán; ninguna

austriaca, de Moravia, por el ingeniero Jung, que fué diputado del parlamento checoslovaco y después de su emigración, miembro del «parlamento» nazi.

(2) De Ausland, país extranjero, y deutscher alemán: alemán residente en el extranjero.

de lengua francesa (por ejemplo de Suiza) del mercado francés, y han de tenerse en cuenta las condiciones político-sociales del país correspondiente. Los libros publicados en Francia, Alemania o Italia influyen igualmente los territorios de habla francesa, alemana o italiana, fuera de estos estados. Pero, las publicaciones de estos mismos territorios han de sujetarse no sólo a las condiciones político-sociales de ellos, sea de la Suiza alemana, del Tesino o de Bélgica, sino a las de los centros mayores de la cultura lingüística, es decir, a las condiciones de Alemania para la Suiza alemana, de Italia para el Tesino o de Francia para Bélgica, ya que por sí solos, tales pequeños territorios no pueden absorber la producción y no aseguran el beneficio pedido por la empresa capitalista.

La influencia de Francia sobre el mercado de la Suiza francesa o de Bélgica y sobre la formación intelectual de estos territorios no tiene dirección política centralizada; mientras en el caso de Italia o de Alemania, todas las manifestaciones de la vida cultural se hallan sometidas, controladas y dirigidas por la propaganda fascista. Además de la propaganda subvencionada por estos estados. El fascismo, no sólo controla todas las actividades intelectuales y culturales del país, sino que las dirige y encauza según las necesidades de su política. Por esta razón, la influencia ideológica y política del nacionalismo fascista sobre territorios del mismo idioma es mucho mayor que la influencia ejercida entre regímenes de contenido político parecido (ej. de Francia a Bélgica o la Suiza francesa) y liberal en su concepto. El sentimiento nacional en los estados liberales constituye una mentalidad, el nacionalismo fascista es una religión y como tal, un factor de gran potencialidad para quien se sirve de él.

El Expansionismo fascista

En régimen fascista, la nación es el pretexto para todo lo que necesiten las oligarquías dominantes, formadas por el capitalismo monopolista, la grande propiedad y los caudillos más destacados. En el interior, la «unidad de la nación» sirve para que la explotación de la clase trabajadora no esté estorbada por observaciones que recuerden el contraste de las clases. El nacionalismo es el enmascaramiento de la dictadura en el interior y del imperialismo en el exterior. Mientras los antiguos imperialismos de los países liberales, como Francia y la Gran Bretaña, indicaban siempre crudamente sus intereses comerciales como tales, el neo-imperialismo fascista actúa por el «prestigio de la misión imperial de Roma» o el de la «Gran Alemania.»

Sin embargo, hay que distinguir entre las dos tendencias de este neo-imperialismo. Los fines imperialistas de Italia son más de carácter colonial que de expansión nacional. Pero la propaganda nacional fascista italiana no olvida Córcega ni Malta, ni el Tesino, ni Túnez, ni mucho menos los millones de Italianos que viveu fuera del país por razones económicas. Cualquiera que sea el fin imperialista de la temporada, queda invariable la aspiración de la religión nacional—fascista totalitaria a reunir en su imperio todos los que pertenecen a su mismo idioma. El nacionalismo fascista, aparte de servir al imperialismo fascista, es también ideología nacional y como tal un factor político, a veces hasta una fuerza motriz, independiente de los demás factores que determinan la política de los regímenes fascistas (1).

El factor ideológico tiene aún mayor alcance para el fascismo alemán, es decir el *pangermanismo*. La aspiración a reunir a todos los alemanes, cuyas colonias se encuentran en toda la Europa oriental hasta el Volga y aún en América, es también totalitaria y base de una ideología de predominio imperialista alemán mundial, aunque haya en la realidad política razones materiales para la actuación del régimen. Así los dueños de la Alemania nazi tenían mucho interés en el carbón del Saar como en los minerales de hierro y en la industria pesada de Austria. También la dirección hacia el Sureste de Europa de la propaganda pangermanista y después la conquista de los territorios, corresponde a los intereses de los factores predominantes del gran capitalismo en el Reich:

En su fase de formación y de conquista de la república, el pangermanismo ostentaba una posición nacional-revolucionaria en su campaña contra el tratado de Versalles, pidiendo la anexión a Alemania del Saar y de Austria; así mismo cuando fomentaba la ideología nazi entre la minoría alemana de Checoslovaquia, en contra de la predominación de los Checos en este estado. Una vez conquistada Austria, el nacionalismo fascista alemán se halla en el *umbral de su táctica ideológica y política expansionista*. Lo que hasta entonces era lucha contra opresiones nacionales pasa a ser campaña para el predominio alemán en territorio mixto o a favor de la «influencia cultural alemana». El tercer Reich no ha contenido su marcha triunfal

(1) El psicólogo marxista W. Reich define así los efectos de la ideología: «Una ideología que ha conquistado a los hombres y es parte de su estructura llega a ser fuerza política. No existe proceso social-económico de trascendencia histórica que no radique en la estructura ideológica de las masas haciéndose fuerza motriz de su actuación».

sobre Viena hasta Bratislava y Praga para «liberar» las provincias alemanas de Checoslovaquia. No necesitaba exponerse al peligro de un conflicto bélico disponiendo de casi toda la minoría alemana del país; quiere conquistarlo con esta minoría, sólidamente organizada en el «Partido Sudeto - Alemán» (1). Las condiciones puestas después del Anschluss austríaco (2) por el partido Sudeto-Alemán ya nos on reivindicaciones de una minoría, sino condiciones impuestas por la mayoría alemana del Grosser Reich a la minoría checa que vive en el seno de su comunidad geográfica. Las anteriores reivindicaciones de libertad nacional se transforman en *opresión de otras naciones*, en este caso de los checoslavos, polacos, húngaros y carpatorusos de la C. S. R. (3) Desde las orillas eslovacas del Danubio, el expansionismo fascista dará otro paso adelante, valiéndose de los 250.000 de alemanes de Hungría para someter a su influencia este país, cuya clase dominante, el feudalismo agrario, se pondrá de acuerdo con el nacional socialismo; después de unas «aclaraciones» internas y vencido el miedo a la propaganda socialdemagógica de los nazis, olvidándose de la antigua táctica de éstos de opresión de las minorías nacionales. Todo lo cual se repetirá fácilmente en los demás estados balcánicos.

El *expansionismo hacia el Oriente* tiene un historial antiguo desde la colonización militarfeudal del Brandenburgo, de la Sajonia, Prusia, Silesia y comarcas alemanas de Austria, creando un espíritu tradicional de autosupervalorización de los alemanes—colonizadores—frente a los eslavos—indígenas— con la correspondiente reacción violenta del nacionalismo de las naciones nuevas. He aquí la raíz histórica y tradicional del famoso «Drang nach Osten» (4)

(1) Los alemanes de Checoslovaquia viven en su mayoría a lo largo de las fronteras de las montañas Sudetes; sin embargo, gran número de ellos reside en el interior del país donde, hace tiempo, dominaban los centros urbanos importantes, conquistados luego poco a poco por los checos. Al constituirse la república checa que ocupó militarmente las provincias alemanas de fronteras, se formaron varios partidos entre los alemanes, partidos desaparecidos luego bajo la atracción del nacionalismo. Hasta los partidos obreros han sufrido esta influencia más que en ningún otro territorio de lengua alemana.

(2) Reunión en el sentido de acto espontáneo.

(3) Abreviación usual de Československá Republika (República Checoslovaca)

(4) *Empuje hacia el Oriente*, expresión corriente para definir las varias tendencias de expansión en

Ningún acuerdo político, dictado por el oportunismo actual puede anular las tendencias expansionistas alemanas en las regiones donde choca el elemento alemán con el elemento polaco (al Norte) o con el checo (más al Sur) con sus múltiples contrastes sociales, hasta que los nacionalismos estén liquidados por una ideología superior que integre la afirmación lingüística cultural en una sociedad sin clases

Pero el expansionismo nacionalista no se dirige solo hacia el Este y el Sureste. Existe otra tendencia expansionista entre las pequeñas nacionalidades que han tenido siempre relaciones estrechas con la vida cultural alemana, siendo sus idiomas unas diferenciaciones procedentes del alemán antiguo, y tener esta raíz común con el alemán moderno: Holanda y Flandes. En Holanda, la formación histórica de un rico imperio colonial y una cultura propia resiste más a la invasión ideológica que Flandes, donde el *activismo* flamenco está acercándose al nacionalista alemán que inspira además el movimiento «*Dietschland*» (1).

En fin, hay un *expansionismo de ultramar*, movilizando el nacionalismo fascista las inmensas colonias alemanas del Brasil y Argentina al servicio de determinados intereses y trusts del Tercer Reich que forman parte de los círculos dominantes del régimen, desarrollando en el mismo tiempo una ideología de verdadero imperialismo mundial.

Tendencias análogas muestra el *imperialismo nacionalista italiano* encontrando sin embargo, más dificultades para su propaganda entre los italianos fuera de Italia, por ser la emigración italiana en buena parte proletaria y expuesta a las influencias del movimiento obrero que ya antes de la guerra del 1914-18 tenía en el extranjero fuertes núcleos de militantes entre los emigrados (2). Además, entre sus aspiracio-

(1) Movimiento que aspira a reunir políticamente Flandes belga, frances y Holanda en un estado a las órdenes de Berlín. En el mismo plan obra el incremento dado por el régimen nazi a las tendencias de cultura «alemana» para enlazar las regiones alemanas desde la Brisgovia alemana hasta Alsacia y la Suiza alemana.

(2) La misma vida política de Mussolini empezó con su actividad en el Partido Socialista Italiano en Suiza.

tierra eslava o báltica. Hay que señalar que hasta Cracovia o Lodz, las ciudades polacas tienen origen en la colonización mercantil y artesana alemana y fueron eslavizadas sólo poco a poco con la creación de las clases medias que formaron intelectualmente la nación.

nes nacionalistas, sólo Malta tiene verdadera importancia por su posición estratégica y Túnez valor económico, mientras es muy relativo el valor que podría tener la posición de Córcega o del Tesino para el capitalismo imperialista italiano. Sus fines se encuentran en España y en Egipto, donde la colonia italiana, en su mayoría comerciantes, sirve de punto de apoyo al expansionismo industrial-comercial (semejante al de los alemanes en la Argentina). También el numeroso elemento italiano de Francia, Africa del Norte, Estados-Unidos e Hispanoamérica es objeto de las atenciones de los «fasci all'estero» pero siempre está obstaculizado por el antifascismo. Existe una diferenciación gradual entre el expansionismo de los dos estados fascistas, permaneciendo sin embargo un paralelismo de base. No hay otra nación en Europa que tenga colonias tan fuertes y en tantos países, repartidas en varios continentes.

La *emigración colonial inglesa* del siglo pasado, conquistó hasta continentes, constituyéndose luego en nuevas naciones y asimilando los elementos no-ingleses. El idioma inglés ha llegado a ser el idioma de más naciones, bastante distintas a pesar del contacto cultural por la corriente del idioma común; lo que ocurre también con las naciones hispanoamericanas, todavía en formación por no haberse terminado la asimilación del elemento indígena a la vida cultural expresada por el castellano o el portugués (1). Distinguir con exactitud entre estos fenómenos particulares del nacionalismo fascista, el carácter y los raíces de los demás nacionalismos es el primer paso hacia la concepción socialista del problema nacional en general.

El Internacionalismo y la nación

Al analizar la conciencia del proletariado, tenemos que constatar que las masas en general se hallan, por intermedio del idioma, de la convivencia y del predominio de la burguesía, cuya cultura es la cultura de la nación, influenciadas por la burguesía e imbuidas de su ideología, de su mentalidad. El reformismo es producto de esta dependencia ideológica, (entendida aquí como fenómeno a-revolucionario de la mayoría de las organizaciones obreras en los países más o menos demócratas y no en el sentido de la teoría reformista de Eduardo Bernstein) Nos explica también la influencia predominante de las

(1) En América también se comprueba la formación histórica de las naciones, entre las cuales Méjico da por primera vez en la historia el ejemplo de una formación nacional a la cual contribuye como factor trascendental la clase obrera con su ideología socialista.

ideologías nacionales en la clase obrera. Cuanto más elevado sea el nivel de la cultura popular, más fuerte será el dominio espiritual de la burguesía sobre el proletariado, lo que nos explica la mayor espontaneidad de acción contra las clases dominantes en países donde la cultura popular es baja y la cultura burguesa poco desarrollada.

La emancipación ideológica de la clase obrera, primer paso para que sea eficaz la doctrina socialista, está en relación íntima con el desarrollo teórico del socialismo; desarrollo poco satisfactorio en las últimas décadas en cualquier parte de Europa y fuera. Estructurar nuestra posición frente a los problemas nacionales quiere decir emanciparnos ante todo de los postulados de la ideología nacional burguesa. A la idea burguesa de la «comunidad nacional» que transpone en el terreno social y político la comunidad lingüística— nacional, oponemos el internacionalismo.

El internacionalismo marxista no es, como muchos creen, sencillamente un pacifismo universal y sentimental, sino que se funda en una realidad de la sociedad capitalista: la *comunidad de la vida* de la clase proletaria. Cualquiera que sea la calificación profesional o el nivel cultural, el obrero asalariado tiene la misma base de vida: la dependencia del mercado de la mercancía «trabajo». Hacer presente al obrero esta comunidad universal que existe en la realidad entre el más explotado proletario de las industrias coloniales y el obrero calificado de cualquier país y de cualquier oficio de Europa o América, es alejarle de su base ideológica nacionalista. Pero el marxismo no es absoluto, sino dialéctico. No podemos enfrentarnos al nacionalismo burgués o fascista tan solo con el llamamiento del manifiesto comunista «Proletarios de todo el mundo, uníos» sino que hemos de considerar el ambiente de su vida, que es el ambiente nacional suyo, base de su estructura ideológica. No podemos decir al obrero de la Alta Silesia, de Bohemia, de Cataluña, de Rumanía, de Flandes o de los estados fascistas que el problema nacional no existe ni ha existido, sino que hemos de concretar nuestra posición socialista frente a cada problema nacional. Esta posición no puede ser otra que la de la tolerancia lingüística, admitiendo el derecho de afirmación cultural y uso de cualquier idioma, rechazando el predominio nacional de cualquier clase. Es una posición de base, que separa al proletariado de su burguesía, sea liberal o fascista, y que le sirve de punto de partida en su lucha de clase. Pero, ningún sector del movimiento obrero puede prescindir del ambiente en el cual tiene que actuar y debe ejemplarizarse esta posición de principios los problemas concretos políticos del país. Fiel a su carácter universal, la clase obrera no puede sostener ciertos autonomismos que reducen las posibilidades

del desarrollo cultural, tienen además raíz reaccionaria (como el autonomismo clerical eslovaco que quiere separar la Eslovaquia de la cultura checa más desarrollada) o pequeño-burguesa (como el catalanismo). La clase obrera tiene interés en que se difundan los idiomas de mayor alcance dejando toda libertad de expresión a los dialectos regionales en el marco de la vida regional (provenzal, bretón, catalán, eslovaco, etc.).

Prácticamente, esto quiere decir que los obreros de idioma alemán deben comprender a la vez la necesidad de la convivencia con los checoslovacos en la Checoslovaquia, y también la libertad del pueblo checo o su derecho a la vida cultural checa, como los trabajadores checos deberían comprender que, quedando a remolque de la política nacionalista de su burguesía, eligen una posición políticamente equivocada, históricamente sin salida; que en Cataluña, no se puede separar a la clase obrera catalana del resto de la clase obrera española, aún dando toda amplitud al desarrollo cultural lingüístico del catalán; que el carácter de tolerancia lingüística de Suiza no se defiende con un patriotismo a remolque de una de las más reaccionarias burguesías de la Europa Central, sino luchando con todos los medios contra los regímenes totalitarios de las respectivas comunidades lingüísticas; que, sobretodo, los movimientos ilegales de Italia y Alemania deben fijar con la mayor cla-

ridad su posición en contra de la política expansionista de estos.

Hay que *emancipar* el movimiento alemán en el plano nacional por un estudio a fondo del nacionalismo y de sus aspiraciones, basado en el estudio de las revoluciones nacionales del siglo pasado y en la fluctuación de las minorías, comprendiendo que la libertad cultural de las minorías depende siempre de la libertad política del país, no del éxito expansionista del imperialismo capitalista y aceptando las realidades creadas por el movimiento nacional fascista. (Estado unificado alemán—reunión de Austria). (1) Lo mismo vale, con, pequeñas diferencias para Italia, donde por ejemplo, el movimiento debe separarse de ciertas tendencias libero-nacionales, en ocasión de la frontera del Brennero.

A base de una teoría marxista firme, el socialismo no tendrá dificultad para enfrentar el problema nacional, donde se encuentre, y en realizar el verdadero internacionalismo con la emancipación de la clase trabajadora de las ideologías de sus enemigos de clase.

(1) Los Socialistas Revolucionarios Austriacos han rectificado su anterior posición esencialmente tradicional-austríaca, adoptando el plan realista de la revolución alemana.

:: Cartas inéditas de Pablo Iglesias

En el próximo número de SPARTACUS, correspondiente al mes de agosto, que dedicaremos al cincuenta aniversario de la fundación del Partido Socialista Obrero Español, iniciaremos la publicación de una colección de cartas escritas por

PABLO IGLESIAS

y dirigidas al compañero Pascual Román, de Elche, importantes documentos para conocer la historia de nuestro Partido y la personalidad del ABUELO.

Definición del Antifascismo

por F. Carmona Nenclares

1. Planteamiento y panorama del problema

Tratamos de escribir una biocrítica del vocablo «antifascismo» y de la actitud social que comporta. Nadie sabe, por lo que se vé, en qué consiste de un modo inequívoco la naturaleza última del antifascismo o en términos generales, qué sea el antifascismo. Partiendo de los datos de la experiencia parece, a la primera ojeada, que hubiera distintos modos de ser antifascista. El hecho de que nosotros, marxistas, seamos antifascistas, y de que también lo sea, por ejemplo, el grupo dirigido por el sacerdote Dom Sturzo, escritor y político reaccionario italiano, lo prueba. Tal es, por lo tanto, el dato originario de que partimos: la coincidencia de marxistas y anti-marxistas en una misma situación objetiva, la del antifascismo. Hasta qué punto sea legítima esa coincidencia constituye el objeto de nuestro examen. Este revelará además el carácter del verdadero antifascismo. Auténtico sólo puede haber uno.

El punto de partida elegido está a mano. La partícula «anti» indica siempre oposición o contrariedad. Luego la etapa preparatoria del examen que vamos a emprender consiste en precisar la naturaleza del fascismo. Es evidente. La razón de un fenómeno visto en la fase negativa debe encontrarse iluminando de antemano su fase positiva, como previa que es, incluso por la fecha. Antes de que surgiera el antifascismo había surgido ya, dentro del horizonte de nuestra propia existencia, el fascismo. Arrancaremos, pues, de éste.

Volviendo a los datos de la experiencia encontramos lo siguiente. Por de pronto es un fenómeno,—el fascismo,—cuya aparición viene exigida por la línea de desenvolvimiento del capitalismo. (Más tarde analizaremos la motivación de este proceso). Obsérvense los hechos. El capitalismo alcanzó con la guerra 1914-18 el límite de las concesiones económicas y políticas que podía otorgar pacíficamente a los trabajadores y la clase media. Cerrado a la evolución reformista tuvo que adoptar, con objeto de subsistir a toda costa, una forma violenta: el fascismo. Rechazando en principio la lucha de clases, por demagógica, hizo inevitable, al mismo tiempo, su eclosión como guerra civil allí donde el proletariado amenazaba más violentamente las bases del Estado capitalista. Visto lo anterior deducimos que para encontrar la raíz básica del fascismo habrá que remontarse a la consideración o análisis del capitalismo tal como dicho sistema social sobrevivió a la mencionada guerra europea.

Entonces percibimos que ésta hizo algunas modificaciones en su interior. Dos principales hay que reseñar. Dividió el mundo entre Estados-usureros y Estados-deudores, repartiendo luego las fuentes de primeras materias entre los países triunfantes. El reparto, a título de paz, se llamó «Tratado de Versalles». Otra de las modificaciones aludidas, preparatorias también del fascismo, consistió en la actitud adoptada por el proletariado social-demócrata después de 1918, a lo largo de la post-guerra, cuando el capitalismo había iniciado ya su fase negativa, violenta, anti-democrática. La Social-democracia mantuvo, sin embargo, su colaboración con el capitalismo suponiendo que de éste podría obtenerse todavía un ilimitado desprendimiento de reformas y que el paso al socialismo sería por eso un movimiento automático, evitándose la revolución proletaria. Con lo escrito hemos obtenido ya la filiación biográfica del fascismo. Es un movimiento de clase. Sería inútil

hacer, en el reverso de la filiación, predicciones sobre su porvenir. Dure lo que dure tiene carácter de etapa final. La agonía del capitalismo, producida porque tal sistema se ha hecho incompatible con las condiciones sociales surgidas de su misma evolución, podrá resultar larga o corta; sea una cosa u otra, se llama fascismo. Jamás logrará este ensamblar la propiedad privada en la moderna producción socializada. El Aquiles capitalista descubre aquí su punto vulnerable.

2. Nuestra manera de vivir condiciona nuestra conciencia

El hombre, a diferencia de los animales, produce sus medios de vida. O sea, produce las condiciones materiales en su existencia. Por eso hay siempre un lazo indisoluble entre la forma de producción de aquéllas, o historia de la materia, y la historia social y política, debido a que ambos procesos se relacionan entre sí, condicionándose. La modificación de las circunstancias reales de la vida, ocasiona la transformación o cambio de las ideas. Estas no vienen del cielo ni de Dios, anidando graciosamente en el cerebro. Surgen de nuestro modo de vivir.

Por su parte, la producción no es más que el proceso del trabajo. Eso sólo. Con éste obtenemos los medios de subsistencia. Los métodos de trabajo y las relaciones productoras dependen de las herramientas con que se trabaja, del desarrollo de la técnica y de los medios de producción en general. La justicia, la moral, el Estado, etc..., cambian con el sistema productor. Todos los sistemas son, por lo tanto, formas transitorias. Esto es esencial.

El perfeccionamiento de las herramientas constituye la fuerza propulsora de la evolución social. Debido a ella tiene lugar un progreso técnico, rápido o lento, que cambia al mismo tiempo las formas sociales del trabajo. Esto conduce a nuevas relaciones de clases, a nuevas instituciones sociales y a nuevas clases otra vez. Las predominantes en el antiguo proceso de producción tratan de conservar artificialmente sus instituciones mientras que las clases nacientes se esfuerzan por desarrollar el nuevo proceso, abriendo el camino para posteriores e inevitables desarrollos de la técnica.

Bien. Aplicando estas premisas a nuestro problema,—biografía del fascismo vista desde su última raíz, el capitalismo,—obtenemos lo siguiente. El régimen burgués, capitalista, destruyó en su nacimiento las condiciones económicas y sociales pre-existentes—el feudalismo,—pero desaparecerá como producto histórico empujado por el mismo engranaje que los otros: el incesante crecimiento del sistema, crea condiciones que están en contradicción con el sistema mismo. (Ejemplo: véase el que implica nuestra guerra). En resumen: cada sistema produce en su seno los elementos de su propia destrucción; el feudalismo creó la burguesía y de ésta ha surgido el proletariado. Tal es la marcha del tiempo.

Tampoco el capitalismo puede ser eterno. Igual que los otros sistemas, es una forma transitoria. Tenemos que las condiciones económico-políticas con que lograra imponerse,—las llamadas «libertades burguesas»,—se han vuelto ahora contra él. Facilitan al mismo tiempo que su evolución, su desaparición. Presintiéndolo, la clase dirigente, sirviéndose para ello de un movimiento revolucionario de palabra y contra-revolucionario de hecho, surgido de la clase media arruinada, antiproletaria, ha suprimido, con esas libertades, sus condiciones generadoras; tal operación es lo que se llama fascismo, hemos dicho. (Aquí tocamos el gran destino trágico del liberalismo como sistema social. Sirvió para que la burguesía impusiera su régimen de clase y sirve, más tarde, ante nuestra propia

mirada, para ser destrozado por la pretensión de eternidad de la dictadura burguesa). Ahora bien, ¿qué clase social tiene detrás el fascismo?... La pequeña burguesía y el proletario social-demócrata. Ambos sectores son partes del sistema capitalista. Luego veremos cómo.

3. Consideraciones marginales

Sí. Ha surgido el fascismo allí donde la social-democracia y el liberalismo mantenían, con la vuelta eterna de todas las cosas, la inutilidad de las revoluciones. Estancado el capitalismo gracias a la formación de las organizaciones monopolizadoras, exigidas por la concentración creciente de la producción, vemos que el progreso técnico, condición histórica del sistema, está detenido también. *Condición histórica*, subrayamos, porque da razón de ser al capitalismo. El tiempo no puede detenerse ni estancarse, goteando sobre sí. El capitalismo quiere salirse del tiempo y de la Historia. Para eso no hay más que un camino: la contra-revolución, acto de agresión contra el tiempo. O sea, el fascismo. Es un fenómeno típicamente capitalista; se ha producido primero, como era de esperar, en los países donde el sistema tenía menos sustancias de reserva. Era lógico.

Llega un momento de la evolución del capitalismo—¡atención: estamos frente a él!— en que los trabajadores y la clase media no pueden mejorar su nivel de vida. Si un sector cualquiera de ambas clases consiguiera mejorarlo se produciría en el otro, fatalmente, el paro crónico. El fenómeno es fulminante, inevitable. El fascismo, sistema de gobierno del capitalismo agónico, prueba que éste no tiene solución para él. Por eso, sea o no democrático— y sólo puede serlo en su fase ascendente o positiva,— el capitalismo terminará siempre desdoblándose en fascismo, punto máximo en la curva de su desarrollo. Llegado aquí es cuando pretende probar la identidad de intereses existente entre los capitalistas y los trabajadores que, produciendo capital, sólo reciben la fuerza del trabajo o salario en pago de su función creadora. (Observación curiosa: se vale de la lucha de clases desatada por él, que ha convertido todas las relaciones humanas en relaciones de dinero, y que más tarde le ha llevado a la contradicción más radical con las necesidades de la vida, para imponer, apoderándose de la totalidad del Estado, el principio de la «armonía de las clases». Por esta maniobra pretende eternizarse).

Las libertades del capitalismo—esas «libertades burguesas»,—han agudizado las diferencias económicas entre el proletariado y la burguesía. Los pequeños comerciantes e industriales, los rentistas, artesanos y labradores acomodados, dado que sus pequeños capitales no les permiten emplear los procedimientos de la gran industria, sucumbiendo en la concurrencia con los grandes capitalistas, caen en el proletariado. Ciertamente. Pero sólo se proletarianizan económicamente; desde el punto de vista político son antiproletarios. Forman, en tanto que clase media arruinada, las masas propias del fascismo. El gran capitalismo utiliza el descontento envidioso, la pobreza resentida y la concepción antiobrera de esa clase para imponer, como eterna y sin salida, su dictadura. Esta no tiene teoría ni la necesita. En todo caso, convierte en mito los prejuicios más irracionales: la raza y el suelo. Con eso basta para los tenderos, productores «independientes», intelectuales y obreros ignorantes del papel del trabajo. Porque nadie más hay, por voluntad propia, en las filas fascistas.

El capitalismo toma incluso un programa aparentemente revolucionario, de hecho demagógico, para preparar, transformado en fascismo, su asalto al poder. ¡Es una contra-revolución con lenguaje revolucionario! Mejorar la condición del proletariado está

inscrito, como principio rector, en las Cartas o Códigos de trabajo fascistas conocidos. Luego resulta que el principio tiene que imponerse a base de una colaboración de obreros y patronos dirigida contra el proletariado, claro es, porque profundiza el abismo de clase que separa a la burguesía de los trabajadores. (*El fascismo mantiene esta situación como esencial al régimen*; en cuanto la supere, gracias al empuje revolucionario de la clase trabajadora, el capitalismo habrá dejado de existir como sistema vigente). Por otra parte nada más parecido a la demagogia fascista que el social-reformismo. Embota la conciencia de las masas, debilitando la significación real de la lucha contra el régimen de la propiedad privada. Cuando se considera, con el lema inspirador del social-reformismo, que la meta—o sea, la propiedad socializada de los instrumentos de producción,—«no es nada» y que el movimiento, consistente en conseguir mejoras económicas inesenciales «lo es todo», entonces queda explicado, con plena lógica, la aparición del fascismo. Representa el miedo de la clase obrera a luchar contra la clase que le oprime. ¡Si la burguesía lo hubiera padecido, todavía tendríamos feudalismo! Porque entonces, servidumbre y libertad de comercio eran elementos antitéticos; hoy lo son trabajo y capital. Ninguna clase cede pacíficamente el uso del poder a otra, aunque le conceda algunas mejoras económico-políticas. Tenemos una experiencia definitiva, radical, de la cuestión.

4 Los antifascismos y el único antifascismo lógico

Una vez que la democracia capitalista toca los límites de su desarrollo surge el fascismo, fenómeno burgués. ¿Cuál es la clase social que puede, por su destino histórico luchar contra él; en qué terreno debe plantearse la lucha para que resulte victoriosa? Lo hemos visto antes. Sólo conocemos una clase que por ser, en tanto que clase, revolucionaria, puede dar la batalla: el proletariado. O es revolucionario o no es nada. Sólo conocemos un terreno de lucha que augure victoria: la revolución. Pero no la innovada, pura o contra-revolucionaria, como la misma del fascismo, sino la revolución socialista, consistente en que la clase obrera se apodere del Estado imponiendo luego desde él su propia forma de Gobierno. ¡El cambio de una clase por otra en el poder! Esa es la verdadera revolución, según la experiencia consultable. Transformar el régimen de propiedad equivale a transformar el Estado. ¿Qué realidad material sirve de base al fascismo?... La propiedad privada individual de tipo absoluto. Por lo tanto, sabemos donde apuntar. ¿Por qué ha de hacerlo precisamente la clase obrera?... Es muy sencillo. Débese a que el proletariado, exclusivamente él, comporta en su seno los elementos de destrucción de la realidad material sobre que descansa el fascismo. Le pertenece el porvenir.

En suma, es un error, un tremendo error estéril—¡hay también errores fértiles!—luchar contra el fascismo, brutal realidad material, desde un simple antifascismo abstracto cuyo objetivo de lucha viene a ser la reconquista de libertades burguesas obtenidas hace ya doscientos y pico de años. ¡Pero si de esas libertades, precisamente de ellas, utilizadas en su infra-estructura económica, ha surgido el fascismo! Se necesita estar ciego para no verlo. El principio de la propiedad privada inviolable, llevado a un extremo de sacrosanto misticismo, es lo que encontramos con la disección de aquél. Eso y nada más. Para el liberalismo burgués—tengámoslo presente,—la propiedad privada señala una dimensión esencial de la personalidad. Ser persona equivale a ser dueño de algo. Luego constituir el antifascismo a base de los principios liberales, dimanantes de un concepto de dignidad y autonomía del individuo que permite a este usar y abusar de sí y de lo suyo, equivale a escoger como terapéutica de una enfermedad la enfermedad misma. Es un callejón sin salida.

5 Conclusión. Enlace con el punto de partida

Contra una realidad material sólo hay un procedimiento de lucha: el emplear otra realidad material tan concreta y diáfana como la primera. ¿Tiene nuestro antifascismo, donde estamos enrolados partidarios y enemigos de la propiedad privada, categoría básica del fascismo, tales condiciones?... Desde luego, no las tiene. Un antifascismo establecido sobre el pie de una colaboración de clases apenas puede considerarse como instrumento idóneo de lucha; el pequeño capitalismo jamás podrá vencer al grande, entre otras cosas porque es, su germen. Por lo menos, habría que obtener, como razón del antifascismo, una consigna que no participara de la misma realidad económica de que aquél se sirve. Con el principio de la propiedad privada resulta imposible oponerse, sea del modo que sea, a la misma propiedad privada convertida en institución inmutable, religiosa o racial. Este es nuestro punto de vista. Está dicho, por lo tanto, que somos enemigos del antifascismo abstracto cuyo objetivo esencial lo constituyen la Libertad y la Democracia. Tales mayúsculas exigen preguntarse de qué libertad y democracia se trata. Hay que tenerlo en cuenta. La pura libertad y la pura democracia, careciendo de base material definida, pues tienen la del fascismo, forman, como quien dice, el revés de éste.

Está claro que la democracia burguesa—hoja de parra, al fin y al cabo, de la autocracia del dinero,—no es una barrera definitiva contra el fascismo. Tenemos una prueba diaria de ello. Para el proletariado, única clase que encierra en sí el porvenir, luchar «ahora» por la democracia, obstáculo insuficiente, supone una desviación respecto de la lucha por el socialismo, donde radica la condición vital del proletariado como clase. Tampoco la burguesía puede, volviéndose sobre ella misma, triunfar del fascismo; ¿Quién podría triunfar radicalmente de lo que lleva en las entrañas?... *lo lleva en las entrañas*, eso es todo. Luego la burguesía antifascista resulta impotente para conducir la lucha antifascista. No tiene armas contra sí misma. Un día le tocó luchar, como clase revolucionaria, contra el feudalismo. Hoy, convertida en clase incompatible con el desenvolvimiento histórico, está a la defensiva. Esa es su forma vital. Por lo tanto, es al proletariado a quien le toca conducir la lucha precisamente contra la estática burguesía.

Nuestro antifascismo abstracto coloca la amenaza del fascismo por encima de todo. Eso induce a que el proletariado, principal objetivo de la amenaza, acepte los sacrificios más inmensos que, en vez de ponerle frente al capitalismo le impelen a aliarse con él, intentando detenerlo en la democrática etapa de concesiones. Sólo la pequeña burguesía y los trabajadores social-demócratas, quizá también los comunistas soviéticos—pues la consigna del antifascismo abstracto la ha lanzado la III Internacional, desglosando de la lucha contra el capitalismo la del fascismo,—tomarán ese partido, consistente en dar marcha atrás hasta repetir etapas superadas. Los demás, no; y los demás son muchos. En cuanto a nosotros, marxistas, no concebimos más que un antifascismo: el que se reduce a apoderarse del Estado para imponer desde él, la revolución, y con ella, un nuevo régimen de la propiedad.

Lo demás es literatura. O fascismo.

Industrias de Guerra

LA SIDERO-METALÚRGICA

Por Wenceslao Carrillo

La guerra ha colocado a la clase trabajadora en el trance de demostrar su capacidad, tanto para la lucha en las trincheras como para el desarrollo de la producción. Y hubo de improvisarlo todo. Se improvisó el Ejército, comenzando por aquellas milicias que sin conocimientos tácticos de la guerra, guiadas por un Gobierno en que los partidos políticos y las Centrales sindicales estaban representados, supieron contener al enemigo en las mismas puertas de Madrid haciéndole frente sin armas ni municiones: pero con una fé enorme en el triunfo, fé impulsada por las ansias de libertad que ha sido siempre patrimonio de todos los buenos españoles.

[Que meses aquellos primeros del Gobierno Largo Caballero! Jamás sabrá apreciar la España antifascista el sacrificio realizado por nuestro camarada al hacerse cargo del Gobierno en aquellas circunstancias. Columna de Tal y Columna de Cual. La denominación de las columnas de milicias respondía al patronímico de quien las mandaba, a las profesiones de quienes las componían, o bien a la que les daban los organismos que decían ser sus creadores. Disciplina, la que cada cual quería darse, según el concepto que de la guerra y su finalidad se tuviera. Así podían repetirse los «repliegues» a paso ligero que fueron característicos en los primeros tiempos y a virtud de los cuales quedaban en poder del enemigo gran parte de las pocas armas que poseíamos.

Sin embargo, de aquellas primitivas milicias pudo el Gobierno Largo Caballero ir creando unidades de un Ejército que hoy constituye un motivo de satisfacción para quienes afrontaron la enorme tarea de su iniciación, dejándolo en marcha hacia su organización completa, y otro motivo de orgullo para todos los antifascistas.

De la misma forma que el Ejército hubo de

improvisarse la industria de guerra. Las fábricas destinadas a la construcción de material bélico que antes existían quedaron, casi todas ellas, en poder del enemigo. Era preciso sustituirlas y superarlas en número superando, además, la producción de cada una de ellas en tiempos normales. Y en máquinas aplicadas en otros tiempos a menesteres muy distintos comenzaron a mecanizarse obuses y bombas de todas clases. cartuchería para fusiles y ametralladoras. Actualmente puede ser superada su producción. Ello depende de diversos factores. Veamos si nos es posible reseñarlos.

La sublevación militar que, repetimos, obligó a improvisarlo todo, determinó también la improvisación de los órganos directivos y administrativos de gran cantidad de fábricas y talleres. Las que fueron abandonadas por sus antiguos propietarios pasaron a los llamados Comités de Control elegidos por los compañeros que en los mismos trabajaban sin una intervención directa de la organización sindical a que los compañeros estaban adheridos. Procedimiento que la Federación Sidero-Metalúrgica consideró y sigue considerando equivocado y que precisa corregir a fin de que en el futuro, cuando la victoria de las armas republicanas sobre el fascismo internacional nos adjudique el triunfo, los Sindicatos puedan continuar, sin posibilidad de fracaso, el desarrollo normal de la industria aplicándola a las necesidades que las circunstancias vayan reclamando.

La Federación Sidero-Metalúrgica propugnó desde un principio la nacionalización de la industria; pero por razones que no hemos de examinar ahora el Gobierno no aceptó nuestras sugerencias. La campaña pro nacionalización quedó paralizada a fin de que no pudiera acusarse a la Federación de obstaculiza-

dora de la labor del Gobierno. Y la industria siguió, en su mayoría, en manos de los obreros que de ella se habían incautado. La Federación, convencida de que la nacionalización resolvería muchos problemas, no ha querido, repetirnos, insistir en su demanda. Cuando el Gobierno no la acepta la insistencia pudiera considerarse como una oposición a quien tiene sobre sí la enorme responsabilidad de la hora en que vivimos. Y nuestra organización nacional no quiere ponerle al Gobierno la menor dificultad. Al contrario, le ha prestado y le seguirá prestando toda las asistencias que le sean posibles, si quiera no haga alarde de su labor. Estimamos que la mejor forma de colaborar al triunfo de la República consiste en trabajar en silencio; pero con eficacia. Y esto lo viene haciendo la Federación Sidero-Metalúrgica de España desde el comienzo de la guerra.

La mayoría de los talleres incautados por los obreros trabajan para la guerra. ¿Cómo desarrollan su labor estos talleres? El Gobierno, y en su nombre la Subsecretaría de Armamento, contrata directamente con los Comités de Control. Estos tienen que responder a sus compromisos trabajando con la misma maquinaria que los talleres tenían antes de la guerra. Así se da el caso de que tornos que en otros tiempos se dedicaban a desvastar hierro se aplican ahora a trabajos de precisión, sin que, en muchos casos, se les hayan aplicado los dispositivos indispensables para facilitar el desarrollo de la producción haciéndola más económica por su mayor cantidad y, utilizable por su perfección. Sin embargo los talleres marchan y, aunque pueden dar una mayor producción, de momento se defienden.

Pero el hecho de que, de momento, el problema no pase a mayores no puede constituir para nosotros una satisfacción. La tranquilidad de la República, el día de mañana que la guerra termine, no queda asegurada con ello. Precisa modificar esta situación sobre la marcha y no son los Sindicatos los que menos tienen que hacer en esto. Si desde el primer momento la incautación de fábricas y talleres se hubiera efectuado por los Sindicatos y no por los sindicatos de cada taller, la situación hubiera sido otra. Naturalmente, hubiera sido

la solución ideal el que el Gobierno se incautara de todo; pero ya que esto no ha podido ser, los llamados a dirigir y administrar la industria son los Sindicatos. Si hasta ahora no han conseguido que sus afiliados les concedieran la personalidad que les corresponde, deben proceder, sin demora, a restablecer la disciplina y a obligar a que no haya más «responsables», ni directores ni administradores que aquellos que el Sindicato designe. No hacer esto puede significar una satisfacción para quienes se consideren un poco dueños de la herramienta con que trabajan; pero esto mientras la guerra dure. Despues...

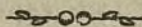
Es un caso de inconsciencia enorme el persistir en la situación creada. Los sindicatos, sólo a título de tales, no tienen la personalidad necesaria para dirigir y administrar la industria. Sin una disciplina no hay posibilidad de responder en la gestión en defensa de los intereses generales. Se puede poner pasión en las cuestiones personales o de grupo: pero eso no interesa ahora. Los patronos y las grandes empresas se preocupaban fundamentalmente de su situación de clase. Por ello nos han llevado a la guerra en que nos vemos envueltos, ¿Merecería la pena que se realicen los sacrificios que la guerra representa para, al final, encontrarnos con una pugna de intereses entre compañeros de una misma organización? ¿Habríamos adelantado mucho si al final de la guerra observamos que han desaparecido muchas grandes empresas y nos tropezamos con organismos parecidos, sin otra diferencia fundamental que la que llamarse Comité de Control y con todos los defectos de una lucha de competencia brutal, con la agravante de entablarse esta entre compañeros pertenecientes a una misma organización sindical?

Pues a todo esto puede llevarnos la forma en que se desarrolla la industria. Lo he dicho muchas veces: Lo repetiré una más: La industria debe ser dirigida y administrada por los Sindicatos. Elementos capaces para ello cuenta la organización obrera. No hace falta más que aglutinar los intereses de todos y poner por encima de los intereses de todos el interés supremo del Estado, que somos todos los ciudadanos de la España que lucha por su libertad y por su independencia.

Ahora bien; conviene aclarar, para que no se presten a confusión mis palabras, que entiendo la función de los Sindicatos en la producción a título de delegados del Gobierno, sujetos a todas las disposiciones del Gobierno, obedientes a una disciplina rígida de Gobierno. ¿Que esto coharta la libertad de los Sindicatos? En modo alguno. Impedirá que se ponga en práctica iniciativas desacertadas; que cada cual haga lo que mejor le parezca por aquello de que «en mi casa mando yo o mandamos nosotros»; pero, por interés del país, recogerá cuanto haya de aprovechable en las ideas del más modesto compañero, ayudará a cuantos merezcan su ayuda y estimulará, mediante los procedimientos que se estimen adecuados, a cuantos pongan de manifiesto sus afanes por el mejoramiento general del país.

Así juzgo yo la función de los Sindicatos en la producción. Estimo, además, que no puede ser otra. Si cada Sindicato tuviera libertad para desenvolverse con arreglo a sus peculiares puntos de vista no habríamos adelantado gran cosa con que fueran ellos los encargados de dirigir y administrar la industria. Existe una realidad que sería suicida desconocer. En primer lugar no existe unidad de criterios en la apreciación de los problemas en cuanto a principios y táctica se refiere. Si esa unidad existiera no contaríamos con dos Centrales Sindicales que, pese a la cordialidad de sus relaciones, defienden concepciones distintas en mu-

chos y muy importantes aspectos. Este sería ya suficiente para justificar el sometimiento más riguroso a la disciplina de un Gobierno del Frente Popular en el que, como ahora ocurre, estén representadas las fuerzas políticas y sindicales de nuestro país. Pero es que, además, hay entre los que defendemos una misma orientación y una misma táctica, diferencias de apreciación, pequeños problemas de fronteras sindicales que se hacen grandes en cuanto se intenta cortar la raíz al mal. Hay otras diferencias que, sin ser fundamentales, lo parecen por la importancia que llegan a adquirir en cuanto se las somete a discusión. En una palabra: Obsérvese cómo los periódicos nos hablan diariamente de la imperiosa necesidad de llegar a la unidad de la clase trabajadora organizada en los partidos y organizaciones de clase. Separados por pequeñas cosas, aunque (y conviene hacerlo constar por ser ello cierto) muy unidos en las ansias de ganar la guerra, el día que ésta termine podemos encontrarnos con problemas de difícil solución que es indispensable buscar antes de que ese momento llegue. La guerra une en un fin común los anhelos de todos. El Gobierno aparece rodeado de toda la autoridad necesaria para hacer frente a toda clase de situaciones. Impulsémosle por el camino que a todos interesa; pero ofreciéndole soluciones prácticas. Lo demanda así el porvenir de la clase trabajadora que nos ha otorgado su confianza y su representación.



EL ARTE DE ORGANIZAR

Por CARLOS HERNANDEZ ZANCAJO

Desde el 18 de Julio estamos en Guerra civil y aunque parezca una paradoja, seguimos «organizando» la guerra. En sus diferentes frases hemos constituido un ejército, hemos «organizado» la producción, pero diariamente hay que consignar que estamos en guerra y necesitamos trabajar como la guerra requiere. A pesar de ello, entre el cúmulo de teorizantes a ultranza que resurgen por todas partes como consecuencia de la natural descomposición social producida por la guerra civil, son poquísimos los que en realidad saben organizar y organizan, perdiéndose las demás energías en manifestaciones verbales con las que se contribuye a enredar y retardar un trabajo necesario y urgente de ritmo acelerado.

La teoría tiene su complemento en la acción. Si la teoría es irrealizable no deja la acción de ser una ilusión utópica totalmente inútil. No es tiempo de especulaciones. Los acontecimientos presentes nos obligan a realizar medidas prácticas, aprovechando todas las energías superando constantemente el esfuerzo en un trabajo positivo y eficaz.

Nuestra guerra civil ha surgido de la destrucción del Estado. Los organismos oficiales de la Sociedad se hundieron estrepitosamente ante el fuego de las armas de guerra. El proletariado, coordinó, en los primeros momentos, los instrumentos de producción, y los gobiernos que se han venido sucediendo los recogieron, dándoles forma y encauzándoles dentro

de su política general. Con las oscilaciones propias de la guerra se producen las debilitaciones en el trabajo y con las debilitaciones del trabajo se perjudica la lucha en los frentes. El factor determinante de estos reflujos radica en el proceso revolucionario de la guerra, a través de una elevada o decaída política gubernamental. Es el resultado del medio ambiente social influido de abajo a arriba o producido de arriba abajo. Pero al lado de este factor subsiste siempre la capacidad creadora del pueblo trabajador, capacidad acrecentada constantemente, en superación permanente, capacidad de trabajo que no es otra cosa que motor de la civilización.

Todos nuestros observadores han elogiado las dotes laboriosas de nuestro pueblo durante la lucha actual. Muchos la han elogiado considerándola notabilísima. Nuestros propios Gobernantes así lo han reconocido periódicamente. La mejor prueba, la constituye nuestra existencia toda vez que desde julio de 1.936, las «democracias» mundiales nos dieron por liquidados. Luego si existimos es porque caminamos y nuestro andar, en este caso, es trabajar.

En el orden histórico hemos ganado la batalla al fascismo español. En el orden histórico se la estamos dando al fascismo internacional. Si en el primer caso hemos ganado merced a nuestro esfuerzo igual podemos hacerlo en el otro. No son, por consiguiente iguales condiciones y por ello requiere una tensión más interna. ¿Puede acometerse? Indudablemente, sí. ¿Cómo? Reorganizando nuestro trabajo para obtener más rendimiento. No se trata solamente de aumentar un porcentaje superior a ciento. Se requiere más. Duplicar, triplicar o multiplicar nuestra acción. Pero no tampoco multiplicarla porque sí, sino de multiplicarla eficazmente. Hacer que se hace, no es solamente no hacer nada, sino perturbar la acción.

El trabajo es la fuerza creadora del proletariado. La parte más selecta del proletariado está encuadrada en el Sindicato. El Sindicato ha dado siempre los hombres más competentes para organizar. Es del Sindicato (hasta el 18 de julio de 1.936) de donde deben extraerse organizadores que encuadren y organicen las fuerzas en dispersión; que intensifiquen el rendimiento de las organizadas y simpli-

fiquen la malla de organismos cruzados que son el dique por su extensa y complicada burocracia, de las resoluciones regulares y rápidas de más eficiencia.

La desconposición de la guerra civil ha transformado el orden y la relación de las cosas. Es el fenómeno de todo proceso revolucionario. Pero en el caso presente el fenómeno ha sido negativo, por cuanto hubo que remediar las jornadas de julio. Si el proceso hubiese sido normal, no hubiese habido necesidad de forzar el cornetín para poner «en pie de guerra» al pueblo español, veintidos meses después de comenzada.

¿Qué ha ocurrido entonces? Qué las últimas capas sociales, se han interpolado entre los cuadros orgánicos de la sociedad para escalarla y dirigirla. Y lo han conseguido, mediante la subasta de su personalidad como militantes «antifascistas», y hoy, cuando el ritmo de la guerra retrocede de velocidad para marchar al paso, se busca la forma de «encargarse con la guerra». Pero vuelve a surgir el mismo problema. Para organizar la maquinaria que derrote al enemigo, necesitamos primero, organizarnos nosotros mismos. Organizar el Estado y el pueblo para fundir en una sola voluntad el pueblo y el Estado. Mientras el Estado sea un poder y el pueblo otro, subsistirá la dualidad de poderes y por consiguiente nos alejaremos de la «unidad de acción». Hay que fundir en un trabajo común los intereses de ambos, simplificando los resortes burocráticos oficiales a través de la sencillez popular. El Estado no puede ser, en las circunstancias presentes, una maquinaria contra el pueblo. No debe ser la «expresión de las clases dominantes». Más que nunca, el Estado republicano debe ser la fiel representación de las clases sociales que combaten resueltamente a su lado contra el fascismo y resolver la cuestión sobre una de estas dos oposiciones: Asimilar el funcionamiento del Estado a los organismos que le constituyen o acoplar los organismos a la marcha del Estado. Si por el contrario se mantiene la independencia de los dos poderes, la dualidad persiste y el cruce de acción y organización obstruye y dificulta la marcha victoriosa. Insistimos. Todo el trabajo, absolutamente todo, debe ser encuadrado bajo una sola acción, previamente esta-

blecida. En tal caso tendríamos la fusión del Estado con la Sociedad, medida que a nadie debe asustar cuando se trata de conseguir el aplastamiento del fascismo, mediante la «renunciación circunstancial de todo menos del triunfo.»

Un poder orgánico fuerte, no sobre el pueblo, sino entre el pueblo, severamente ejecutado mediante la aplicación de una rígida disciplina personal y colectiva, liquidaría el detritus social (fascistas, semifascistas, indiferentes, etc. etc.) intercalado merced a la audacia personal y a la cobardía colectiva, en puesto de representación y responsabilidad.

Rapidamente el trabajo volvería a sus actividades normales para reajustarse con arreglo a la experiencia y capacidad propias de cada combatiente. El espíritu de organización entraría en franco desarrollo y los exponentes de incapacidad o sabotaje serían automáticamente desplazados.

La guerra, requiere sencillez y prontitud. Pocas complicaciones y mucha rapidez. Estas exigencias no son de ahora. Surgen con las primeras luchas armadas y de su eficacia depende el último resultado. Si el Estado Mayor Supremo se simboliza en el Gobierno este viene obligado a controlar todos los resortes de las fuentes de producción y de las fuerzas de acción. La organización del trabajo en la guerra es distinta de la organización del trabajo en la paz. Nadie debe organizar su esfuerzo sin tener presente los contactos mediatos o inmediatos. El organismo debe estimular la acción del combatiente y este elevar su condición para reflejarla en la colectividad. De igual modo que el militante trabaja para la organización mientras la organización trabaja para el militante. El esquema por su sencillez y aplicación, debe ser el de la organización obrera. Muchos productores y pocos dirigentes. Donde se precisen, delegados; pero que trabajen. Resoluciones y órdenes terminantes y tajantes; concretas y precisas; secas y sin retórica, pocas palabras y muchos hechos. Parquedad en ofrecer y largueza en construir. Selección a fondo al lado de la capacidad, en suma, garantía revolucionaria.

El movimiento obrero español, en sus secciones no adulteradas, contiene un principio teórico y táctico que le ha per-

mitido cubrir sus programas y exponer su ejecutoria a la crítica y a la historia, sin desgaste alguno. Todo lo contrario, con acrecentamiento moral y material de cuanto sucede ahora. ¿Por qué? Porque ha construido, en primer término sus bases de sustentación y trabajo y ha trazado su línea de conducta a través de los acontecimientos. Consignar hoy una cosa y mañana otra; elevar para dejar caer; defender hoy lo ayer negado; apelar a los demás para justificarse el «camuflage» no ha sido jamás orientación y táctica de organismos solventes. El momento es duro y la prueba no es buena, si solo interviene la cámara fotográfica. El arte de organizar no es tarea sencilla; como tampoco lo es el ser buen catedrático. Todo tiene su experiencia y la experiencia de organizar corresponde por entero (a pesar de críticas buenas y malas) a los hombres de los Sindicatos. Solo donde militantes probados de la organización obrera han puesto a contribución cuanto son y valen, el trabajo de la producción se ha incrementado y la organización militar ha rendido.

La guerra exige organización perfecta. Porque la guerra es celeridad. La guerra exige golpear al adversario en cuantas zonas se mueva y esto solo se obtiene con una buena organización. La guerra exige un conocimiento exacto de nuestras posibilidades y ello solo es posible merced a una perfecta clasificación. La organización no es un cartel ni un discurso. La organización es un hecho concreto en la fábrica y en el frente. Es el máximo rendimiento y el mínimo esfuerzo. Es la ordenación seria del trabajo por un método racional y práctico, donde desaparece el charlatán y se descubre el incompetente. Una buena organización de trabajo de guerra, en tiempo de guerra, excluye el planteamiento de numerosas cuestiones tan estúpidas como inútiles. El descanso semanal, la jornada de trabajo, la incorporación de la mujer, son hechos que a esta altura no significan otra cosa que la falta de dirección o de organización cuyos efectos tiene como resultado la exigencia de reclamaciones que debieran haber sido resueltas hace mucho tiempo por el encadenamiento fatal de los acontecimientos.

Organizar. He aquí la cuestión. Precisamos saber lo que tenemos y lo que que-

remos. A base de estos términos debemos comenzar el trabajo por la unificación de materias, mediante la fulminación del cantonalismo actual. La unificación es la concentración de nuestros efectivos y por consiguiente, la suma de ellos. La zona geográfica debe determinar, desde un ángulo nacional, la distribución correspondiente con tareas delegadas y restringidamente ejecutivas. Esto no puede significar de ninguna manera *imposibilidad* de acción por imposibilidad superior. El representante o delegado que alegue su imposibilidad por falta de autorización demuestra su incompetencia y su desconocimiento en cuanto a la flexibilidad de sus funciones y debe ser automáticamente desplazado. En nuestra organización se ha construido sólidamente el subordinado consciente que sin ser siervo ni dueño ejerce su papel sin romper el contacto ni la disciplina orgánica; sin reducir ni superar la misión conferida.

Una tarea previamente organizada donde el individuo responde en todo momento de su actuación, sin otro trámite que la correspondiente a la orden escueta y directa, obtiene los mejores resultados.

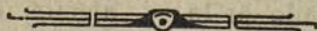
El entorpecimiento por lo general, se origina, hoy, de arriba a abajo. Con singularidad en el poblado inmenso de oficinas, donde ujieres, ordenanzas, secretarios, ayudantes, etc.etc. constituyen la red extensa que dificulta el trabajo directo y eficiente. La organización del trabajo requiere también su especialización técnica. El laboratorio. Pero los cuartos teóricos de la producción hay que aislarlos también de la red burocrática, gelatinosa y espesa que invade la organización social hasta las capas más profundas. La burocracia. ¡He aquí el enemigo. Pero el burócrata moderno no es solo el «que hace que hace»; hay un burócrata más peligroso: el charlatán. El que invita a los demás a realizar el trabajo que debiera él ejecutar. El que habla del sacrificio de los

otros. El que indica la disciplina de los demás. Es el héroe emboscado que pulula particularmente a costa de la guerra.

Antes de empezar se prepara la herramienta. Para organizar seleccionemos a los hombres.

Organizar es un arte. Los mejores capitanes comenzaron por organizar su ejército y los mejores industriales, sus fábricas. Pero organizar no es cubrir cuadros porque si, ni amontonar personas, más o menos ordenadamente. Para organizar hay que seleccionar y ordenar mediante la clasificación correspondiente. Alterar las actividades, invertir las funciones o reclutar desordenadamente será todo lo más organizar la desorganización. Taylor y Ford revolucionan la producción industrial tanto como Alejandro o Napoleón revolucionan la técnica militar. Todo se reduce a simplificar el trabajo mediante un método. Racionalizar mediante una selección. Construir sencillamente un tipo de organización de vertebración pareja a la sindical.

Para esta tarea, repetimos, solo hay una cantera. La de la Unión General de Trabajadores, sobre su base medular. Esto es, la solera socialista de la Unión General de Trabajadores. Los militantes que callada y obscuramente han ganado un prestigio por su capacidad y actividad. Militantes anónimos que saben y comprenden el arte de organizar. Viejos militantes que poseen en sus manos y cerebro el secreto necesario a nuestra victoria que la inconsciencia de ignorantes segundones han querido hurtar en un audaz golpe de mano. Pero el arte de organizar no se adquiere en el mercado. Es un don de trabajo conseguido por capacidad, sentimiento y sacrificio. El arte de organizar es una cualidad del pueblo, no del aventurero, del advenedizo ni del tráfuga. Separemos a estos y pongamos a aquellos. Es seguro que entonces el pueblo construirá su victoria.



AUTORES Y LIBROS

¡Qué distinta situación la de ellos, qué proceso de continuidad en nuestra revolución, en la revolución proletaria! Entonces y ahora lo que hacen es asimilar de un modo pasivo los acontecimientos ignorando, a sabiendas, que el escritor tiene que asimilárselos «críticamente». Padecían y padecen esa especie de ceguera mental que consiste en ver las cosas sólo cuando surgen delante, imponiéndose con plenitud física. Tal clase de ceguera suele ser congénita. Ellos, los escritores mencionados, apenas son responsables, personalmente, de esto. Lo es la clase social.

¡Que los escritores tienen una misión de paz! Sí, eso pretende don Max Aub. Claro: están por encima de la lucha de clases. Quieren estar por encima de todo, deshumanizados. Si así ocurriera, en verdad, la literatura no podría enriquecer nuestro conocimiento del mundo exterior. Sería una especie de onanismo monstruoso. Pero no hay tal; ni mucho menos. La misión del escritor reside, sea o no consciente éste de ello, en revelar el sentido de la vida humana, haciéndola coherente. Coherente, rica y plena. Para ello incluso bastará que se ponga de manifiesto, con el suficiente genio. Su grandiosa ilógica nativa: por ejemplo: Shakespeare, Cervantes, etc... La posición del escritor tiene, en suma, carácter vertical, por esencia anti-conformista. Entre nosotros, hasta ahora no hemos visto, precisamente, sino patentes muestras de lo contrario: puro conformismo con la realidad social ambiente, fuera la que fuese. Eternos espectadores simpáticos de la revolución; actores, jamás. ¡Cómo iban a serlo ignorando la existencia de las nueve décimas partes de la sociedad! Los escritores españoles nunca han estado, a causa de la irritante falta de clarividencia, más por lo bajo de su tarea que entre 1931-38. Lo mismo, en general, que la República democrática. Es su régimen.

*
* *

Toda meditación seria del hombre de nuestro tiempo—y nuestro tiempo abarca más espacio que el radio de la propia vida, conduce a descubrir en la revolución el motor mismo de la Historia. Permaneciendo sobre el terreno de una civilización contradictoria, admirable por sus posibilidades pero irritante y catastrófica por sus efectos, es natural que así ocurra. Tiene que ocurrir así. Pero sólo los escritores que quisieron servir a algo superior a ellos mismos han llegado a esta conclusión. Puede comprobarse el número de una ojeada. Son muy pocos.

Precisamente son los que ahora, cuando en el solar patrio ha estallado una guerra de clases que incluye, a su vez, una semi-revolución y una contienda internacional, no tienen donde escribir. Es definitivo. ¿Qué ha ocurrido aquí?... Aquél grupo de escritores proletarios, revolucionarios, que, durante muchos años, han preparado moralmente a los trabajadores para que, un día, pudieran defender con las armas en la mano, el derecho a su existencia, tiene ahora impuesto el silencio. Obediencia de cadáver y basta. Privan, en los periódicos y revistas intérpretes—según ellos, nada más que según ellos—, de la situación, el literato puro, reaccionario, más extremista y rojo cuanto más reaccionario esencialmente, o el mercachifle de las letras surgido, por las mismas fuerzas físicas del presente, de la canalla escribidora. Una conmoción como la del 18 de julio del 36 pone al aire lo vivo y fértil, pero levanta también impurezas. Sólo las impurezas persisten, al menos en sector que aquí tocamos. Ellas fijan el ambiente. Y esto es lo significativo: la persistencia de lo impuro, del detritus. Descorazona la eternidad de la picaresca. ¿Qué debemos concluir, por lo tanto?... Encontramos ahora un dilema. O a nuestra guerra civil, lucha eminentemente política, se le ha despojado de su sentido originario, nativo, «real», desplazando de su área a quienes, por parte del proletariado la hicieron posible, o el marxismo es un error. Ponemos nuestra vida a que la primera conclusión es la justa. El tiempo mismo, con su fluir indiferente, objetivo, lo demostrará.

Confiamos en la luz del tiempo. Eso frente a la ceguera desesperante de nuestros tipos—Max Aub, Domenchina y los otros—, producida por una concepción abstracta y estática del hombre, propia de la insondable incompreensión pequeño-burguesa. Max Aub poniendo la misión del escritor en la paz, naturalmente en la «paz capitalista», henchida de irrestañable dolor—, ¡no hemos conocido otra paz, amigos!—cuando la Historia es un parto continuo, y J. J. Domenchina, partidario del eterno retorno, de la eterna vuelta de todas las cosas, están, como su clase, la clase media, vacilando, impotentes para decidirse, entre la burguesía y el proletariado. Ignoramos el color del carnet político de ambos. Su realidad vital presente queda descrita, de todos modos. Reconocen que existe un fenómeno llamado revolución, que es quizá necesario, cuando tienen el hecho delante. Pero se niegan a reconocer, porque no lo tienen delante, que la literatura, ese vasto sector del pensamiento, se encuentra en el mismo atolladero que las ciencias sociales cuyo desarrollo ha llegado a ser contrario a los intereses de las clases dirigentes. Hoy, en nuestra España la clase media es la clase dirigente. No importa el carnet.

F. CARMONA NENCLARES



A NUESTROS LECTORES ::

SPARTACUS ha estado tres meses sin aparecer. En el bombardeo que sufrió Alicante el 25 de mayo último por la aviación italiana, una bomba convirtió en escombros los talleres donde editábamos la revista, — imponiéndonos el retraso —

Por estas circunstancias nos vemos obligados a publicar los números 11 y 12, correspondientes a los meses de mayo y junio, en un sólo volumen, — pero sin disminuir las páginas —

Los números 13 y 14 correspondientes a los meses de julio y agosto, aparecerán también en un sólo — volumen, dedicado a los —

::: CINCUENTENARIOS DE LA U. G. T.
y el Partido Socialista Obrero Español :::